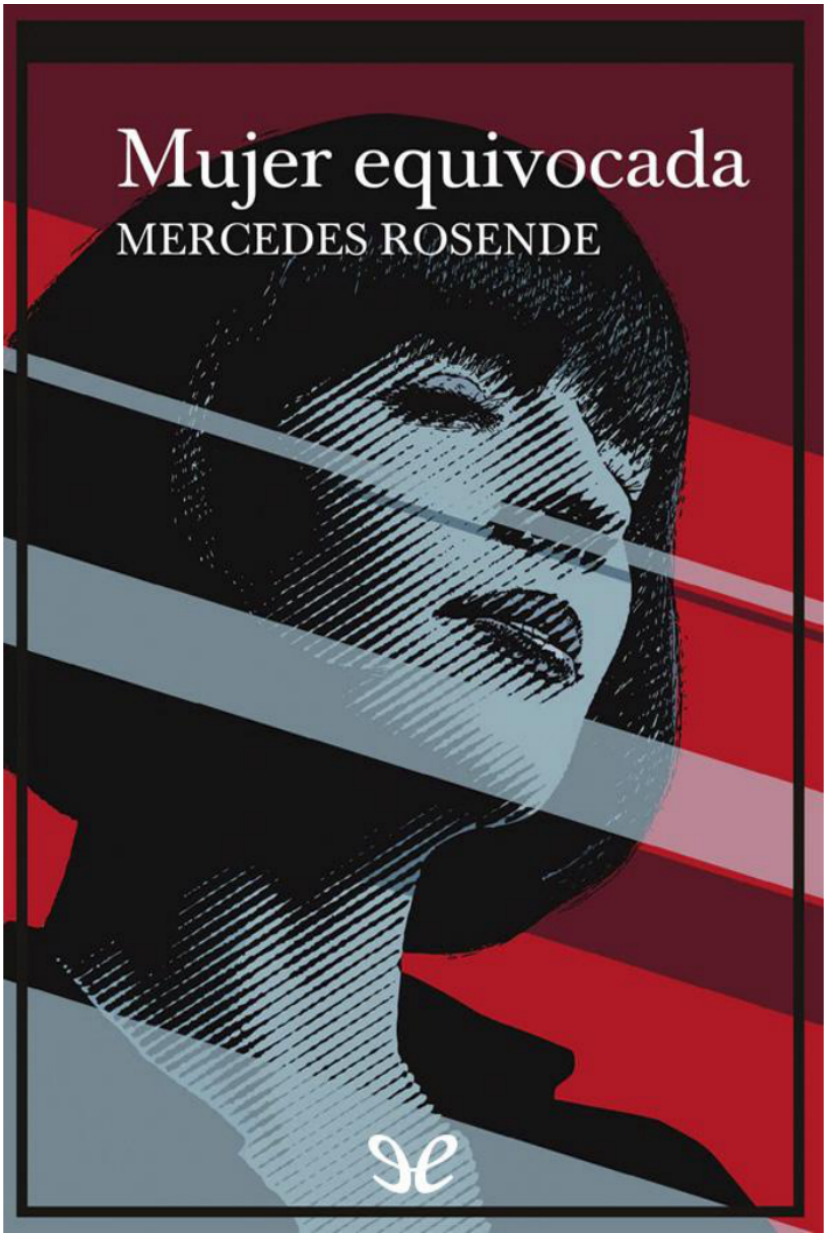
Mujer equivocada

MERCEDES ROSENDE



Úrsula está insatisfecha. Demasiado fea, demasiado hambrienta, demasiado sola…, su vida no transcurre en absoluto como le gustaría. Su hermana es más guapa, su vecina más feliz, y ¿quién puede mantener eternamente una dieta de sopa de verduras? La misteriosa llamada de chantaje que recibe, informándola de que su marido ha sido secuestrado y pidiendo un millón de rescate, la sacará de ese estado. Aunque hay un detalle: Úrsula no tiene marido, pero su insaciable curiosidad por la vida de los demás le impide revelar la confusión. Así descubre su talento criminalista, que la lleva a una aventura tan extraña como grandiosa.

Con una prosa agilísima, mordaz, de una ironía y, también, de un calado apabullante hábilmente enmascarado tras la aparente ligereza de su trama, Mercedes Rosende nos sumerge en el particular universo, delicioso y sórdido a la vez, de una de las más peculiares protagonistas de novela negra surgidas en los últimos años. La sin par Úrsula, cuyas andanzas se han traducido al francés, al alemán, al italiano y al inglés y que, de boca en boca, de mano en mano, reseña a reseña, se está convirtiendo, pese a sus kilos de más, a su eterna insatisfacción y a su humor —tal vez demasiado negro —, en un fenómeno en toda Europa.

Mercedes Rosende

Mujer equivocada

Úrsula: 01

ePub r1.1
Titivillus 06.01.2024

Título original: *Mujer equivocada*
Mercedes Rosende, 2011

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice

Día uno
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7

Día dos
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13

Día tres
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21

Día cuatro
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24
- Capítulo 25
- Capítulo 26

Día cinco
- Capítulo 27

Capítulo 28

Día seis
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36

Día siete
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41

Un mes después
Capítulo 42
Capítulo 43

> Si uno comienza por permitirse un asesinato pronto no le da importancia a robar, del robo pasa a la bebida y a la inobservancia del Día del Señor, y acaba por faltar a la buena educación y por dejar las cosas para el día siguiente.

THOMAS DE QUINCEY,
Del asesinato considerado como una de las Bellas Artes

DÍA UNO

1

Hola, Úrsula, bienvenida al mundo de los gordos, donde todos los espejos te dan malas noticias.

Pienso: el sobrepeso llegó sigilosamente, casi sin que me diera cuenta. No, no es cierto que no me diera cuenta, un día te aprieta un botón, otro día te cuesta un poco cerrar el cierre, y ninguno de esos datos tomados en forma aislada significan nada: la menstruación te hincha, son gases, es retención de líquidos, ¿no tendré un fibroma? Hasta hace poco tiempo el médico encontraba equilibrada mi relación peso-altura, está en un percentil saludable, me decía. ¿Cuándo fue que la salud empezó a ser más importante que la belleza? ¿Después de los setenta, setenta y cinco kilos? ¿Desde cuándo a alguien le importa tener cintura, piernas, caderas saludables?

—¿Cómo le quedó? —escucho gritar a la vendedora.

—No me entra, ¿me trae un talle más?

—No tenemos, ese era el más grande.

Paf, recibo el sopapo.

Un calor súbito trepa desde mi pecho a la cara, las orejas me arden. El vestido, que no bajó más allá de la cintura, queda trabado entre las axilas y la cabeza al intentar sacarlo, y la tela espesa me sumerge en una oscuridad sin aire. Hago fuerza, tiro hacia arriba, trato de liberarme, agito los brazos, mis codos empujan, la puta que la parió a la vendedora, ¿cómo que no hay otro talle?, las nalgas golpean contra las paredes de madera del probador que de pronto me aprietan, me comprimen, me ahogan. No logro sacarme el vestido, no veo nada y me falta el aire, la transpiración me moja la espalda, el pecho, y este trapo de mierda que no sale, por Dios, ¿por qué no sale?, tironeo con más fuerza sin pensar en las costuras pero pensando en la mujer que está ahí fuera, la bronca que crece, las ganas de llorar y salir y tirarle el vestido en la cara, hago fuerza, tiro y tiro, me lo arranco, cruje el hilo roto, suena la tela desgarrada.

Emerjo y respiro. Respiro.

Me veo en el espejo bajo esa luz impiadosa: una mujer agitada, enrojecida, jadeante, desgreñada, los ojos desorbitados, una mujer que desborda en su ropa interior.

Mirate, Úrsula, mirate con atención. Esos rollos a la luz de los 500 watts, la grasa que la iluminación resalta y dramatiza, que el sudor hace brillar. ¿No te reconocés? Hola, te presento: sos la gorda. Ese pliegue debajo del rostro es tu papada, ese bulto en medio del cuerpo es tu panza, y por detrás hay un gran culo.

Nadie puede querer a una gorda, me susurra Papá al oído.

El espejo, la luz que golpea sin clemencia sobre mi cuerpo, una patética mujer pasada de peso en ropa interior. Basta, no miro más.

Me visto como puedo, los dedos torpes abrochan botones en ojales equivocados. La cartera cae al suelo y ruedan monedas, pañuelos, peines, una barrita de cereales, galletitas, chocolates mordidos y mal envueltos. Recojo todo, me acomodo el pelo. Que no esté la vendedora, que no esté parada ahí, que se haya ido a venderle a otras mujeres su ropita de Lilliput.

Abro la puerta del probador, salgo con el vestido en la mano, la vergüenza hecha un ovillo en mi puño.

Busco con la mirada: la vendedora muestra un pantalón blanco a una mujer de mi edad, pasados los cuarenta. Ella lo toma y se lo mide sobre la ropa, lo apoya sobre sus caderas delgadas, perfectas. A esas caderas no les importa el percentil ni la relación peso-altura. Adivino la pregunta que le hace a la vendedora. ¿Me quedará bien?, ¿será mi talle? La vendedora asiente, mohín, sonrisa, estás en el sitio indicado, *baby*.

La gordura llegó sin que me diera cuenta, decía. Mentira. La culpa la tienen los materiales con que fabrican la ropa: licra, elastano, spandex, esos tejidos hacen que un talle 44 se transforme en un 46 y hasta en un 50, sin que la usuaria advierta los cambios. La grasa se expande y la contiene el spandex; silencioso, artero, disimula el rollo, camufla con comodidad el mondongo incipiente.

¿La gordura llegó sin que me diera cuenta? Mentira. Verdad: los textiles elásticos te confunden y nadie se mira tanto al espejo después de los cuarenta. Y si te mirás, ahí está la miopía, generosa, que tiende un manto difuso a la imagen, una aureola de normalidad o al menos de indefinición y de sombra.

Mentira, más mentiras, siempre supe que sería gorda. Aun sin

serlo. Papá trató de advertírmelo, y la tía Irene… La pobre tía Irene.

Antes de huir de la tienda miro a mi alrededor. Es día de liquidación, el local está lleno de mujeres que revuelven un mar de blusitas, remeritas, shorcitos que lucirán sobre sus cuerpitos este verano. Hurgan en estantes, canastos, encuentran algo de su talle que sacaron de abajo de un revoltijo, corren a los probadores con el botín, esperan su turno en la fila. Charlan y ríen, se miran, se reconocen entre ellas: la cofradía de las bellas, el club de las delgadas. Las miro desde la puerta y con el vestido en la mano, quiero tirarlo al suelo y pisotearlo, gritar que no me importa nada si me entra o no esa ropa de porquería, esos trapos de mierda, salir y pegar un portazo.

Camino despacio, doblo el vestido y lo dejo sobre el mostrador, musito una disculpa al aire, a la nada, no quiero verles las caras, no quiero mirarlas, me voy en silencio por la puerta de adelante como si fuera la puerta de atrás. La calle me recibe, me pierdo en la multitud, me traga el anonimato del gentío.

Hoy empiezo la dieta.

—Deme un tique de estacionamiento.

—¿Tu matrícula, preciosa?

El tipo me sonríe, me mira. El kiosco huele a comida, detrás de la cortina que lo separa de la vivienda alguien manipula ollas, platos, una voz femenina canturrea una cumbia o quién sabe qué ritmo tropical. Paseo la vista entre la mujer desnuda del almanaque tapada con un neumático, y los culos que saltan de las tapas de las revistas exhibidas en los anaqueles. Si me concentro puedo imaginar que soy la ninfa del neumático, que tengo una cintura y un culo de revista satinada. El kiosquero sonríe y me mira las tetas, que empujan la remera de spandex comprada hace unos años. Miro la revista, la otra revista, el almanaque, imagino que soy ellas.

Me acodo en el mostrador y me acerco al hombre del kiosco que mira mi cuerpo, que lo recorre y sonríe. Sin desviar la vista de sus ojos estiro el escote de la remera hacia abajo, lo estiro casi hasta llegar al pezón, me detengo ahí unos instantes, y luego lo bajo un poco más, un poco más. El tipo deja de sonreír, deja de mirarme. El olor espeso a lentejas y carne grasosa invade el espacio, se instala con solidez de objeto en el aire.

—¿Matrícula? —susurra.

—AXB 1890 —digo lentamente la combinación de números y letras, sin sacarle los ojos de encima.

El tipo vuelve a mirarme, esta vez a la cara y no a la teta que asoma, luego dirige la vista hacia la cortina, enseguida los ojos descienden al papel en el que escribe, de pronto apurado, mi matrícula.

Arranca la hoja de un tirón.

—Son diez pesos —dice, con un hilo de voz.

Lentamente me acomodo la ropa, parsimoniosamente me cubro la teta y le pago, él me entrega el tique y me devuelve el cambio sin levantar la vista, sin volver a mirarme. Lo miro y susurro.

—Cagón.

Salgo resuelta, me apuro o no llego a tiempo a la reunión.

2

«Reuniones de Gordos Anónimos Miércoles Hora 11», leo desde lejos las gruesas letras azules que sé de memoria.

Camino por el corredor, un pie después del otro, vamos, Úrsula, tenés que resistir a la tentación de dar la vuelta y escapar, vos podés, tomá fuerza que podés, respirá hondo. ¿Ves que es fácil?, un paso más, ya estás parada frente a la entrada. Adelante, Úrsula, vamos, que es solo respirar hondo, tomar el picaporte, empujar la puerta.

Entrar.

Y ya puedo anticipar todo lo que sucederá de ahora en adelante: sé que cuando entre a la sala del fondo de la parroquia de Punta Carretas sentiré que son patéticos, ridículos, me preguntaré a qué he venido.

¿Dónde te has metido, Úrsula?, ¿quiénes son estos? La misma sensación de ajenidad de siempre, ese sentimiento de no pertenecer, la sospecha que este ritual es una copia de una copia de una copia hecho para otros, pensado para países que no son el mío, para gente que no soy yo.

Antes de abrir la puerta sé que todos se saludarán con abrazos excesivos, se mirarán de frente y a los ojos, se tomarán de las manos en una fórmula repetida, de ceremonia excesiva y programada del reencuentro cuando solo pasó una semana desde la última reunión. Las presentaciones, la distribución de las sillas, los saludos, las preguntas y las respuestas, todo es de manual, un manual escrito para gordos foráneos que son otros gordos y no estos, y no nosotros, me digo, me corrijo, pero sigo allí parada, la mano en el picaporte, la respiración agitada, el desgano, el desprecio, el sentido del ridículo, las ganas de volver a salir a la calle, doblar la esquina, olvidarme para siempre de ellos, de todo lo que nos separa y de todo lo que nos une.

En el momento que entre a la sala del fondo de la parroquia de Punta Carretas seré una gran pelota que llega de la calle, un globo aerostático que camina y se acerca a otras pelotas y a otros globos,

sentiré que el crujido del suelo de madera que piso es excesivo, que el aire que exhalo es demasiado, que el espacio que ocupo es enorme. Sin embargo, o quizá por eso, participaré de la ceremonia, saludaré con enormes abrazos, miraré a los ojos a otros que como yo mirarán a los ojos, tomaré sus manos rechonchas entre mis manos rechonchas. Y pensaré que no sería malo morir en uno de esos momentos y en medio de esas efusiones, que ya no empezaría ninguna dieta, nunca.

Ninguna dieta, nunca. Esas dos palabras juntas, «dieta» y «nunca», suenan a clausura de todos los sufrimientos.

Hago un esfuerzo adicional, tomo aliento, empujo un poco más la puerta. Y cuando entro a la sala del fondo de la parroquia de Punta Carretas recuerdo que fue Luz quien me trajo aquí, hace dos, tres años, cuando mi peso había aumentado demasiado y ya no me sentía capaz de salir por mí misma de la espiral en la que me habían hecho entrar unos helados a medianoche y una milanesa extra en el almuerzo.

Lo supe al trasponer la puerta la primera vez: en estas ceremonias me sentiría a salvo, pero no de los chocolates ni de las cervezas en las tardes de verano, no del fantasma amenazante de las tortas de crema y los chivitos; la sala del fondo de la parroquia de Punta Carretas y los abrazos excesivos, la celebración del rencuentro después de siete días y las manos apretando las manos serían un muro intangible pero sólido que se interpondría entre Úrsula y el desprecio del mundo.

Sí, los encuentro patéticos y miserables, a veces los odio, siempre me dan lástima. Y también los necesito.

Sigo viniendo, entablo conversaciones, me someto a sesiones de abrazos con un grupo que cumple con los ritos del manual y que se ocupa de reconstruirme una vez por semana de 11 a 12:30. Son mis hermanos.

El primer saludo es el de Aurelio: me cerca, me rodea, y aunque no le veo la cara sé que al abrazarme cierra los ojos, lo oigo respirar, suspirar como un bebé cuando su madre lo levanta de la cuna, exhalar como quien echa su cansancio sobre la almohada. Me dejo abrazar, huelo la bergamota y la madera de cedro en su perfume, algo de vainilla, lo escucho, siento otra vez su respiración, y me pregunto dónde estoy, qué hago, por qué estoy, recuerdo

vagamente que los odio y los desprecio, pero no hay respuestas, solo unos brazos que me rodean, el perfume y el sonido de la respiración, y me hundo, me siento desaparecer en su pecho todavía rollizo a pesar de Cormillot, de Atkins, me hundo y se hunde más, nos fusionamos, nos mezclamos, y emergemos del abrazo en un nacimiento lento que lava una semana de vergüenza y humillaciones.

Después todo empieza de nuevo como cada semana: el ritual de la balanza, las presentaciones y los relatos de los que vienen por primera vez, los comentarios a coro del grupo (¿por qué estos grupos responden a coro como en una tragedia griega?). Toma la palabra una mujer a quien ninguna empresa de aviación dejaría viajar sin pagar dos pasajes.

—Lo peor fue la cena de Fin de Año de la empresa donde trabaja mi esposo. Yo había adelgazado doce kilos y me sentía estimulada, que podía llegar a bajar los cincuenta que todavía me sobraban, podía hacer frente a las miradas, a las sonrisas burlonas. Me había hecho ropa por primera vez en muchos años, un vestido de tafeta opaca azul oscuro, me había mirado al espejo y me había maquillado, me había vuelto a mirar de frente y de perfil con la ropa flamante, había llegado al salón de fiestas con la mirada en alto: les sonreí a todos y hasta me pareció que me miraban como a una mujer y no como a una ballena escapada de un acuario. Conversábamos con los compañeros de Juan Carlos, me presentaban a sus mujeres, yo me sentía partícipe del festejo, volvía a pertenecer a la raza humana, formaba parte del universo. Alguien elogió mis aros de turquesas sobre la piel bronceada, separé el pelo para que se vieran, moví la cabeza para sacudirlos, me exhibí. Me animé y hablé, conté de mis logros con el jardín de la casa, de mi proyecto de volver a estudiar. Y entonces pasamos a las mesas, a ocupar las sillas, mi marido apartó el asiento para que me sentase. Todavía sonreía cuando me senté. Supongo que se me borró la sonrisa en el preciso instante en que me apoyé y las patas de la silla de plástico temblaron, se abrieron apenas hacia afuera, sentí una vibración en mi cuerpo, las sentí separarse de a poco en una inexorable cámara lenta y empezó a invadirme el horror, escuché —todos escucharon, Dios mío, todos— el ignominioso crujido del material al romperse, y entonces la caída, el lento descenso al infierno. De lo que sucedió

después solo recuerdo los ojos clavados en mí, las expresiones de unas caras inclinadas desde lo alto, las miradas que caen verticales sobre una mujer-ballena tendida en el suelo. Las miradas. Y después ni eso, nada, dejé de ver, me enceguecieron las lágrimas.

En las reuniones de Gordos Anónimos no hay silencios: cuando alguien termina de contar algo, el grupo responde a coro, decía, como en una tragedia griega. O mejor, como en una secta satánica, y algunas veces hasta he imaginado que aparecerá Bette Davis y querrá convertirme, como a todos los habitantes del pueblo, y yo trataré de escapar, tendré que correr entre las plantaciones de maíz, inútilmente, porque sus ojos me estarán esperando por donde sea que salga.

Son patéticos, los odio, y a veces les tengo miedo.

Otro toma la palabra, sin intervalos.

Si llora, lo consuelan. Si no llora, le preguntan.

Nunca se produce un vacío.

Todos consolamos a Ada, pobre Ada, seis meses haciendo dieta para ir a esa fiesta, seis meses de arduo camino para llegar a esa silla y derrumbarse ante la risa de la gente. También odio a la gente.

—¿Alguien quiere sugerirle a Ada una estrategia para esta próxima semana? —pregunta Susana.

Bien, Susana, esta chica ha hecho los deberes, ha leído el capítulo exacto del manual perfecto.

Todos apoyamos, todos sugerimos como una gran y única voz.

Hay que reconocerlo: exigido a fondo el mecanismo funciona, el manual rinde lo suyo, y por eso estamos acá. A medida que pasa el tiempo yo también consuelo, pregunto y aconsejo: entro en el concepto, me integro. Un hombre con cintura desbordante dice haber bajado dos kilos, lo felicitamos, lo aplaudimos; Adriana cuenta que no pudo resistirse a una *mousse* de chocolate con nueces, la entendemos, la confortamos, la animamos a ser más fuerte. En algún momento dejo de ser yo y empiezo a ser ellos, me sorprende, cada vez me sorprende escuchar mi voz en el coro, sentir mis palmas cumpliendo su rol en los aplausos, intervenir en ese ritual que antes y después critico. ¿Cómo lo logran?, ¿cuándo y por qué me hacen abandonar las reticencias?, ¿qué hacen para reclutarme? Soy una mujer manipulable, pienso, un día vendrá ese

personaje de Bette Davis y yo seré de los suyos sin oponer resistencia, me uniré a la cofradía del pueblo que rinde culto al dios de las cosechas y sacrifica a los forasteros, integraré el aquelarre, sin dudas ni cuestionamientos, solo para sentirme cobijada por la masa.

Termina la sesión y nos levantamos, otra vuelta de abrazos, la mano gordita en la mano gordita, las últimas efusiones, las despedidas apretadas. Ni ajena ni globo aerostático ni pelota, ya no neumático, no más frases con la palabra «nunca»: en algún momento la mujer remplazó a la ballena. El grupo que me absorbe y me sustrae la voluntad me devolverá a la calle, totalmente humana. Y así, una vez más, salgo de la sala del fondo de la parroquia de Punta Carretas, traspongo la puerta, parpadeo, y vuelvo a odiar la futilidad de sus argumentos, me río de su optimismo a la violeta, desprecio la copia de la copia de la copia de un manual extranjero. Y una vez más, salgo misteriosamente confortada.

3

Camino de prisa la cuadra que separa la calle Colón de la plaza Zabala, llego a la puerta del edificio, introduzco la llave, la giro, empujo, aprieto el interruptor para encender la luz —una vez, dos, varias veces—, y descubro que no funciona. No hay electricidad, pienso, maldita sea, y cuando tomo conciencia del desastre siento un escalofrío.

Si se vive en un quinto piso y hay corte de luz, se está frente a un inconveniente.

Si se vive en un quinto piso, hay corte de luz, se tienen muchos kilos de más y nada de entrenamiento físico, se está casi frente a un cataclismo.

Puedo esperar abajo, sentarme en un banco de la plaza, pero recuerdo que otras veces ha habido cortes producidos por fallas en el tablero del edificio y hubo que llamar a la empresa de electricidad, que tardó horas en llegar. ¿Qué puedo hacer dos, tres, cuatro horas sentada en un banco de plaza? Puedo ir a un bar y pasar el rato, puedo ir al cine y ver una, dos películas, puedo cenar afuera. No estaría mal, no. Una vez que decido hacerlo recuerdo que salí sin las tarjetas, el dinero en efectivo apenas me alcanza para un café, y los bancos están cerrados.

Voy a subir, decido. Lo iré haciendo despacio. Lo haré a mi aire.

Subo los primeros escalones, uno y otro y otro, no más de un tramo seguido y descanso.

Respiro, otra vez, otro tramo. Un pie detrás del otro, vamos, un esfuerzo más. Así subo hasta el segundo piso en poco más de un minuto. Me siento bien, la respiración algo agitada, pero resisto. Me envalentono, acometo el siguiente, ya no falta tanto. Un escalón y otro y otro, comienzan a temblarme apenas los muslos, me detengo, descanso, no tengo apuro. Otro poco, ahora el temblor me paraliza y la respiración se dispara enloquecida, quedo inmóvil en la escalera, agotada, jadeando, quiero respirar y no encuentro la manera de hacer entrar el aire en mis pulmones. No puedo seguir, me siento, casi me acuesto en los escalones, espero un tiempo largo,

larguísimo, hasta que vuelve el resuello. Me pongo de pie y empiezo de nuevo. De alguna forma llego al cuarto piso y me derrumbo. Los pulmones son bolsas de dolor concentrado, el aire me pasa chiflando entre los dientes y siento latir el corazón en la boca, en la garganta, en el cráneo.

El edificio, privado del sonido de radios, televisores, computadoras, equipos de audio y hasta de heladeras, de calefones, aspiradoras y lavarropas, está sumido en un silencio profundo de glaciar o de desierto. Los que vivimos sumergidos en el alboroto de la ciudad nos asusta estar frente a una repentina ausencia acústica, nos perdemos en la inmensidad plana y sin referencias del vacío. Después de un momento, mi oído empieza a rastrear, a escanear en busca de ondas audibles.

Al principio no percibo nada, nada me llega hasta este escalón donde estoy sentada en la media luz que entra por la banderola, solo escucho mi respiración que todavía tiembla aunque se va normalizando. Detrás del sonido de fuelle que sale de mi garganta, nada. Recupero el ritmo, respiro más suave, más espaciado, y el silencio se va haciendo más hondo, más profundo, más oscuro a pesar de la banderola y su luz que se ha ido volviendo mortecina. El edificio parece deshabitado de voces, de gritos de niños, conversaciones, ladridos, tal vez porque es temprano y todavía no llega la gente de sus trabajos, o porque los que están se encuentran paralizados por la confusión que genera no tener energía eléctrica, enfrentarse al silencio.

Así quedo, expectante, a la pesca del menor sonido.

Tanto deseo escucharlo que al principio no sé si es real o lo estoy imaginando. Primero es un suspiro, una inspiración muy leve que creo reconocer, una respiración apenas agitada, casi como la mía en este momento, y luego otra vez el silencio que me hace creer que fue una alucinación. Contengo el aliento, se alborotan mis sentidos solo de imaginarlo, aguardo con los músculos en tensión como un animal al acecho. Pero pasan los segundos y no vuelvo a escuchar nada.

Me pongo de pie pausadamente, resignada, defraudada, estoy por empezar a subir otra vez cuando lo vuelvo a oír: un jadeo largo y lento que hace que me siente de nuevo, que me eriza la nuca. Miro hacia la puerta de donde creo que sale el ruido, despliego las

antenas, escucho, contengo el aire. Dos respiraciones, parece haber dos respiraciones que por momentos crecen, se despliegan, se hacen jadeos cada vez más intensos, después gemidos.

Sí, estoy escuchando a dos personas en plena relación sexual.

Desciendo los pocos escalones que alcancé a subir, camino en silencio, me deslizo como un gato los tres, cuatro metros que me separan de la puerta del apartamento 402, y cuando estoy cerca veo que está apenas abierta, una rendija que algunos dejan en las noches calurosas para que se haga corriente cruzada y refresque el ambiente. Me paro entre la pared y las bisagras, aplasto el cuerpo, me hundo en el muro, escucho los susurros que crecen, que vienen de la sala que está a la entrada, tal vez de un sillón enfrentado a la puerta. Cierro los ojos, presiono más la espalda contra la pared.

Escucho, escucho.

Voy a mirar, tengo que mirar, me muero si no miro.

El palier se ha ido oscureciendo, dudo que me vean si me asomo. Igual sé que debo tener cuidado, sé que a veces olvido tener cuidado. Me acerco a la rendija, adentro tampoco hay luz. Me esfuerzo, entrecierro los ojos, trato de ver en la oscuridad y hacia adentro: distingo dos formas, movimientos lentos de piernas y brazos, cuerpos encastrados, fundidos, confundidos, que se alejan y se separan. Los gemidos son ahora más intensos y crecen en el silencio total del edificio, los jadeos me rodean, los suspiros me invaden. Huelo el almizcle, las feromonas. Empujo la puerta unos milímetros, tanteo apenas, solo un poco más, solo un poco: no hace ruido, se desliza. Mis pupilas se esfuerzan, siento que se dilatan, y los veo allí, a tres o cuatro metros, sus cuerpos desnudos brillan y se frotan, se refriegan, se lamen.

Me acuclillo, me siento en el suelo frío sin sentir el frío, me acomodo en las tinieblas del palier y frente a la rendija de la puerta, como hice aquella vez frente a la puerta de Mirta. Durante una fracción de segundo siento el cambio como una sensación física: estoy en otra parte, en el pasado. El recuerdo estalla, la escena vuelve a mi memoria y vuelve a repetirse en mi mente: Mirta y Ricardo se yuxtaponen a estos amantes, se deslizan como estos, el uno sobre el otro, se acercan y se alejan, escucho los susurros, voces profundas, sonidos húmedos, los cuerpos sucesivamente paralelos, cóncavos y convexos que se atraen y se repelen, ávidos, violentos.

Vuelve el recuerdo de aquel día, la casa de la tía Irene en silencio, como ahora el edificio. Yo vigilaba desde las sombras, e igual que esta vez me deslicé como un gato hasta la rendija abierta, vi la cama cercana, los cuerpos entrelazados, las lenguas activas y hambrientas, percibí el agua en sus bocas y la sentí en mi boca, y una fuerza centrípeta me atrajo más y más a la abertura de la puerta.

Vuelvo a este momento de ahora, a esa pareja de la que no sé ni el nombre y a la que tal vez nunca le vi las caras: se enfrentan en un combate feroz, ya no gimen ni susurran, aúllan cuando son acariciados, gritan al ser lamidos, succionados. Siento crecer mi respiración, abro otro poco la puerta, cuidado, cuidado, solo un par de centímetros, los tengo delante, veo cada detalle, podría entrar, acercarme tres, cuatro pasos y tocar esas pieles sudorosas, sentirlas temblar bajo mis dedos, acercar mi boca a esas bocas. Huelo el sudor, sus genitales, las feromonas, la saliva me inunda la lengua, mi respiración se desboca y mi garganta gime, quiero abrir un poco más, un poco más. Cierro los ojos y gimo, jadeo.

El ruido de la puerta del edificio que se cierra con estrépito me confunde y quiebra el momento. Suenan unos pasos, en breve pulsarán el interruptor y en segundos subirán los primeros escalones.

Me pongo de pie, recuerdo dónde estoy, acomodo la ropa y escapo escaleras arriba.

4

—Buenos noches. Documentos, por favor.

—Buenos noches, agente. ¿Sucede algo?

—No, señor. Nada más que un control.

—No iba pasado de velocidad.

—Procedimiento de rutina.

—Está bien, está bien.

—Apague el motor del vehículo.

—Estoy apurado, voy al aeropuerto.

—Apáguelo.

—Sí, claro, si usted dice.

—Cédula de identidad, libreta de conducir y carné de propiedad del vehículo.

—Acá tiene los documentos del auto. ¡Qué noche de perros!

—Sí, mal tiempo para salir.

—¿Todo en orden?

—Sí, todo bien, permítame su cédula de identidad.

—Un segundo, la tengo en la billetera. Tome.

—¿Santiago Losada?

—Sí.

—¿Vive en Montevideo?

—Sí. Pero no entiendo a qué viene esto. ¿Hay algún problema?

—Ninguno, ya le dije, procedimiento de rutina.

—El auto está a mi nombre, véalo.

—Déjeme chequear, es solo un momento.

—Claro, verifíquelo, pero le pido que se apure. Voy al aeropuerto, estoy atrasado, voy a perder el avión.

—En un instante se lo devuelvo.

—Le agradezco.

—En efecto, la documentación está en regla.

—¿Me puedo ir?

—Lo voy a molestar un momento más, caballero. Muéstreme el extintor de incendios y la baliza.

—Los tengo atrás, en el baúl. ¿Le doy las llaves y lo mira?

—Descienda, hágame el favor.

—Le dije que estoy apurado. ¿No puede ejercitar sus procedimientos con otro automovilista?

—Señor, descienda. Los ciudadanos reclaman controles pero no quieren ser controlados.

—Es cierto, es cierto. Pero nunca había visto policías deteniendo a los coches en esta calle, menos a esta hora de la noche y con lluvia. ¿Tengo que bajarme? Me voy a empapar.

—Sepa disculpar las molestias, hay muchas denuncias de autos robados, en especial en este barrio.

—Es verdad, acá en Carrasco hay muchos robos, sí.

—Por eso el control.

—Mire, acá tiene, extintor, balizas. Todo en orden.

—Permítame el extintor, es para ver la fecha de vencimiento.

—¿Tengo que sacarlo?, está en el fondo del baúl. ¿Es necesario? Mire qué tiempo. Y estoy con los minutos contados.

—Lo siento, es necesario.

—¿No me dijo que buscaban autos robados? ¿Para qué me pide el matafuegos?

—Rutina, señor Losada.

—Cada vez llueve más, mi baúl está lleno de tierra, usted está haciendo que me moje y que me ensucie. Me parece que esto es un exceso. Voy a llamar ya mismo a la seccional a quejarme por el procedimiento absurdo que utilizan…

—…

—¿Qué hace? Suélteme.

—…

—¡Aaaaaah!

—… Felices sueños, señor Losada.

5

Hace un rato volvió la luz. Simultáneamente comenzó a llover y todo lo que quería hacer queda postergado, clausurado por la melancolía de la noche lluviosa que me sume en una apatía placentera de la que ni siquiera pueden sacarme las ganas de comer algo dulce y contundente, como una tarta de chocolate y nueces. Pienso en salir a comprar alguna golosina, sí, y lo intento al menos con el pensamiento, pero la modorra invade mis sentidos, me sepulta en un sillón donde solo quiero permanecer inmóvil y escuchar el ruido hipnótico del golpeteo de las gotas contra los vidrios. La lluvia me calma, me adormece, lava mi voluntad, en estos momentos la vida se vuelve tolerable, y divago, me evado, dejo la mente en blanco, vuelo lejos, escapo fuera de mí.

Hasta que los tacos de mi vecina del 602 atraviesan el techo.

Tec.

Tec.

Acaba de entrar en su apartamento, esta vez acompañada por algunas personas porque el taconeo llega al unísono con otros pasos, risas en coro, estruendo de diálogos. Los ruidos invaden mi silencio, por momentos se espacian pero nunca cesan del todo. El estrépito me ahoga los pensamientos, las risas y la música que empieza a sonar me distraen de la agradable nada donde me encontraba, del placentero vacío donde acababa de depositar mis pensamientos.

Hoy ya nadie es dueño de su mente.

Tec.

Tec.

Más risas, ¿cuántos son? Parece mucha gente.

Me tapo los oídos, corro a refugiarme en mi habitación, estoy prisionera en mi propia casa, cercada por el escándalo de mi vecina y sus amigos.

Aturdida, busco alguna actividad, saco cajas, revuelvo, extraigo. Miro fotos, las paso una a una, las amontono. La imagen de un cerro me lleva a unas vacaciones lejanas, a un tiempo caluroso tal vez al

mediodía. Me veo en el papel pedaleando una bicicleta rodeada de amigos transitorios, miro una casita al fondo de un jardín, techo de tejas y sauce llorón, mi madre y yo en el dintel, ella sostiene una manta o una toalla como si la foto la hubiera sorprendido en una acción cotidiana, yo estoy en traje de baño como si fuera o viniera de la playa aunque sé que nunca íbamos a la playa porque mamá ya estaba enferma. Y otra foto, un bosquecito, una hamaca, mi padre y yo.

Vuelven los ruidos, el estrépito llega y coloniza mi espacio, mi memoria, los recuerdos. Mis vecinos tienen fobia al silencio.

No tengo muchas fotos con mi padre, ni siquiera tengo muchas fotos en las que aparezca, él era el fotógrafo, el encargado de inmortalizar los momentos, los paisajes, a los protagonistas, el que decidía qué registrar sin dejar nunca registro de sí mismo. Apenas me dejó fotos, decía, casi no tengo su cara en el papel, cajas y cajas de testimonios de viajes, de cumpleaños, de Navidades, minuciosas pruebas de un pasado del que alguien escamoteó al personaje principal. Y tu rostro se ha ido borrando, Papá, porque el paso del tiempo va dejando más olvido que recuerdos. Despliego fotos en abanico sobre la cama, toco los rostros olvidados, los acaricio.

La música de arriba llega y hace temblar el papel amarillento que sostengo en la mano. Bum, bum, bum, los disparos de una película resuenan en el edificio, niños que lloran, perros que ladran, gritos de terror televisivo, llantos cinematográficos que no me dejan trabajar, pensar, vivir, recordar.

Tratá de concentrarte, Úrsula, en esta foto sí está Papá, un bosquecito, una hamaca, tengo unos seis años, mi hermana cuatro y mi padre es joven y es flaco, tiene bigotes finos como un actor norteamericano ya pasado de moda, tiene un *short* cortito, mocasines y medias, y los tres parecemos contentos. No puedo recordar nada de ese momento, no sé dónde estaba mamá, ¿fue ella que sacó la foto?

Sí, aparte de esta imagen y otras pocas, mi padre no me dejó fotos de sí mismo.

Sin embargo, él me legó todo: los miedos, los prejuicios, la ternura y la violencia, la forma recta de la nariz, el grupo sanguíneo y el color de cabello, este amor por la Ciudad Vieja y sus calles, mi casa y los muebles que la habitan; él me legó la palabra, todas las

palabras, este idioma y el otro, que me permite ganarme la vida traduciendo. Y me legó cada uno de mis odios, incluso el que hasta hoy reservo para él mismo. Casi nunca pienso deliberadamente en Papá, pero pienso en él todo el tiempo cuando elijo un libro de su biblioteca, cuando compro la carne que le gustaba, mientras espero turno en el dentista que lo atendía. Él me lo legó todo y me encerró en este viaje de ida pero sin vuelta, en una continuación de su propia vida rodeada de todo lo que era suyo. Y cuando pienso en él, cuando se me aparece y me habla, termino perdida en el laberinto del pasado, en el laberinto de todos los pasados, los realmente ocurridos, los probables o posibles, y los que jamás ocurrieron. Me pierdo en ellos y así se suceden las horas y los días entre las postales de sus viajes, escuchando su música y bebiendo su marca de café y de whisky, me pierdo en el antiguo laberinto del ayer que habita esta casa y que cuelga de sus paredes, que se respira en su aire, y me digo que solo queda en los vivos lo que los muertos quisieron legarnos.

La música se acelera, los gritos se multiplican, todo llega más lejos y más fuerte. Tal vez estén viendo una película en la que asesinan a las víctimas mutilándolos lentamente, cortándoles los miembros uno a uno, o tal vez allá arriba se estén mutilando entre ellos a juzgar por los gritos. Pero no, la vida nunca es tan buena, nadie los está asesinando: solo miran televisión y alborotan mi silencio.

Hacé caso omiso del barullo, Úrsula, concentrate en lo tuyo, no permitas que te invadan de esa forma. Saco otra foto, ahora con rabia, con violencia: son mis padres en su casamiento y los padres de mis padres, más fotos de mi abuela Ramona rodeada de sus hijas, la tía Irene e Irma, mi madre, todas ellas vestidas como para ir a la ópera, Irma con un bebé en brazos que no puede ser sino yo misma, mi abuela erguida y elegante con sus pendientes y anillos y el prendedor al pecho, al lado mi abuelo, Máximo, con sus lentes de montura de metal y sus tiradores, la camisa un poco salida del pantalón, el cabello largo y desordenado, ella sonriente y él solemne, exactamente al revés que en la realidad, como si la foto fuera un espejo que los muestra invertidos. Y la siguiente: mi madre en este mismo cuarto y acostada en esta misma cama donde estoy echada ahora, mi madre ya enferma y con la conciencia de la

fatalidad pintada en el rictus de la frente, de la boca, ojerosa a pesar del maquillaje y del pelo arreglado, mi madre dando la mano a las niñas que están paradas a su lado y que se saben huérfanas antes de serlo. Las tres me miran desde la cartulina amarilla, desde un pasado del que apenas tengo memoria, y pienso que mi madre se fue y que ni Luz ni yo somos ya esas niñas, que solo la habitación y la cama, que apenas los objetos han podido salvarse del devastador paso del tiempo.

E Irene, la tía Irene, la querida Irene, tía cercana, la madrastra *ad hoc*, mal rayo te parta donde sea que estés ahora, ojalá que pudriéndote en el infierno, asando tus carnes en la parrilla del demonio si hubiera demonio o infierno. Pero no los hay, esos son cuentos de niños, y vos, querida tía Irene, sé que estás en el abismo de la nada a la que te empujé, en esa implacable infinitud de lo eterno, en el vacío del no ser. Inexorablemente muerta.

Hace rato que se hizo de noche. Sigue la lluvia, que en algún momento se volvió torrencial. Los vecinos se han llamado a silencio, se han marchado o se han cansado de gritar. Fui poniendo las fotos sobre la cama, han quedado desparramadas o en abanico, veo las caras de los muertos y todos ellos me miran desde el papel, sus miradas, los ojos de los que no están me recuerdan que existieron, me ruegan que no los olvide, me dicen que solo dejarán de ser cuando ya nadie los recuerde. ¿Quién dijo que la única muerte es el olvido? Una cursilería más en la lista de frases pretenciosas. Los miro, contemplo las fotos y tengo la sensación inquietante de que nunca los conocí verdaderamente, nunca supe quiénes eran en la realidad, cómo fueron en sus pasiones o en sus miserias más bajas, cuáles fueron sus lados más oscuros, qué fueron cuando no fueron mis padres ni mis abuelos ni mi tía.

Miro alrededor: en este recinto ya no quedan luces, solo sombras, en este teatro solo subsiste la sombra del decorado.

Es más de medianoche, la vecina del 602 y sus amigos vuelven de donde sea y reanudan el estrépito redoblando la apuesta sonora. Es imposible concentrarse o tener una sola idea cuando los vecinos se divierten: el ruido me consume los pensamientos, los cerca, y finalmente los entierra.

Hoy nadie es dueño de su mente.

Busco el teléfono, llamo a la comisaría, denuncio el escándalo,

me tomo un Somnium, y otro más por las dudas, y me sepulto en la nada de un sueño químico.

Siendo las 01:45 horas de la noche del día de la fecha, encontrándose quien suscribe, cabo Walter Dos Santos Morales, de servicio en la sede de la Seccional Primera de Policía ubicada en la calle Gutiérrez Ruiz 1055, se recibió mensaje radiofónico efectuado por la centralita de guardia del servicio de emergencia 911, la cual nos informó que según llamada telefónica recibida en esa central, efectuada por persona de voz de sexo femenino, la que no quiso aportar identificación personal, en una residencia de la calle Treinta y Tres esquina Juan Carlos Gómez, piso 6.º, y desde las 11:30 de la noche, se estaría desarrollando una fiesta de dimensiones acústicas molestas para el entorno. Siendo la hora de referencia, la denunciante declaró que la música y los gritos se habían prolongado en las últimas 2 o 3 horas. Una patrulla, integrada por quien suscribe y dos efectivos de guardia, se constituyó en el lugar indicado siendo las 04:30 por haber carecido de vehículo con anterioridad, no habiendo constatado irregularidad alguna. Preguntado un testigo que se hallaba en el lugar denunciado, José Carlos Almada, quien expresó ser sereno del local comercial sito en la planta baja del edificio de viviendas donde se habría desarrollado la presunta fiesta, dijo no tener conocimiento de irregularidad alguna ni haber escuchado ningún ruido especial en toda la noche. Preguntado respecto a su estado en horas de la medianoche, reconoció haber dormido algunos minutos o tal vez alguna hora, y haber bebido una botella o dos. Para constancia de lo actuado, lo firma (sigue firma ilegible).

7

—Vamos, ayudame a arrastrarlo. Uf, cómo pesa.

—Esperá, que escondo la gorra y la chaqueta. Puede pasar un patrullero y verme vestido de policía. ¿Te imaginás?

—Dejate de joder, loco. Tampoco sería conveniente que pasara la Policía y nos viera manipulando un cuerpo.

—No es un cuerpo, che. Está dormido y no muerto.

—Llamalo como quieras. Ayudame, tirá de ahí, dale.

—Solo estamos metiendo a un tipo dormido en la caja de una camioneta, puede estar enfermo o borracho o desmayado.

—¿A las doce de la noche? ¿Y con este tiempito?

—Medianoche es la hora en que la gente se enferma o se embriaga. Cuidado, movelo a tu derecha.

—Linda hora para dar explicaciones a la cana.

—Pero ¿cómo lo levantamos, Sergio? Es muy pesado.

—Girale las piernas a la derecha y agarralo de los pies.

—El problema va a ser levantarlo hasta la altura de la puerta de la camioneta.

—Vamos a entrarlo de cabeza. Así, así. Vamos bien. Dale, Germán, dale, un poco más arriba.

—Cómo pesa este tipo… Y parecía delgado.

—Es un hombre grande, ya te lo había dicho.

—Ciento kilos, por lo menos. Uf, esperá, me dio un tirón en los riñones.

—¿Cuánto tiempo dura el efecto de eso que le diste?

—Tiene para varias horas. Llegado el caso le inyecto otro.

—O le das otro golpe. Porque más vale que no se despierte. Ojo que se me resbala. ¡Cuidado!

—Tranquilo, tranquilo. Lo tengo agarrado. Ahora empujá vos. ¿Así va bien?

—Sí, sí, dale, cinchalo de arriba.

—Abrí un poco más la puerta de la camioneta, Sergio, así no entra. Ojo la cabeza, no pasa.

—Ya está, ya está, entró, empujale las piernas y tapalo con esas

lonas.

—Listo, yo me voy rápido, tengo miedo de que pase alguien y nos vea.

—A esta hora no pasa ni un alma, lo tengo bien estudiado.

—Sí, el guardia de seguridad de la esquina duerme como un bebé. Lo vi cuando pasé por la garita.

—Te lo dije, tiene tres laburos y a esta hora cae como tronco. Investigué todo cuando planifiqué.

—Sí, veo que tenías todo estudiado.

—Ahora seguimos con el plan, todo viene muy bien. Dale, apurate, Germán, vos te lo llevás a Losada en la camioneta. Al aguantadero.

—Y vos te llevás el Mercedes Benz para hacerlo desaparecer en un desarmadero en el campo.

—Sí. Entre que voy y resuelvo todo me lleva un par de días, tres a lo sumo. Quiero asegurarme de que este coche desaparece. Después vuelvo y nos encontramos en el aguantadero.

—Está bien.

—¿Estás seguro de que no se despierta?

—Va a dormir como diez horas, entre el golpe y la inyección.

—Mirá que no quiero sorpresas ahora.

—Esa droga duerme a un dromedario.

—¿Qué es eso que le diste?

—Un anestésico, puede dormir a un caballo.

—Me voy tranquilo, entonces.

—Y yo tengo que llamar enseguida a la esposa.

—Sí, llamala. Ya sabés, se llama Úrsula López. Suerte con el tipo, y atalo bien en cuanto llegues.

—Suerte con el auto, deshacete lo más rápido posible y vení al aguantadero, que no sé si puedo con todo yo solo. No tardes, por favor. Estoy nervioso.

—Chau, Germán. Tranquilo, todo va a salir bien.

—Chau, Sergio. Nos vemos pronto. ¿Sí?

DÍA DOS

8

Un cigarrillo humea en mi living.

Lo sostiene una mano delicada, dedos finos, uñas largas y cuidadas pintadas en algún color nacarado, anillos de oro y brillantes, no demasiados, tres o cuatro, lo justo de acuerdo al criterio estético de su propietaria. La mano está pegada a un brazo delgado y bien formado, algo musculoso, bronceado, el brazo unido a un cuerpo tan estilizado y elegante como las manos: cintura estrecha, caderas firmes, barriga chata, hacia abajo unas piernas que solo pueden ser propiedad de alguien que hace gimnasia cinco veces a la semana, por lo menos, y hacia arriba un busto firme, un poco excesivo, quizá modificado en un quirófano. Luego está el cuello, cercado por un colgante minimalista y caro, de diseño exclusivo, y finalmente la cabeza, el rostro, la piel tersa para sus ya bien pasados cuarenta años, ojos rasgados, una capa suave de maquillaje, el cabello oscuro, abundante, largo y sedoso, naturalmente ondeado. El cigarrillo va y viene en torno a una boca carnosa e igual de nacarada que las uñas, posiblemente pintadas en el mismo color o en otro a tono similar.

A veces quisiera abrazarla, y a veces quisiera estrangular a esa mujer que está sentada en mi living, apretar su garganta hasta que la piel de la cara se vea tan azul como sus ojos, apretar y verla boquear, gemir, babear sobre el nácar de la boca.

En fin, otro deseo que va a parar al casillero de los incumplibles.

—¿Te apurás, Úrsula? Tengo que estar en gimnasia a las ocho y media.

—El café ya está listo, cuando llegaste acababa de desayunar porque tengo médico ahora de mañana.

—Está recién hecho, ¿no?

Mi hermana Luz solo toma café recién hecho, nada de sobras, hay que prepararlo en el momento que su bella figura transpone el umbral de mi puerta.

—Sí. Bueno, hace media hora. Tenés un perfume de naranjas amargas y vetiver.

—¿Sí? No sé, es de Ralph Lauren, me lo regalaron. Apurate, por favor.

Luz siempre está apurada, siempre tiene un millón de cosas que hacer afuera y no le alcanzan las veinticuatro horas del día. No trabaja ni se ocupa de una casa, apenas de coleccionar rosas de nombres exóticos que una empresa cultiva en su jardín y un equipo de riego mantiene equilibradamente hidratadas. Maneja una enorme camioneta, y se apura para llegar tarde a todas partes.

La escucho desde la cocina: me cuenta que después de la sesión de ejercicio se va a su curso de jardinería, que en pocos días viaja a no sé dónde, a algún sitio en el altiplano a ver una exposición de flores, de rosas tales y cuales, menciona nombres en latín que no entiendo, y pienso que el tema de las rosas parece entusiasmarla más allá de sus entusiasmos habituales. Y me alegro.

Pongo las dos tazas en una bandeja, el edulcorante, dos servilletas. Entro al living, ella sigue su enumeración de palabrotas latinas, callate, Luz, por favor, que hoy tengo ganas de tirártelo por la cabeza, de verte chorrear café por la remera blanca, café por el pantalón clarito, café entre las uñas de los pies, seguramente pintadas de nacarado. Le acerco la taza.

—Servite, querida.

—¿No tenés otro edulcorante? Este tiene aspartamo.

—¿Y?

—Es cancerígeno.

—No sabía. Como yo no tomo.

—¿No tenés otro?

Le digo que no tengo. Se sirve algunas pastillas con rictus contrariado, revuelve el dulzor de hoy y el cáncer de mañana, los mezcla, se los lleva a la boca y los sorbe.

—Mañana es el cumpleaños de la tía Irene —dice.

—Sí, me acordé. ¿Vas a ir al cementerio?

—Ya fui ayer y arreglé el panteón, hice limpiar, sacar la maleza, lustrar los bronces, le puse flores. Vos no fuiste.

—Ya sabés lo que pienso.

—No, no sé, decímelo.

—Todo eso es pura necrofilia.

Reflexiona. Es adorable cuando duda de sus propias construcciones intelectuales, cómo la quiero.

—Tal vez, pero yo me siento bien si lo hago. A veces creo que lo hago por mamá, Papá y la tía Irene, otras veces pienso que lo hago solo por mí, por tenerlos en el recuerdo, para mi tranquilidad y la paz de mi conciencia.

Qué suerte tiene Luz si se siente en paz con su conciencia solo por poner flores en un par de frascos de vidrio. Yo no tengo conciencia, buena ni mala, no tengo cuentas que saldar con los muertos, no les debo nada que ya no les haya pagado, y lo que ellos me debían ya se lo hice pagar también. Estamos a mano, muertos queridos, púdranse en el infierno y por toda la eternidad.

—Lo de Irene fue tan terrible, me cuesta mucho olvidar, Úrsula. ¿Vos no tenés pesadillas?

—No, yo no me acuerdo de nada de aquel día, te lo repito siempre, cada vez que me preguntás. Y nunca sueño, ni lindo ni feo —miento, pero enseguida me arrepiento—. Bueno, sueño a veces, pero no mucho.

—¿Supiste algo de Ricardo?

—Debe de seguir preso y supongo que tiene para rato. Una condena por homicidio no se cumple así nomás, en un par de años.

—¿Y a Mirta, la viste? ¿Te volvió a llamar?

—Después que le pagamos el despido y la indemnización, desapareció. Fue justo antes del verano, cuando terminaron las declaraciones en el juzgado, ¿noviembre o diciembre? Me dijo que se iba a trabajar a Punta del Este, nos despedimos y ya no supe más.

—Una pena, la quería mucho. Tantos años.

—Tampoco esperaba que me llamara ni que siguiera en contacto. Es cierto, para ella también debe de haber sido un momento terrible: su novio asesina a su empleadora en su cama, la Policía, la investigación, el juicio. No creo que la pobre tenga ganas de ver gente que le recuerde lo que pasó.

—Ahora pienso en ella y me da pena, diez años con la tía, en la misma casa, todo para terminar así. Atrás quedó tanta vida compartida.

Se hace un vacío de palabras que aprovecho para sacar las pelusas del posabrazos del sillón. Todo lo que dice Luz me enfurece, ¿desde cuándo sucede? ¿Desde siempre? No, recuerdo a las dos niñas que fuimos con ternura, recuerdo que fuimos jóvenes y compinches, esta rabia no puede venir de lejos. Tal vez de la tarde

de la muerte de la tía.

Luz fuma y bebe el café, y el silencio se prolonga más de lo habitual.

—¿En qué te quedaste pensando?

—En la desaparición del anillo de Irene, ¿te acordás? Qué extraño que no lo encontraran entre las cosas de Ricardo.

—Ya lo hablamos mil veces, Luz, estás obsesionada con ese anillo. Aquello no fue una desaparición, supongo que después de asesinarla, Ricardo lo debe de haber vendido. Era muy valioso.

—¿Tan rápido? Lo agarraron a las dos horas del crimen.

—Qué sé yo, lo cambió por droga, lo tiró por ahí cuando vio llegar a la Policía. Un anillo no es voluminoso, desaparece fácilmente.

—Él siempre negó que lo hubiera robado, me lo dijo el comisario que estuvo a cargo de la investigación del caso.

—También negó haber cometido el asesinato, si vamos al caso.

—Es cierto. Si no hubiera sido por las huellas en el arma…

Las dos nos quedamos calladas.

—¿Y cómo está Daniel? —pregunto por preguntar, porque realmente no me importa.

—Igual que siempre, muy ocupado. Mi marido trabaja todo el tiempo.

—¿Sigue jugando al ajedrez?

—Sí, es su pasión, después del trabajo.

—Mandale saludos.

—Tenés que venir a casa a comer un asado. Quizá mañana, ¿qué te parece?

—Sí, me parece bien. Nos comemos una parrilla y después me voy a trabajar al canal.

—Bueno, mañana entonces, quedamos así. ¿Fuiste al casamiento de la hija de Rocío? Yo no pude ir. Dicen que la novia estaba preciosa.

Hace ya tiempo que mi hermana y yo ejercitamos lo más superfluo del lenguaje: ¿Cómo está fulano? Se lo ve envejecido. ¿Será que se enteró que la mujer lo engaña? Qué calor hizo anoche, seguro que se viene tormenta. ¿Mengana se casó en la iglesia de Stella Maris? ¿Quién le hizo el vestido?

La miro, es tan grácil. Tan delgada y delicada.

A ver, me digo, tratemos de imaginar si Luz sería capaz de disparar contra alguien, de levantar su brazo delgado y musculoso, de apuntar a un cuerpo vivo y conocido, un cuerpo acostado en una cama y pum, pum, pum. Aunque fuera capaz de matar sería imposible que yo lo supiera, ella nunca confesaría nada que perturbara su imagen de perfecta cariátide posmoderna, entonces sigamos hablando de la humedad del invierno y de las series de televisión y de la fiesta de casamiento de la hija de los Borges en la chacra de San Fernando. Sin embargo, ella no es tonta ni yo tampoco, es un ritual de trivialidad que en algún momento se impuso en nuestras vidas y no supimos manejar. A veces creo que hay una corriente subterránea debajo de los temas que elegimos hablar, una comunicación paralela de gestos torcidos, de inflexiones duras, de tonos sarcásticos, creo que hay una lucha entre nosotras que no logro entender, que no decodifico pero está ahí. Me pregunto por qué y me pregunto si ella se pregunta por qué, si le preocupa esta barrera que se levantó entre las dos, a pesar del amor que nos tenemos. He tratado de identificar el momento, ¿cuándo empezó cada una a encerrarse en sí misma, a blindar sus pensamientos con palabrerío inútil?, ¿en qué momento dejamos de comunicarnos, de compartir?, ¿cuándo empezamos a pelear sin pelear? No sé decirlo con seguridad, vuelvo a pensar que tal vez el punto de partida fue la muerte de la tía Irene.

El asombroso milagro de la muerte, una persona camina y piensa, y al minuto siguiente es un objeto inanimado e inerte, la nada, menos que nada, solo frío y vacío. Pobre tía, querida Irene, asesinada hace un año, siete meses y doce días, hoy es un objeto inanimado e inerte que yace en una casita de cemento recubierta de granito, en un panteón en el Cementerio de Buceo rodeado de flores que Luz lleva de vez en cuando. Un cuerpo podrido, pasto de gusanos que se irá resecando hasta llegar al hueso y después del hueso la nada.

Ahora sos eso, Irene, una carne pudriéndose, comida de gusanos, unos huesos con vocación de ser nada.

—¿A qué vas al médico, Úrsula?

—Nada en especial, control. ¿Cuándo te vas de viaje?

—En cuatro días y ocho horas.

—¿Y cuánto tiempo te quedás?

—Me quedo una semana en La Paz. ¿Querés que te deje en el hospital?

—No, tengo otras cosas que hacer.

—Me gustaría ubicarla para hacerle algunas preguntas.

—¿A quién?

—A Mirta.

—¿Te vas a poner a resolver un misterio ya viejo? ¿A escarbar en un crimen ya resuelto por la Policía y con sentencia al asesino? Mirás mucha televisión, Luz, demasiados *cold cases*, me parece.

—No. El asesino está preso, no hay nada que resolver. Solo algunas preguntas que quise hacerle entonces y no pude.

—Dejá las cosas como están. ¿Te dije que tu perfume es de vetiver y naranjas amargas?

—Sí, me lo dijiste. Hasta mañana, querida.

Mi hermana me besa y sale apurada.

Estoy segura, fue después de la muerte de la tía Irene que comenzamos a alejarnos. Maldita tía Irene, haciendo el mal incluso desde la tumba.

9

Las salas de espera de los médicos son un largo paréntesis hecho de nada donde el tiempo transcurre sin tiempo.

Me deslizo entre pensamientos vacuos, paseo la vista por muebles anodinos y paredes banales, por caras sin expresión que miran sus teléfonos. Sobre una mesa baja hay revistas, *El campo hoy* y *Automóviles del mundo*, que recojo, hojeo y dejo. Suena una música informe, asordinada, acomodaticia. Me voy de mí, me dejo arrastrar por los colores tenues de las paredes y por la suavidad de la moqueta, por el aire tibio climatizado, los sonidos blandos y envolventes. Tal vez me duermo, cierro los ojos un segundo o dos, tal vez unos minutos hasta que alguien dice mi nombre y reacciono, vuelvo a la realidad azorada, turbada por la obligación de salir de la deliciosa sensación de vacío donde hubiera querido permanecer por el resto de mi vida.

La enfermera me conduce a un consultorio blanco, luminoso, indica un espacio detrás de un biombo, me entrega un poncho de papel. La visión de la camilla ginecológica me produce el mismo espanto atávico de la primera vez.

—Sáquese la ropa y póngase esto. Después extiéndase en la camilla.

Obedezco como solo obedecemos los pacientes, sin condiciones, sin réplica posible, sin palabras. Me saco el suéter, la camisa, desprendo los broches del corpiño —tres broches, talle especial, diseño reductor—, mis pechos caen libres, vibran, gelatina o medusas contra mi torso. Saco los zapatos, bajo el pantalón, finalmente el poncho cae sobre toda mi desnudez, sobre mi carne trémula por la vergüenza de exhibirse y por el frío del consultorio.

Todavía parada detrás del biombo, asomo la cabeza y veo que no hay nadie, salgo apurada y me subo a la camilla, me tiendo como me ordenaron, acomodo el poncho e intento tapar la piel que sobresale por los costados aunque sé que es inútil, que en breve vendrá el médico y con un gesto tan distraído como implacable destapará mi cuerpo, lo sacará de la sombra a la luz potente de los

focos.

El papel sobre el que estoy acostada cruje en cada movimiento, lo siento ceder bajo mi peso, es áspero, está helado y es azul. Intento cubrirme, tapar la mayor superficie posible de mi piel. Intento lo imposible. Boca arriba miro el artefacto que emite una luz impiadosa, innecesaria en un ambiente lleno de sol. La luminaria es grande y potente, me encandila, y así enceguecida vuelvo la vista a la habitación, hago un inventario para olvidarme del miedo: un escritorio, un fichero, dos cuadros, tres sillas. Miro hacia arriba, a la luz, otra vez me encandilo. Escucho la puerta que se cierra y los pasos que se acercan.

—¿Cómo le va?

Vacilo antes de contestar.

—Bien.

Lo escucho llegar, veo solo su bata corta y blanca, un nombre bordado en azul en el bolsillo superior. Huelo: loción para después de afeitar de tabaco y café. Me levanta el poncho, lo remanga en un solo gesto sin sutilezas. La palma fría y enguantada se apoya en mi vientre con fuerza, empuja y excava, explora y aprieta, recorre y oprime, se introduce en la piel y escarba el tejido adiposo, los tendones, los ligamentos. Estímulos, punzadas, corriente eléctrica, contracciones de los músculos.

—Ay, cuidado. Me duele.

La mano avanza y palpa, los dedos se despliegan y presionan en torno al ombligo, a la piel, sobre la grasa que aplastan, que hunden.

—Duele —digo otra vez.

—Un poco más y termino —susurra su voz hacia arriba, al aire, a la nada.

Los costados, la pelvis, el centro, los dedos caminan al borde del pubis.

—¿Últimamente se ha hecho una prueba de Papanicolaou, una mamografía…?

—Sí.

—¿Cuándo?

—El año pasado.

—Vamos a repetir.

La mano salta desde el sur al norte, hasta el contorno exterior del pecho izquierdo, aprieta con fuerza en algunos puntos, más

suave en otros, se hunde y se desplaza despacio, se detiene. Duele menos, duele cada vez menos, ya ni molesta. Aspiro y huelo la loción para después de afeitar, tabaco, chocolate y café. Escucho su respiración y la mía. Ahora la pendiente del seno, cerca del pezón, los dedos se deslizan y palpan en torno al círculo, pasan al otro lado, primero la periferia, después la zona del medio, los dedos buscan, presionan, fuertes al principio y cada vez más livianos al acercarse al centro. Empiezo a sudar, una gota de transpiración brota en el valle. Pezón derecho, exploración en círculo. Respiro hondo, me relajo, cierro los ojos. La temperatura del consultorio es agradable, cálida. Mi cuerpo se adapta a la mano con guante de látex que ya no está fría, y me aflojo, me dejo llevar. Suspiro. Así. Así.

Y luego, nada más. Los pasos se alejan.

—Vamos a tomar la muestra para el Pap. No se ponga nerviosa. Flojita.

Dejo los ojos cerrados, no quiero ver esto. Las pisadas vuelven. Abro un ojo y miro, solo un poco, alcanzo a ver unos dedos que se mueven en guantes de goma, el metal de unas pinzas que quisiera no haber visto.

—Flojita, flojita. Abra bien las piernas. Vamos, que falta poco y ya terminamos.

Obedezco, abro bien las piernas, me abro entera y me expongo, me exhibo tal como soy por dentro. Me vienen a la mente escenas de películas porno, primeros planos de vulvas húmedas, pubis depilados, labios hinchados, mujeres que son penetradas por penes gigantescos, atadas con cuerdas, inmovilizadas con sogas o cadenas, sodomizadas. Cuando las miro me excito y al poco tiempo me aburro del muestrario de genitales de libro de biología. El muestrario de camilla ginecológica, pienso ahora mientras el médico de turno me explora los interiores. Frío, gelatina, goma, pinzas de metal, todo dentro de mí hurga, se desplaza, retrocede y cambia de dirección.

Después el aparato se introduce más, invade. Y crece.

¿El metal puede crecer adentro de mí? La sensación es indescriptible, el horror siempre me deja congelada: metal y humedad entre los muslos, las nalgas, las piernas, la vagina hasta llegar al cuello del útero. Dolor. Todo se oscurece y siento las

lágrimas que corren mejilla abajo. Cuando quiero reaccionar terminó el procedimiento y el médico retira su instrumento, aprieto los ojos, aprieto fuerte, no quiero ver.

—No me diga que está llorando. ¿Le dolió tanto?

—No, no. Es que me pongo nerviosa.

—No es para tanto.

No sé si levantarme o quedar a la espera de una nueva intrusión dactilar.

—Veo en su historia clínica que está en tratamiento con dietista.

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Hace poco más de un año.

Camina hasta el escritorio, se pone los lentes, levanta un legajo, lo hojea de atrás para adelante. Pasa hojas y hojas, vuelve atrás.

—Acá anotaron que empezó el tratamiento hace más de cuatro años.

—Bueno, cuatro.

—La voy a pesar.

Ahora vendrá la inevitable sesión sobre la balanza, rezongos y admoniciones, el responso que llega y pasa sin consecuencias para mi vida, eso sí, abreviado, resumido porque el doctor tiene poco tiempo y muchos pacientes en la sala de espera. Vendrá el ceño fruncido y la advertencia, entre treinta y siete y cuarenta segundos cronometrados. Bajo la vista y la aferro a la esfera de la balanza. Espero a que deje de oscilar.

—Muy bien, vístase.

Obedezco, obedezco, me visto, repito el mismo proceso de hace unos minutos, en sentido inverso. Puesta la ropa, la estiro y la acomodo. La gordura es naturalmente desaliñada, y las mujeres como yo deben componerla, arreglarla, presentarla para que tenga un aspecto esmerado, cuidado. Las mujeres como yo deben disimularse entre las telas, los pliegues, desaparecer bajo la vestimenta.

El poncho queda abandonado en una silla detrás del biombo. Salgo y me siento frente a su escritorio, espero la sentencia, el rezongo. Sé que ahora vendrán análisis, estudios, monitoreos. Mi adiposidad ecografiada, tomografiada, puesta en la mira del microscopio.

—Vamos a hacer unos chequeos de rutina. Vuelva en unos días con los resultados.

Soy una gorda diagnosticada.

10

—¿Dónde estoy? ¿Hay alguien aquí? Sé que hay alguien, escucho pasos. Por favor, responda.

—Tranquilo, tranquilo, señor Losada, si coopera no vamos a hacerle daño.

—¿Quién es usted? ¿Qué hago yo acá? ¡Ay, qué dolor de cabeza!

—…

—Por amor de Dios, responda.

—Le pido que se calme.

—¿Quién es usted? ¿Dónde estoy? ¿Qué hago aquí? ¿Qué es esto? No veo, tengo una venda…

—Si se queda tranquilo y colabora no le va a pasar nada.

—Le pido por favor, aflójeme un poco estas cuerdas de las manos, las tengo agarrotadas. Algo me lastima en los tobillos. ¿Tengo esposas o cables en los pies? ¿Es necesario, todo esto?

—Tranquilo, le dije.

—Se me entierra el metal en la piel, no sabe cómo me molesta. Me lastima. Le suplico que me saque las esposas.

—Queremos estar seguros de que no va a escaparse.

—La cuerda o el cable es todavía peor, se me clava. Y este dolor de cabeza es intolerable. Estoy lastimado. ¿Estoy muy lastimado?

—Cálmese, no es nada. Ahora le aflojo un poco los nudos. ¿Así está bien?

—No. ¿Cómo voy a estar bien? Atado, esposado, inmóvil y con los ojos tapados por una venda no puedo estar bien. Tengo náuseas, ¡me duele tanto la cabeza! Le pido por favor que las afloje un poco más.

—A ver, a ver, ¿así está mejor? Trataremos de no causarle más inconvenientes de los necesarios.

—¿Quién es usted? ¿Por qué estoy acá?

—No importa quién soy. No se ponga nervioso, va a estar bien.

—Reconozco esa voz. ¿Yo lo conozco a usted?

—No, no creo que nos conozcamos.

—Ya sé, ya sé, ahora me acuerdo bien. Es la voz del policía.

Usted es el policía que me pidió los documentos.

—…

—Responda, háble me, por favor. Es horrible estar inmóvil y no ver nada, me da mucho miedo. ¿Qué hago acá? Usted me golpeó y me ató.

—Otra vez le pido que se calme.

—¿Esto es un secuestro? Madre mía, estoy secuestrado.

—Le prometo que va a ser breve, lo vamos a soltar muy rápidamente. Si todo sale bien.

—¿Qué es lo que tiene que salir bien? No me asuste más de lo que estoy.

—…

—Ay, me duele mucho la cabeza. Muchísimo.

—Ya se le va a pasar, tenga paciencia.

—Debo de tener un moretón tremendo, estoy seguro, siento un dolor fuerte, punzante, localizado.

—Si se pone nervioso se tensa y le duele más.

—Pero ¿de dónde sacó esa teoría? Esos son disparates pseudomédicos.

—No son disparates, la contractura muscular favorece el dolor.

—Disculpe la pregunta, pero ¿usted es médico?

—Comprenda la circunstancia, no puedo hablarle de mi vida personal.

—Ni sacarme esta venda de los ojos, supongo.

—Exacto.

—No sabe el horror que es estar así, privado del sentido de la vista. Además es gratuito, inútil, porque yo ya vi su cara. ¿Qué sentido tiene la venda si ya vi su cara?

—No podemos permitir que vea el lugar donde estamos, no podemos arriesgarnos a que lo identifique más tarde, cuando quede en libertad. ¿Entiende? Ni que me vea a mí y mi socio.

—¿Cuándo podré volver al mundo de los que pueden ver y moverse libremente?

—De eso queríamos hablarle. Necesitamos ponernos en contacto con su esposa, hace un rato llamé a su casa y me dijeron que ella ya no vive allí, con usted.

—Es cierto. Úrsula y yo nos separamos, nos separamos hace poco. Ella ya no vive en casa.

—No le puedo creer. Qué mala suerte.

—¿Mala suerte? ¿Para quién, para mí? No lo creo. Es lo mejor que me pasó en la vida.

—Mala suerte para nosotros. Ahora necesitamos su nuevo número de teléfono, el celular o el fijo, lo que sea para comunicarnos con ella.

—Ay, esto debe de estar muy hinchado, o incluso sangrando. Me siento mal, todo me da vueltas.

—Escuche, por favor, tenemos que hablar con Úrsula, con su esposa. Deme un número para comunicarme.

—Sí, me parece que siento caer la sangre por las sienes, siento una humedad en la cabeza. ¿Se puede fijar? Debe de tener muy mal aspecto. Ay, qué dolor.

—Le puedo dar una aspirina. ¿Y dónde vive Úrsula? Usted debe de saber la dirección.

—Qué sé yo, se fue de casa y vive en otro lugar, en un apartamento en Pocitos. Esto debe de estar muy feo, tal vez necesite algunos puntos. ¿Y si se infecta?

—No, no tiene tan mal aspecto. Le puedo unir los bordes con gasa y leuco. Enseguida le doy un vaso de agua y la aspirina. ¿Sabe el número de teléfono de Úrsula?

—¿Una aspirina? ¿No me puede dar algo más fuerte que una aspirina? Un analgésico con antiinflamatorio, por lo menos.

—Después voy a buscarle un antiinflamatorio. O va mi compañero, si es que llega hoy.

—¿De qué compañero me habla? Yo solo lo vi a usted, y ahora solo lo escucho a usted. Acá no hay nadie más que nosotros dos, usted y yo.

—Va a ver que lo va a escuchar más tarde o mañana, cuando llegue.

—Usted fue el que me golpeó. Se hizo pasar por policía, me pidió los documentos y revisó el auto. Yo nunca escuché otra voz más que la suya.

—Ya lo va a escuchar, él va a llegar entre hoy y mañana. Le repito, ¿me dice el teléfono de su esposa?

—No me acuerdo, no me acuerdo. Quisiera verlo a usted con una herida terrible y dolorosa y sangrante, haciendo esfuerzos de memoria. En este momento no sé ni el nombre de mi madre. ¿Y si

me dejó al borde de la conmoción cerebral? No se imagina cómo me duele…

—No exagere, que no es para tanto. Y le aseguro que no fue nuestra intención lastimarlo, solo adormecerlo para facilitar la movilidad.

—No entiendo, ¿para qué trata de convencerme de que son dos personas? ¿No tendrá un amigo imaginario, usted?

—Piense lo que le parezca, señor Losada. Cuando llegue mi socio, aunque no lo vea, al menos podrá oírlo.

—Me siento muy mal. Ay, se me parte la cabeza.

—Haga un esfuerzo, trate de acordarse del número.

—¿Y no me puede sacar las esposas de los pies, por lo menos?

—No, lo siento, no puedo. ¿El número de teléfono? ¿Lo recuerda, ahora?

—Le dije que no. Es un número nuevo, no lo sé de memoria, busque en la guía, llame a informes, seguro que se lo dan.

—¿Cómo es el apellido de soltera de su esposa? Para buscarlo, claro.

—López. Su nombre es Úrsula López. Llame al servicio de informes de guía y se lo dan. Y, por favor, no me tenga así, tráigame antiinflamatorios y analgésicos, y apúrese, que estoy mareado y me parece que voy a perder la conciencia otra vez.

11

Nous ne sommes pas de ce monde
ne sommes pas de ce pays
sommes pas de ce village
pas de cette rue

Frente a la computadora, trabajo, traduzco, trato de trasvasar de un idioma al otro sin trabas, sin trastocar el sentido ni el sentimiento. ¿Lo logro? A veces, y a veces siento que la inspiración me abandona, como ahora, y la mente vuela lejos de las palabras, se hace pájaro u hoja seca, se escapa adonde la lleve el viento. Mi mente no siempre me pertenece.

Hoy es 10 de abril, Irene, hoy sería tu cumpleaños si siguieras cumpliendo años. Cumplirías sesenta y cinco, si estuvieras viva. ¿Cuántos cumpleaños familiares? Recuerdo tus elegantes recepciones, la casa minimalista íntegramente blanca y luminosa, sillones Van der Rohe y Breuer, pintura figurativa, y sobre todo te recuerdo a ti, tan chic, un trago sofisticado en la mano, recibiendo a los invitados en la puerta con tu estilo Jackie Kennedy, meditada sencillez sobre tu cuerpo delgado.

Y recuerdo tu presencia en nuestros cumpleaños, los míos y los de Luz, infantiles, prosaicos, vulgares, los globos y los gritos, la torta coloreada con anilinas de colores, sánguches aplastados y pegotes de gaseosa y de chicles en el suelo.

«¿Qué se le dice a la tía Irene?» La niña que yo era rasgaba el papel y pensaba cómo agradecer algo que todavía no había visto ni sabía si le gustaría, pero las implacables reglas de cortesía de mi padre funcionaban sin tener en cuenta esos detalles menores, sin concesiones a la lógica, y yo tenía que decirte las palabras esperadas, tía Irene, el *abretesesamo* y la contraseña para seguir adelante con la apertura del paquete dorado y los moños de raso que acababas de entregarme. Y cuando despojaba al objeto de su envoltorio, cuando abría la caja de cartón, la respiración contenida, los ojos sin parpadeo como una Pandora ansiosa, extraía de entre

los papeles un camisón de seda o de satén, largo o corto, bordado o con encajes, sacaba la prenda suave y lujosa, inadecuada, y me arrepentía, mil veces me arrepentía de las gracias que recién te había dado.

—Qué lindo, a Úrsula le encantan los camisones —decía Papá para llenar el silencio que se había vuelto largo.

—Le compré un talle grande. Me parece que está creciendo mucho, ¿no? Úrsula es un poco llenita y este modelo le va a quedar precioso.

Luego se encerraban en el escritorio a repasar cuentas, y yo quedaba a cargo de una nube de papeles de seda y de una caja abierta, del sarcófago que contenía el cadáver de un camisón.

Después vino un ciclo de regalos de libros, y esa etapa podría haber sido la mejor porque para entonces yo ya leía casi todo. Pero tú, querida Irene, te las ingeniaste para encontrar enciclopedias sobre las especies de orquídeas, sobre animales del norte de Oceanía en peligro de extinción, libros que después de ojear de atrás hacia delante dejaba en el estante que me correspondía de la biblioteca, para no volver a mirarlos nunca más. No hace mucho tiempo las encontré en un cajón olvidado y vi por primera vez que el ejemplar de las flores estaba dedicado con tu letra redonda y perfecta. «A mi preciosa *Grammatophyllum Speciosum*, con el amor de siempre», decía, y no supe a qué te referías hasta que busqué el nombre en el mismo índice. «Es la orquídea más grande que existe. Estas plantas pueden pesar desde varios cientos de kilogramos hasta una tonelada». *Touchée*, tía Irene, buena estocada *post mortem*.

Y si…

nous ne sommes pas de ce monde
ne sommes pas de ce pays…

¿Cómo empezó todo? Me lo he preguntado tantas veces.

En el principio fue el mandato estético: yo me desarrollaba, tú me contemplabas desde el otro lado de la mesa con tus ojos muy abiertos y fijos, luego te inclinabas hacia Papá, susurrabas algo en su oído, y él procedía a volcar en la cubetera una de las cuatro porciones de helado ya servidas. La mía. Después, sentados a la mesa, cada uno sorbía su postre y yo, sin plato delante, sentía

explotar las costuras de mi vestido amarillo, reventar el cierre del *jean*, abrirse la lana del suéter sobre mis tetas, saltar los botones de la camisa, veía que mis brazos se inflaban y desgarraban la tela de un tapado, que la panza sobresalía triunfal sobre la pollera rota. Entretanto, Luz, refugiada en su delgadez y belleza, cumplía con el mandato familiar, sorbía su helado y miraba pasar la vida desde la comodidad que asegura la obediencia.

Años después y luego de una tarde excepcionalmente violenta de discusiones que fueron derivando, ramificándose, le eché en cara a Papá su complicidad contigo en la historia de los regalos y de las prohibiciones alimenticias, le pasé factura por las humillaciones recibidas, le recriminé la comida que se me había vedado. Él negó cualquier acción deliberada, su responsabilidad y hasta la tuya, tía Irene, pero lo hizo con un desgano atípico en su elocuencia, y después ni siquiera siguió con la discusión principal, de la que el tema de la comida era nada más que un accesorio.

Si lo pienso, todo comenzó antes, todavía antes que eso. La muerte de mamá, tu alejamiento, una mudanza a París en los meses de desconcierto posteriores, los de la orfandad y de la pérdida, y el precipitado e impostergable viaje de negocios de Papá. Algunos años después, ya adolescente, buscaba una tijera que me habías pedido, tía Irene, y encontré las fotos en uno de los cajones que me mandaste a revisar: juntos en Europa, sonrisas en Roma, cervezas en Múnich, abrazos y besos debajo de la Torre Eiffel. Papá, que nunca quería salir en fotos, aparecía retratado en una docena. Sostenía las cartulinas en mi mano y, como en una telenovela barata, en ese momento entraste al cuarto. Al menos tuviste la decencia de no negarlo, abriste los brazos con las palmas hacia arriba, enarcaste las cejas y frunciste los labios en una mueca híbrida entre la sonrisa y la disculpa.

Pero todo pasa, y los años pasaron, el tiempo que a mí me hizo gorda a ti te hizo vieja, querida tía Irene, y nos sorprendió en una *pax romana* que duró hasta el día de tu muerte.

Vuelvo a abrir el texto que traduzco, vuelvo a donde lo dejé:

nous ne sommes pas de ce monde
ne sommes pas de ce pays
sommes pas de ce village

pas de cette rue

Es cierto, yo no soy de este mundo, nunca lo fui. Y todo lo que hice por pertenecer, aun lo más atroz que hice contigo, Irene, finalmente me dejó en el mismo sitio y tan sola como siempre.

12

Montevideo, 19 de abril

Estimada vecina del apartamento 602:

Motiva la presente un problema de orden sonoro que experimento desde que usted llegó al edificio, y que tiene su origen directo en el calzado que utiliza en sus desplazamientos por el apartamento que ocupa, tanto de día como de noche, y a veces hasta muy entrada la madrugada.

Sí, hace casi tres meses que sus zapatos de taco han irrumpido en mi vida haciéndola miserable. No sé si usted tiene un par, una docena o cien, no sé si son negros, rojos o azules, tampoco sé si usted calza 35 o 40. Pero le aseguro que conozco muy bien el sonido que producen al chocar contra la pinotea del piso, tanto que si los escuchara repiquetear en algún sitio lejano, digamos un cementerio de Viena o un hospital de Birmania, los identificaría sin dudar.

Le pido en nombre de la convivencia, de la tranquilidad del edificio y muy especialmente de la mía propia, que de aquí en adelante utilice zapatillas, pantuflas, ojotas o cualquier tipo de calzado con suela de goma, fieltro, plástico u otro material mullido, para evitar ese molesto repiqueteo que invade mi silencio desde que sus tacos llegaron a mi vida.

Agradezco su comprensión.

Reciba mis saludos cordiales.

La vecina del 502

PD1: Si opta por las pantuflas de fieltro le recomiendo la marca Termitas, le aseguro que ambas nos veremos beneficiadas, usted en términos de confort y economía, yo de tranquilidad.

PD2: Me pareció abusivo el escándalo de la otra noche, permítame que le diga.

13

Sueño que entro en otra casa, no mi casa, donde me acosté a dormir, sino en un sitio blanco y luminoso, minimalista, que camino por las habitaciones claras y elegantes, me detengo y escucho, sigo, piso como un gato, atravieso un pasillo hasta que llego a una puerta entrecerrada, me enfrento a la rendija de luz, miro al interior.

De pie ante una puerta, las manos a los costados, inertes, comprendo que estoy dormida. En el sueño la respiración se acelera, vuelve jadeante, me transpiran las palmas y la nuca, tengo la frente húmeda. Estoy parada frente a una habitación y quiero empujar esa puerta, desplazarla un par de centímetros más, y mirar. Sin embargo, no logro hacerlo y así transcurre el tiempo y el sueño, sin avances, hasta que despierto y me incorporo, me siento en el borde de la cama. Sé que estoy despierta porque me duele la cabeza como sucede cada vez que salgo de mis pesadillas, porque me siento como drogada, y trato de recordar si tomé el somnífero. Intento levantarme, no coordino bien los movimientos, me mareo y caigo sobre el colchón.

No sé qué hora es, no veo líneas de luz entre los listones de la persiana, pueden ser las dos o puede estar por amanecer. Le tengo terror a las noches en vela, el insomnio me produce desazón, abatimiento, una plena conciencia de mí misma que no soy capaz de soportar.

A lo lejos suena una sirena, una ambulancia o la Policía, viene en este sentido, tal vez a mi calle o a mi cuadra. Es el sonido de la enfermedad, de la cárcel, de la muerte.

Otra vez vuelve la imagen de los sueños, la casa blanca y en silencio, el pasillo largo, veo a Mirta que lo recorre en puntas de pie, va hasta la puerta del fondo, la que comunica la cocina con el jardín, escucho que desconecta la alarma que activan a la hora de la siesta desde que entraron ladrones, unos meses atrás. Oigo que digita los números, abre sin ruido y allí está Ricardo, que entra acatando el pacto de silencio.

Estiro la cabeza desde mi escondite, puedo verlos en la cocina,

se besan, se tocan, él le abre la blusa, la otra mano levanta el vestido, recorre las nalgas. Mirta desliza la palma sobre el bulto del pene que veo o imagino crecer, jadean sin ruido. La tía Irene duerme la siesta del otro lado de la casa. Todas las tardes, a la misma hora, duerme la misma siesta. La habitación está alejada pero ellos deben ser discretos, la dueña de casa tiene el sueño lábil y otras veces ha bajado antes de tiempo, Ricardo se ha visto obligado a esconderse y Mirta ha debido acomodarse la ropa a las apuradas. Lo sé, lo sé, los he visto. Él saca un sobrecito de un bolsillo, extrae el polvo con la punta del dedo, lo inhala, luego chupa lo que queda y ríe sin sonido, le muestra los dientes, la mira a los ojos. Desde el pasillo oscuro, desde atrás de una puerta veo el juego erótico de cada tarde. El cuarto de Mirta está a pocos metros de la cocina que ellos atraviesan sin soltarse, sin dejar descansar las lenguas, los dedos hurgan, las bocas exploran, entran a la habitación y ella cierra la puerta aunque no del todo, como siempre, para escuchar cualquier sonido que pueda venir del cuarto de la señora Irene. Salgo de mi escondite y me acerco despacio, en puntas de pie, empujo apenas y la rendija se abre unos milímetros más, me deja ver. Ricardo se saca los pantalones y ya está sobre la cama, ella se saca el vestido despacio, camina hacia él y lo monta, lo cabalga mientras se saca el corpiño en un lento *striptease*. Él le toma los pechos brutalmente, aprieta sus pezones, la obliga a ofrecérselos en la boca, los muerde hasta hacerla torcer el gesto de dolor, hasta hacerla gemir de placer. Mirta se mueve y queda sobre su pene, gira, rota el cuerpo, entre ella y la verga solo hay una tanga, un mínimo pedazo de tela que desliza con un movimiento y entonces se sienta, se encastra, se hace penetrar.

Copulan y yo jadeo con ellos, en silencio, pegada a la rendija de la puerta en la casa de mi tía, como jadeo ahora acostada de espaldas en mi cama y recordando aquellas tardes. Aquella tarde.

Después se separan, quedan tendidos boca arriba, el tiempo transcurre y yo estoy afuera expectante ante cada sonido. Ricardo sale del letargo, lo oigo moverse y miro, se acerca más a la mujer, la toma por las nalgas y ella se da vuelta, obediente, apoya su espalda contra el pecho de Ricardo, se apoya en las manos, yergue el trasero y se frota contra la pija, él la empuja sobre la cama y ella cae tendida boca abajo, jadeando, levanta otra vez el trasero, él le

agarra los pechos, con una mano corre la línea de tela y la penetra brutalmente.

Copulan. Jadeo con ellos.

Tendida en mi cama y acorralada por el insomnio, vuelvo a pensar qué recuerdo de la realidad y qué recreo de los sueños.

En la casa blanca, Mirta cierra los ojos, apenas unos minutos como hace habitualmente, y se duerme enseguida. La escucho, una respiración fuerte o un leve ronquido.

Ricardo mira el reloj, se levanta de la cama, sé que suele irse enseguida. Se viste apresurado, vuelve a sacar el sobre del bolsillo, saca un poco con el dedo y se mete el polvo por las fosas nasales palpitantes, una vez, dos veces. Se detiene. Ve abierto el cajón de la mesa de noche de Mirta, ve algo que brilla adentro, se acerca y lo saca: el revólver que compró la tía Irene después del robo de hace unos meses. Lo toma con las dos manos, le da vuelta, veo que tantea el gatillo, siente la fuerza, el peso y el poder del arma, juega y apunta a Mirta, que sigue dormida, apunta a la cabeza de Mirta y ríe en voz alta, pero ella no despierta. Con el arma entre las dos manos flexiona las rodillas y gira ciento ochenta grados. Pumpumpum, grita. Sopla la punta del caño y ríe. Pumpumpum, repite la escena, después deja el arma en la mesa, la abandona y saca otra vez el envoltorio, inhala lo que queda en el papel que luego abolla y tira al suelo. Mira la hora, mira la puerta, escucho una puteada. Me muevo en silencio, me escondo en un baño.

Ricardo sale de la habitación, ya no pisa en puntas de pie. El revólver queda olvidado sobre la mesa de noche.

Espero a oír el golpe de la puerta de calle, como siempre, salgo al pasillo, entro en puntas de pie al cuarto de Mirta, saco un pañuelo de mi bolsillo y tomo el revólver con cuidado, sin tocarlo. Mirta ronca muy fuerte. Sé qué haré: caminaré hacia la habitación de Irene y abriré la puerta, entraré. La veré dormir entre su ropa clara, sentiré el lirio y el almizcle blanco, experimentaré la ternura de ser dueña de su vulnerabilidad y una lágrima contorneará mi mejilla, un recuerdo tierno me erizará la piel, la miraré dormir su siesta sin recelos, y sabré que todos esos momentos se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia. Es hora de morir, pienso con tristeza. Y empiezo a caminar.

Es entonces que el sueño se vuelve intenso, sensaciones

profundas, emociones que me perturban; sin embargo, al despertar siento una paz que rara vez experimenté en la vigilia.

DÍA TRES

14

Toco el timbre escondido en la pared del costado de la altísima reja, una cámara me apunta y transmite mi imagen quién sabe adónde, la cerca de hierro comienza a deslizarse de derecha a izquierda, descubre el parque y el perfecto camino de balasto, los árboles frondosos, la casa blanca, enorme, el estanque del frente con carpas japonesas. Pienso, trato de recordar si tengo limpias las medias, miro en el espejo del retrovisor si hay algo malo en mis dientes, si peiné bien mi cabello, rápidamente me paso brillo en los labios. Pongo la primera y entro por el camino de casuarinas mellizas, simétricas, exactas, y otra vez me pregunto qué hizo que Luz dejara su carrera de agronomía, porque su jardín es la obra de un talento artístico desperdiciado. Estaciono el auto al pie de la escalinata y subo uno por uno los peldaños de mármol, empujo la puerta que siempre está abierta.

El dinero corre a sus anchas por la casa de Luz, corre y se detiene en una pintura colgada en una pared, aflora del techo en forma de luminarias orientadas con arte y estilo, el dinero mana del suelo en la lana de la alfombra, corre y pasa y está en todas partes. El dinero logra que su casa sea muchas casas, muchos rincones diferentes, que desde el jardín se vea la perspectiva del piso de lapacho de la sala, un panorama que vuelve a cambiar al subir la escalera, amplia y de diseño impactante. Las escaleras grandes y llamativas son solo una de las formas habituales que adopta el dinero para manifestarse en una vivienda, pero hay otras, hay muchas formas: maderas nobles, diseños exclusivos, objetos cotidianos llenos de arte o de lujo, o ambos. La casa de mi hermana es un catálogo de manifestaciones del dinero y del buen gusto.

—Úrsula, qué alegría.

Luz se acerca con un abrazo estrecho, un afecto olvidado que me aleja de los reproches y que opera la magia de sepultar todos los malentendidos. El amor por mi hermana es un sortilegio que ha sobrevivido a un pasado turbulento, ya inimaginablemente lejano.

Atravesamos la casa, nos dirigimos a un costado del jardín, a

una barbacoa gigantesca donde su marido se esfuerza y transpira, prepara las carnes en la parrilla. Mi cuñado viene a mi encuentro y extiende las manos, toma las mías, me da un beso en la mejilla y dice algo amable de mí o de mi ropa. Tiene el pelo entrecano y abundante, viste como el presidente de una empresa en fin de semana, y lo es de la suya propia. Todo en él parece salido de un anuncio en papel satinado, sacado de una publicidad relacionada con la buena vida, con un seguro millonario, con autos lujosos, con barcos o con un barrio caro.

—¿Qué tomás, Úrsula?

—Vino, whisky, lo que sea que estén tomando.

—Tu hermana, agua sin gas.

—Cualquier cosa menos agua sin gas.

Lo miro prepararme un trago mellizo del suyo, algo oscurecido a fuerza de *bitter* que completa con hielo y una cáscara de naranja. Me lo extiende, sonrisa muy blanca, camisa remangada sobre reloj de oro y brazos bronceados en otras latitudes.

—*Voilà!*

—*Merci, monsieur*.

Chocamos los vasos, brindamos con Luz, que acerca su agua a la celebración del encuentro.

—Por nosotros —dice Daniel, y choca su vaso con el de Luz.

—Por todos —responde mi hermana.

El alcohol baja por mi garganta y se expande, recorre mis venas, se confunde con mi sangre. Otro trago, y miro a mi alrededor.

Debe de ser fantástico ser ellos, debe de ser increíble ser mi hermana o su marido, tener esta casa, nadar desnuda en esta piscina. Quiero ser ellos, ser luz sin sombras, quiero escaleras de diseño y parque, camino de balasto, rosas, casuarinas, pinturas, alfombras. Bebo un poco más y el tiempo se desliza.

Mi cuñado habla de arte o de política o de viajes con voz condescendiente, es la voz de una persona que puede decir lo que quiera, es una de esas voces que pueden decirnos cosas desagradables por nuestro bien. Lo escucho sin aportar nada a su discurso. Mi hermana ni aporta ni parece siquiera escuchar una palabra. Después de un par de tragos, él habla del trabajo, del esfuerzo, del sacrificio —de su trabajo, de su esfuerzo y de su sacrificio—, pero de alguna forma entiendo que habla del éxito, de

su propio éxito, por supuesto. Hace pausas largas entre frase y frase, silencios que flotan con olor a asado. Después dice otra frase, una frase cualquiera que pronuncia lentamente, que saborea de palabra en palabra.

Dejo de escucharlo y paseo la mirada, la dejo vagar. Los músculos faciales de Luz caen laxos de tedio, los párpados ocultan el desinterés o velan la aversión, no lo sé. Un trago más y pienso: Luz y yo nacimos de los mismos padres, nos criamos igual, ¿en qué momento la suerte la eligió?, ¿por qué a ella? Me deleito, por un segundo me deleito con el hastío que hace entrecerrar los ojos a mi hermana, y bebo en silencio, disfruto de este triunfo miserable y mezquino que hoy me da la vida bajo la forma de su fracaso matrimonial.

Daniel habla y su voz suena, como siempre, ofensivamente simpática, en quince minutos lucirá la misma sonrisa falsa y en treinta minutos y en una hora, todo muy previsible, como el producto de una visita familiar infinitamente repetida. Sirve otro trago que paladeo, intenso, me suelta los pensamientos que saltan de la barbacoa construida en maderas rústicas al parque de árboles frondosos y perfectos, pienso que no hay derecho a vivir en una casa como esta y mostrarla sin pudor, no hay derecho, pienso y saboreo el trago, los de afuera nos sentimos apabullados, excluidos, ofendidos. Los de afuera somos todos, menos Luz. Daniel sigue hablando —¿solo?—, dicta cátedra al mundo, pontifica sobre temas importantes que desconozco, a veces ríe, brinda una vez y otra.

Dejo mi vaso, que él intenta llenar. Lo detengo, ya no quiero beber más.

Mi hermana sigue allí sentada con su cigarrillo en la mano, cerca pero ausente, quién sabe dónde está ahora mismo, y pienso que tal vez es esta su versión de la libertad: estar pero no estar.

Entonces solo quedo yo, única espectadora, invitada-rehén, público cautivo de un espectáculo que no pedí, y la comida tendrá que ser excelente para que valga mi presencia en este tinglado. El alcohol y el olor a carne asada empiezan a diluirse en el fastidio.

—¿Cómo están tus rosas, Luz? ¿Vamos a verlas?

Ella me mira un poco sorprendida, sonríe, aplasta lo que queda del cigarrillo y bebe un trago de agua, se pone de pie.

—Vení, que te hago el *tour*.

—¿Cuándo es la exposición?

—El jueves, me voy pasado mañana.

—¿Adónde te ibas? No me acuerdo.

—A La Paz.

—Hoy no olés a naranjas amargas y vetiver, creo que hoy son flores blancas y jengibre.

—Sí, son flores blancas. Esta vez me fijé por si preguntabas. Del jengibre no me acuerdo.

La escucho, la sigo sin volver la vista a su marido, que debe de haber quedado con algún brindis a medio hacer o con alguna sentencia a medio enunciar; la sigo por el sendero de balasto que serpentea entre pinos y macizos de flores y estanques, y pienso que su parque es muy grande y bello, un sitio donde uno imagina que se puede ser feliz sin más que esto, la pura contemplación del verde. ¿Por qué ella?, ¿por qué? Las golondrinas hacen acrobacias contra un cielo dorado, hasta el cielo es más bello en la casa de Luz.

Llegamos a la parte más alejada del jardín, un edificio de vidrio y hierro, un invernadero donde se cultivan plantas tropicales, y afuera, en canteros, las especies más delicadas de su obsesión: las rosas.

Nos detenemos en la parte exterior, nos paramos delante de la puerta vidriada y nos miramos, no cara a cara, no frente a frente, nos miramos a través del vidrio, primero una mirada, como si fuera casual, luego con curiosidad y después fijamente.

Luz y yo nos miramos a los ojos por primera vez en mucho tiempo a través de un reflejo en el vidrio.

15

Se encuentra desaparecido un conocido empresario de la capital, Santiago Losada, quien fuera visto por última vez por el personal de servicio de su casa y conduciendo su automóvil camino al aeropuerto, donde se dirigía a abordar un avión con destino al aeropuerto de El Alto en la ciudad de La Paz, Bolivia. En horas de la madrugada del día de ayer y en la intersección de las calles Basilea y Blanes Viale, en el barrio de Carrasco, fue hallado abandonado el automóvil marca Mercedes Benz matriculado en Montevideo, propiedad del desaparecido empresario. Vecinos de la zona, alarmados por la situación de inseguridad que vive la ciudad, alertaron del suceso a la seccional más próxima. Las fuerzas del orden se hicieron presentes en el sitio para comprobar que el vehículo se hallaba efectivamente abandonado y con las puertas sin seguro, lo que indicaría un posible secuestro del empresario. No se encontraron rastros de violencia ni tampoco los efectos personales del propietario desaparecido, quien no llegó nunca a abordar el vuelo a la capital andina.

16

Siempre fui traductora, a veces también trabajo para Lucinda en el programa de televisión. Hoy tenemos grabación.

Después del asado con Luz y Daniel, me apuro para llegar con tiempo y darme una ducha antes de salir. A las cinco pasará la camioneta que me recoge, estaré lista y con la ropa indicada ya puesta: un trajecito azul claro que se supone me da un aspecto de señora de clase media, seguramente casada y con dos hijos, conservadora en sus ideas políticas y practicante de su religión.

Por lo general viene a buscarme un minibús, me levanta junto a unas quince o veinte personas y nos lleva hasta el canal. Lucinda es quien se encarga de contratarnos, de los traslados, del pago, nos envía un resumen del tema a tratar ese domingo, define nuestros roles en el espacio televisivo *¿Y por casa cómo andamos?*, donde algunos somos figurantes y otros compañeros solo hacen de claque.

El día soleado se ha puesto gris y amenaza lluvia, hoy no me importa invertir tres o cuatro horas en ir, esperar, grabar y volver a casa. Subo al bus y me siento sola junto a una ventanilla para ver pasar lo que queda del día.

Todavía haremos cuatro paradas antes de salir rumbo a las afueras de la ciudad, donde está el estudio de grabación.

¿Y por casa cómo andamos? es uno de esos programas a los que llevan familias de aspecto normal, personas casadas y con niños pequeños, tal vez él sea empleado administrativo y ella maestra, les guste la vida tranquila y estén comprando una casita en las afueras, y allí mismo se descubre que él la engaña con su hermana —con la de ella, claro— desde el tiempo en que eran novios. La mujer se sorprende primero, luego se enfurece, llora y se levanta, golpea un poco a su marido, los separan, y luego Liliana, la conductora, hace pasar al set ni más ni menos que a la hermana en cuestión. Más sorpresas, más furia, otros golpes. A veces debe intervenir Juan Ignacio, un chico alto y morrudo de camiseta arremangada sobre sus bíceps, que se encargará de separar a los pugilistas. Ese es el esquema del guion, la variante puede ser que el marido tenga una

relación con el primo de su esposa, o que un padre haya estafado y robado en la empresa de sus propios hijos, o que la abuela sea una estrella del porno de mujeres maduras.

Estas familias llegan al set de filmación, un círculo de unos diez o doce metros de diámetro con sillas dispuestas alrededor, y llevan la inocencia y el desconcierto pintados en sus expresiones, caras de no saber qué hacen ni por qué están allí. Un poco más tarde y después de haber repasado sus vidas cotidianas en cámara, filmaciones de mamá llevando a los niños a la escuela, del tío trabajando en su panadería o de la abuela cocinando tarta de manzana para sus nietitos, Liliana se encarga de descorrer el velo: esa señora que hornea *strudel* para sus nietos tiene el culo más famoso de las páginas triple X de *milfs*. La cámara enfoca entonces una revista donde la abuelita posa desnuda y con un enorme pene en su ano —el pene y toda la zona afectada se difuminan con una especie de nube rosa porque es un programa que se transmite en horario de familias—, y no hay confusión posible porque a la nona se le ve la cara, dicho sea de paso, de enorme placer. Cuando ya no queda duda respecto de la identidad del culo, la cámara enfoca la cara de su nieta, que pone los ojos en blanco, exclama *por Dios, por Dios*, y hasta posiblemente, muy posiblemente se desmaye y Juan Ignacio deba levantarla. A veces llegan otros nietos de la abuelita del culo famoso, todos traídos especialmente de lugares ignotos como Tallin, Bamako o Paso Pache, para que no dejen de enterarse del asunto y de primera mano. Y finalmente hacen pasar al set a la mismísima abuelita que entre *strudel* y *strudel* filma porno duro, la sentarán en el lugar de honor, al lado de Liliana, que le preguntará cómo entró en la pornografía, si le gusta su trabajo y cómo hace para lucir ese culo a los setenta y tres. Los nietos gritarán, la insultarán, incluso la que se desmayó resucitará para putearla o seguir exclamando *por Dios, por Dios*, tal vez quiera tomarla del moño y zarandearla, o su hijo mayor se tome a golpes con el menor —las razones siempre sobran—, o simplemente toda aquella gente que grita y golpea sobre el set avasalle a la conductora. Y otra vez aparecerá Juan Ignacio a imponer el orden necesario para que pueda volverse a oír su voz.

El bus se detiene, ya están subiendo Pablo, Jesús y Andrea, después tomaremos bulevar Artigas y la Ruta 1 hasta llegar al

estudio de grabación. Hace calor acá adentro, los vidrios transpiran humedad. Me quito el abrigo y me arremango la blusa de seda blanca bajo la chaqueta azul claro de señora burguesa. Susana, dos asientos más adelante, se maquilla y se peina con un espejito que cuelga del respaldo del asiento anterior. Yo vengo ya maquillada, un rubor suave, un trazo leve e imperceptible bajo los ojos, y me retocaré el pelo antes de empezar a grabar.

Liliana conduce el programa con sabiduría: si alguien grita demasiado lo silencia, si llora lo consuela, si se impresiona demasiado lo calma, y si no acusa el impacto o queda indiferente le da otra noticia un poco más fuerte. Porque lo peor que puede suceder en *¿Y por casa cómo andamos?* es que no suceda algo a cada minuto, por eso, si hay calma en el ambiente, Liliana debe dar un dato nuevo que genere el caos, y si hay una batalla campal en el set, debe transformarlo en un clima de misa. En *¿Y por casa cómo andamos?* lo único constante es el cambio, ese debería ser el lema de este programa, si lo tuviera.

Los de la claque y los figurantes somos casi tan importantes como las familias que participan con sus dramas; la claque aplaude, abuchea, grita, corea nombres o adjetivos; nosotros, los figurantes, levantamos la mano y opinamos, aconsejamos, participaciones sabiamente administradas por Lucinda, y que van dirigidas a animar tal o cual situación. Tenemos los roles asignados por nuestra contratante, en mi caso se trata de un ama de casa que condena sistemáticamente toda transgresión a la moral y a las buenas costumbres. Siempre discreta, siempre recatada, esta señora que represento hace saber en cada programa su defensa, delicada y firme, de la institución familiar y de los valores cristianos.

Llegamos, nos preparamos para bajar.

La productora nos entrega el desarrollo del programa del día, una hoja impresa con un resumen del conflicto que hoy se va a plantear. Debemos leerlo para definir nuestras intervenciones. Lucinda me dice que espera una buena participación de mí en este tema.

Leo: «Gustavo y Camila han estado casados diez años, tienen dos hijos de seis y tres, dos perros labradores, trabajan en una florería de su propiedad y adoran pasar sus vacaciones en una playa poco concurrida. Hace poco tiempo Gustavo ha comenzado a interesarse

en el voyerismo, empezó a leer sobre el tema en internet, y ha estado comunicándose con algunas personas que adhieren a esta práctica. Para hacerse voyerista, dice, hay que tener un conocimiento preciso de los límites y alcances. Dice también que hoy tiene claro su deseo de experimentar esta forma de sexualidad y de compartirlo con su esposa, incluso tiene contacto con parejas que quieren ser observadas y observar a su vez. El problema de Gustavo es que no se anima a decírselo a Camila, una mujer que practica el sexo de una manera muy convencional y algo aburrida. En el programa de hoy, Gustavo le explicará a su mujer qué es el voyerismo, le hablará de su interés y le confesará sus ganas de experimentarlo juntos, cómo hacerlo y con quiénes practicarlo. Habrá varias parejas de invitados, a favor y en contra de esta práctica».

Como siempre, el tiempo apremia, hay que retocar el peinado y pasar a las gradas que rodean el set de filmación. Lucinda me sienta en primera fila con instrucciones claras: debo poner mala cara y denunciar al movimiento como contrario a la sana moral, si hay tiempo me pasarán el micrófono y haré mi intervención.

Un, dos, tres, grabando.

—Bieeeeeenvenidos. *¿Y por casa cómo andamos?* —escucho enseguida la voz de Liliana.

Aplaudimos. Los más jóvenes del grupo gritan o chiflan, mantengo la compostura.

Entran un hombre y una mujer de edades indefinidas, ella tiene ojeras y los dientes irregulares, mira a la cámara con la cara de *noentiendonada* que ya tanto conozco, él es obeso y suda mucho a pesar del maquillaje. Aplaudimos de nuevo.

Liliana los presenta, cuenta a qué se dedican, cómo son sus vidas. Pasan vídeos de la casa, los protagonistas aparecen comiendo en la cocina, mirando la tele, conversando en la puerta de la escuela con los hijos. Una familia normal, como son todas hasta que aparece lo que aparece. Me distraigo unos instantes, quedo en blanco y cuando vuelvo a prestar atención veo el horror que se va dibujando en el rostro de Camila —con brochazos algo exagerados, por cierto, los guiones carecen de sutileza—, mientras escucha a Gustavo proponer lo que le propone. De apuro debo componer mi propio rostro de horror, mi reacción escandalizada. Lo hago, me

horrorizo, me espanto. Camila le grita *¡nunca, ni lo pienses!* a su marido, y yo aplaudo, me levanto y aplaudo de pie. *¡Bravo, Camila!, ni un paso atrás frente a esa propuesta. ¡Indecentes!* Miro a Lucinda, que levanta el pulgar y me sonríe, me siento con la sensación del deber cumplido.

Liliana ocupa una banqueta alta que es el vértice de dos filas de asientos, variables según la cantidad de invitados. A un lado y cruzado de brazos está Juan Ignacio, Míster Músculo, un ropero de dos metros de ancho anabólicamente pichicateado que no pasa los veintitantos años de edad. De frente a ellos estamos nosotros, las gradas, la claque y los figurantes que animamos el ambiente.

Hago mi trabajo lo mejor que puedo, he compuesto un personaje, lo he ido puliendo, le agregué formas de moverse, peinados y matices a los largo de estos dos años, y a pesar de que nunca me vi —este programa se graba en Montevideo pero se emite en Miami—, sé que mejoré mi *performance* actoral.

La discusión entre Gustavo y Camila ha cesado, es el momento de hacer pasar a una pareja de voyeristas a los que Liliana presenta como Ana y Guillermo. La mujer es la primera en exponer sus gustos sexuales, interrumpida a los pocos minutos por Camila, que ya grita como desaforada. ¿No será demasiado pronto para gritar de esa forma? Los chicos de la platea gritan *zooooorraaaaaaa* a la mujer, *degeneraaaaadooooooo* al hombre. Yo aprovecho el escándalo para gritar a mi vez: *perversos, quévergüenza, quescándalo, válgamedios*. La cámara tres me toma mientras grito y gesticulo, muevo los brazos, frunzo la boca, miro a Lucinda, que me está mirando muy fijo, que mueve las manos y me hace con los dedos las señas de cortar. Me siento, intento tranquilizarme. El tipo habla y habla, Gustavo es canchero y se expresa bien, el típico manipulador que abusa de la debilidad de quienes se dejan abusar. Se cree muy vivo, cree que se las sabe todas, pero a mí no me engaña. Otra vez me paro, siento que transpiro, el corazón a mil; *hijodeputa*, mascullo por lo bajo, *no te vas a salir con la tuya, ¿quién te creés que sos, degenerado?*, siento que aprieto la mandíbula, se me crispa el puño, *noselopermitas, Camila, esundesgraciado*, la blusa blanca se me pega al cuerpo, el sudor me corre por la espalda, gesticulo, *maldito degenerado, yo sé que sos*

un manipulador de mierda, un abusador de esa pobre mujer, laconchadetumadre, me escucho gritar. Veo a Lucinda que me mira, los ojos muy redondos me taladran, se pone de pie, *cortala, cortala*, hace señas con los dedos, los brazos giran como aspas para que me detenga. Me siento. Estoy agitada.

Ahora llegan unas mujeres de Familia, Decencia y Orden, ya sé qué dirán y cuándo aplaudir, pero me siento cansada y no tengo ganas de volver a mi papel. Me siento transpirada y la blusa está hecha un asco, el programa sigue, yo me quedo sentada y divago, pienso en cualquier cosa, me pierdo en mis pensamientos. Cuando aterrizo otra vez en el set, ya no sé de qué hablan ni tengo ganas de concentrarme en el programa. La conductora atiende una llamada telefónica al aire, algún supuesto televidente que quiere alinearse con Ana y Guillermo y agregar argumentos de su cosecha a favor del voyerismo. Qué cansancio, pienso, y otra vez me disperso: quiero irme, llegar a casa, darme una ducha. Tal vez el asado o los chorizos me hicieron mal. Miro el reloj, solo quedan unos minutos al aire.

Mi mente vuelve al estudio de grabación donde ahora se insultan, se ponen de pie, se empujan. Camila cachetea a Ana, que la agarra de los pelos. Juan Ignacio, el Míster Músculo, se acerca con los brazos en jarra como para separarlas aunque en realidad no hace mucho y hasta me parece que las empuja, a una sobre la otra. He visto buenas peleas en este programa, algunas que te dejan dudando si no habrán sido reales, pero no es este el caso. Hoy no tenemos un programa divertido, todo es muy previsible, como un baile aceitado en el que todos hacen sus pasos sin inconvenientes ni brillo ni sorpresas.

Cuando terminamos de grabar, Lucinda me enfrenta, sé que me pasé un poco en la vehemencia y que habrá algún reproche.

—¿Vos estás mal de la cabeza, Úrsula? Te fuiste de mambo, te pusiste a insultar como una demente. ¿Quién te dijo que tenías que hacer el papel de loca ordinaria, ponerte a gritar y a insultar?

Siguen quejas y lamentos, recriminaciones, rezongos amargos. ¿No se suponía que esto tenía que ser real?, pienso.

No le contesto, ella saca el dinero, me paga sin mirarme y con los labios apretados. Da media vuelta y se va sin despedirse.

Adiós, Lucinda, morite.

Salimos a la calle y veo que los voyeristas y las mujeres de Familia, Decencia y Orden se van en la misma camioneta.

17

Una mujer toma entre sus dedos una cuchilla filosa y pesada, la gira, la observa. Prueba el filo, lo evalúa con cuidado de experta, apoya apenas la yema del dedo índice, después controla la punta. Mira la hoja, de un lado y del otro, tal vez busca manchas delatoras. A continuación se pone unos guantes de goma blancos, quirúrgicos, se los calza con cuidado, acomoda los dedos y vuelve a tomar la cuchilla. En su cara se dibuja un rictus de placer. Si alguien la espiara desde la ventana y la sorprendiera analizando el poder de un arma blanca con esa expresión concentrada, entendida, si alguien viera dibujada en su cara esa sonrisa de satisfacción, la mueca de placer frente al cuchillo, se podría preguntar legítimamente si esa mujer va a cometer un asesinato.

No, esa mujer no va a matar a nadie, esa mujer es la gorda que prepara su escenario en la cocina rodeada de verduras y de ollas, que se alista para pelar, mondar, trozar, picar y finalmente poner a hervir los vegetales.

La gorda soy yo, a las once de la noche, a punto de cocinar la sopa de mi nueva dieta.

«La dieta de la sopa tiene la ventaja de ayudarnos a perder unos cuantos kilos en pocos días y de favorecer la limpieza del organismo. Como su nombre indica, la base de esta dieta es una sopa elaborada con diferentes verduras. ¿En qué consiste la preparación y por qué hacerla a base de vegetales? Esta dieta se diseñó en un hospital de Estados Unidos para pacientes con enfermedades cardíacas causadas por exceso de peso, gente que necesitaba perder kilos antes de someterse a una operación. Los vegetales depuran el organismo, aportan los minerales necesarios y muy pocas calorías. Hay que seguir este régimen de comidas durante siete días únicamente para perder entre 4,5 hasta 7 kilos. Simultáneamente debe suprimirse el alcohol, las harinas y sus derivados, los dulces y las bebidas con gas».

Necesito zanahoria.

Repollo.

Zapallitos.

Zucchini.

Papá, no. Boniato, tampoco.

Adoro hacer listas, siempre hago listas. Hacerlas me hace pensar que soy una persona distinta, ordenada, de esas que devuelven los libros en fecha y nunca olvidan pagar las facturas, las que usan ropa interior y medias limpias cada mañana. Las que recuerdan la cita con el dentista.

Espinaca, acá está.

Zapallo criollo y zapallo kabutiá, presentes.

Morrones verdes.

Morrones rojos, por acá.

Amarillos no tengo.

Ya está. ¿Qué otra lista puedo hacer, ahora? Los trabajos, las tareas de la semana.

Empezar nueva dieta.

¡Adelgazar!

Traducir poeta haitiano.

Limpiar estatuitas.

Llamar a Luz.

No volverme loca.

Comprar verdura, verdura, verdura.

Comprar cualquier verdura.

Ir a la peluquería.

Mandar otra carta a la vecina.

Comprar más verdura.

A ver, muchos vegetales diferentes, muchos. Este, este y este otro. Todos dispuestos, listos para ser cocinados. Y a la olla, a hervir en diez litros de agua, según dice la receta. Pero yo no tengo una olla de diez litros, ninguna persona que viva sola puede tener una. Las ollas de diez litros sirven para alimentar a los comensales de un cuartel o de un colegio o de una cárcel. O de una clínica donde internarse para bajar de peso.

Me viene el recuerdo de aquella clínica. Lo primero que hice cuando recibí la herencia de la tía Irene: me fui a una clínica de adelgazamiento de superlujo en Buenos Aires y me interné un mes entero.

Si no tengo olla de diez litros divido todo y lo echo en dos de

cinco litros. ¿Tengo dos de cinco litros?

Sí, me interné un mes y perdí peso, mucho peso, ¿cuánto perdí?, diez kilos, creo. Sí, esa vez perdí como diez kilos, salí preciosa, valió la pena todo el dinero gastado y el esfuerzo, el sacrificio de comer como un pajarito y de gastar una fortuna. Después ya no fue igual, me interné tres o cuatro veces más pero ya no bajaba tanto, apenas tres o cuatro kilos en cada internación. Todos regalos de la tía, pobre tía Irene, que en paz descanse.

Ya está, ahora al fuego, hay que dejarlo bullir hasta que se transforme en un caldo espeso y lleno de nutrientes. El caldo actuará y hará desprender el tejido adiposo que rodea mi cuerpo, que se abrirá como una camisa que desabotonamos y nos quitamos en un suspiro. Y *voilà!*, mi cuerpo emergerá de la grasa, bello y delgado tal cual es. O fue. ¿Fue?

Tec.

Tec.

La puta que lo parió, otra vez el sonido de los tacos de la mujer del piso de arriba, el ruido de los zapatos que hacen resonar el parqué, atraviesan la planchada y se incrustan en mi cerebro.

Tec.

Tec.

Los tacos van de un lado para el otro de la habitación, se apresuran, casi corren. Golpean, me taladran, me irritan los oídos. ¿Qué hacen paseándose a esta hora de la noche? A la mierda con ella, mañana me voy a ocupar de que no taconee más sobre mi cabeza.

Mientras la sopa hierve a fuego moderado pienso que hace tiempo que no limpio la colección de estatuillas de Papá, mis trescientos veintidós japoneses de marfil, piedra, porcelana o madera que representan a emperadores, campesinos, mujeres de sociedad, perros y conejos, guerreros y monstruos a los que hay que asear, pasar los pinceles y pinceletas, hisopos, franelas, agua tibia, leche, jabón neutro, bicarbonato, secar con algodón, gamuza, frotar con lana. Abro una de las puertas de vidrios biselados de la vitrina, tomo con la punta de los dedos la cabeza de una princesa, le acaricio la cara y el pelo con la yema del índice. Tiene una ligerísima capa de polvo, apenas una sombra que soplo levemente para no perturbar su sueño a estas horas de la noche. Casi siempre

hago la limpieza de la colección los domingos lluviosos, pero hace ya meses que no tenemos un domingo lluvioso y no puedo forzar el clima ni dejar pasar más tiempo: tendré que acometer el trabajo de a poco y a cualquier altura de la semana. Luz dice que los venda y me haga un viaje o cambie el auto, que me saque de encima este trabajo de mantenimiento, no entiende que disfruto fregando, puliendo, cepillando y lustrando, que amo este pequeño mundo fantástico de seres y animales de leyenda. El guerrero a caballo me mira desde el tercer estante, lo tomo en la palma, lo acuno, le doy un beso antes de volverlo a su sitio.

La vecina, que había permanecido quieta unos momentos, vuelve a hacer repiquetear sus tacos justo sobre mi corteza cerebral.

Tec.

Tec.

Tengo que presentar una queja a la asamblea de copropietarios, iniciar un expediente por ruidos molestos en la municipalidad, hacer una denuncia a la Policía. Tengo que llamar a un abogado.

Suena el teléfono. ¿Suena el teléfono casi a medianoche? En esta casa nunca suena el teléfono. Mucho menos a la hora del vampiro. Lo miro sonar, lo miro como se mira a un bicho, a una cucaracha que entró volando, a una araña que bajó del techo y se posó en la cama, justo sobre la almohada. Lo tomo en mis manos como si no fuera mío.

—Hola.

—¿Úrsula López?

La voz suena metálica, distorsionada. Me recorre un escalofrío que se entrevera con excitación y olor a sopa de verduras.

—Sí.

—Tenemos a su marido.

No me sale nada de la garganta, ni un sonido. ¿A mi marido?

Qué voz rara la que me habla.

—Tenemos a Santiago.

—¿A Santiago?

—Sí, a su marido. La espero en una hora, bar Los Tejos, Dieciocho y Ejido.

Silencio del otro lado.

—¿Hola? Espere…

Clic.

Más silencio.
¿Qué marido?

18

Estoy desquiciada. Por supuesto que estoy desquiciada, quién puede salir a estas horas de la noche, pienso mientras me apresuro a vestirme. Esto no me entra, aquello no me gusta. Tiro la ropa sobre la cama. ¿Siempre termino vestida de negro? Siempre termino vestida de negro y con ropa cada vez más holgada a medida que se ensancha la medida, en un intento de engaño a la mirada del otro y a mi propia mirada, que contempla la imagen en el espejo, la sombra en las paredes, el reflejo en los vidrios, mi mirada que pesa y mide las dimensiones, calibra los volúmenes de mi cuerpo, la de los fantasmas que proyecta mi cuerpo.

Esa llamada no era para mí, era para otra mujer. ¿Iré?, ¿no es una locura? Claro que es una locura. Me visto, me travisto, me coloco un trapo sobre otro, me cubro, me disfrazo, me disimulo entre pliegues y vuelos oscuros. Me visto, la ropa me traga y desaparezco.

Igual se te nota que estás gorda, Úrsula, me dice Papá. No, Papá, el negro me favorece bastante, y este pantalón me afina, me hace ver más flaca. Eso te creés vos, que el color va a disimular tu volumen, pero yo solo veo una mujer gorda y de negro. Callate, Papá, no empieces otra vez con ese tema. Ni con ningún otro tema, no hables porque estás muerto.

Ni sé bien cuánto hace que murió Papá. Diez, doce, no, trece años. Cómo pasa el tiempo, pasa y no es broma, y de a poco se nos van borrando hasta los seres más queridos. Discutíamos, siempre discutíamos, por cualquier cosa. Era nuestra forma de comunicarnos, la discusión que escondía la verdadera discusión, la de fondo, la que nunca enfrentábamos, la que no queríamos tener. La bronca profunda disfrazada de pelea trivial. ¿Qué diría Papá si me viera, hoy? Que estoy gorda, gorda, gorda. Que siempre fui una dejada, una negligente. Que soy una perdedora. Y sí, Papá, a pesar de mi voluntad de ser lo que vos querías, no pude ser más que esta gorda contra la que tanto me previniste. Y Luz, en cambio, tal vez más temerosa de tu mandato, allí anda por la vida, bella y delgada

en su casa de escaleras de mármol, y tan infeliz como todos nosotros. Andate, Papá, dejá de hablarme y volvete a la tumba donde te empujé.

El tipo dijo de encontrarnos en un bar del centro en una hora. Me da tiempo para pensar qué hago. No sé por qué le dije que iría, es peligroso, es muy tarde, nadie en su sano juicio se larga en medio de la noche a encontrarse con un desconocido amenazante que le habla de algo con lo que no tiene nada que ver.

¿Un delincuente que se equivocó de número? Pero dijo mi nombre. ¿Por qué dijo mi nombre?

Termino de vestirme, vacilo, pienso en quedarme: un baño caliente, el piyama de franela, crema en la cara, música o la película de Quentin Tarantino. Pienso en quedarme, soledad, rutina y sopa de verduras.

Pincelo un poco de rubor en las mejillas y me miro al espejo, termino de retocar los ojos, la boca, el pelo, y salgo.

No sé por qué voy ni por qué agarro el auto por una distancia de unas pocas cuadras, tal vez porque no me gusta atravesar la plaza Independencia de noche, pasar entre el viento que sopla de la costa, atravesar las sombras que proyecta el monumento gigante del prócer con su caballo. Es temprano, decido hacer tiempo y bajo hasta la Rambla por la calle Ciudadela. Todavía se ve gente que camina, hace ejercicio, pasea al perro. Qué voluntad, Dios, qué envidia. Linda noche, tibia, aunque por las dudas traje un suéter. Y un espray paralizante, que compré la semana pasada, y que antes de salir metí en el bolsillo. Lo tanteo, lo aprieto, sé está allí.

El aire de la noche viene con olor a mar, una humedad salina que delata la playa cercana, el puerto ahí nomás. Tendría que empezar a hacer ejercicio yo también, pienso, caminar, correr un poco, tonificar los músculos. Una mujer en shorcito rojo cruza delante de mí cuando detengo el auto frente al semáforo, tiene mi edad, le miro las piernas, el culito, la cintura delgada, tanteo el pedal del acelerador y el motor ruge potente, bastaría un toque con el pie para sacarla de mi vista. La mujer me mira con ojos de miedo y se apura en llegar a la vereda. Hace un año yo era así, le digo a la gente que conozco. Mentira, no soy así desde los veinte o quince, ¿o doce?, sin embargo hace un año tampoco era la que soy: varios kilos separan a aquella de esta otra Úrsula.

Subo por Paraguay, tomo Dieciocho, que está vacía, estaciono justo frente al bar Los Tejos: a esta hora no hay casi nadie en el centro. Un muchacho con chaleco fluorescente y trapo en mano se acerca, me da las buenas noches. Estaciono el auto, miro hacia otro lado e ignoro el chantaje por la futura propina, pero es tarde y tampoco quiero salir del bar y encontrarme con un vidrio roto o una goma pinchada. Le dirijo un saludo mínimo con el mentón.

—¿Se lo cuido, doña?

Meto la mano en el bolsillo, toco el espray de pimienta volátil, lo acaricio, lo oprimo un poco. Es frío y fuerte. Pongo el dedo en el disparador, lo tanteo. Respiro hondo, una, dos veces. El muchacho huele a orines, sudor, marihuana, vino.

—No.

Camino hasta la puerta del bar, me doy vuelta y lo veo apoyarse contra una cortina de metal, fuma y sonríe a la nada, tiene pocos dientes en la boca. Otros como él se instalan en los frentes de los comercios cerrados. La ciudad se prepara para pasar la noche.

19

18 de Julio a esta hora tiene algo de línea divisoria, de frontera con la irrealidad. Personas que duermen bajo los techos o aleros, que instalan unos cartones, arman sus casas de unas horas, acomodan sus trapos y sus perros. En el espacio en el que durante el día hay una joyería lujosa se aprontan para dormir dos hombres entre cajas, botellas vacías, bolsas con restos de comida. Los camiones de basura vacían los contenedores, y en poco rato los cafés y restaurantes empezarán la rutina de subir las sillas sobre las mesas para hacer desaparecer las marcas y evidencias de las personas que pasaron en su trajín cotidiano.

En el bar no hay mucha gente, tal vez un par de mesas ocupadas. La voz rara no dijo cómo era, no llegó a decirme cómo lo reconocería. Desde la puerta miro a una pareja de adolescentes, un grupo de chicos que toman cerveza, más acá un hombre solo. Ese, debe de ser ese. No me mira, está distraído leyendo el diario, sorbe del vaso de cerveza y un hilo de baba le cae en la camisa. Qué cerdo.

Desde atrás siento una garra que se apoya en mi hombro, salto, me estremezco. Quedo muda y expectante, y me invade una nube de olor a perfume de mandarina, *orris* y tabaco.

—¿Úrsula?

Mis manos me tiemblan sobre el espray, lo aprieto fuerte fuerte, siento calor, me sofoco, no respiro, me he convertido en piedra trémula. Permanezco unos instantes con esa rigidez expectante y tensa propia del que está en su cama y escucha un crujido de pasos en el dormitorio en la oscuridad de la noche.

—¿Úrsula?

Hago el esfuerzo de moverme, controlo el temblor aferrada a mi arma de pimienta envasada, logro girar ciento ochenta grados y lo veo. Allí está la voz rara en vivo y en directo, la reconozco aunque ahora se escucha sin distorsión ni timbre metálico. Huelo otra vez, el perfume es maravilloso y desconocido para mí. Él es delgado, bajo y delgado. Me distiendo, olvido el espray, mi mano lo suelta.

—Vayamos a otro sitio.

Me abre la puerta del bar y espera a que pase, lo observo otra vez clavada en el suelo. Me empuja levemente y mi cuerpo despierta del letargo, obedece, sale a la calle. El tipo es muy delgado, de edad mediana, debe de andar por los cuarenta y pisando los cincuenta. Tiene una barbita y un bigote antiguos, aquello que en otros tiempos se llamaba «barba candado» y que usaban los revolucionarios de los sesenta o setenta. Miro sus bigotes y su barba y me parecen falsos, tal vez sea por el color un poco más oscuro que el cabello. El traje le queda grande, como si fuera prestado o como si hubiera adelgazado mucho en los últimos tiempos. Me dan ganas de preguntarle si adelgazó mucho en los últimos tiempos. ¿Cómo habrá hecho? ¿Con qué dieta? ¿Conocerá la de la sopa?

—Por acá, por favor. —Me indica seguir por 18 de Julio a la derecha.

—¿No le gusta Los Tejos?

—Prefiero que vayamos a otro sitio.

—¿Y para qué me cita acá, si no le gusta?

—Tengo que tomar algunas precauciones elementales de seguridad. Vamos, yo estoy apurado y usted debe de estar nerviosa por su marido.

—¿Adónde quiere ir?

—En la otra cuadra hay una pizzería muy piola que está siempre abierta.

¿Muy piola? ¿Desde cuándo no escucho esa expresión? ¿Veinte, treinta años? Caminamos en silencio por 18 de Julio, una cuadra, dos. Doblamos, pasamos dos bares y un restorán. Decimos trivialidades sobre el estado de la limpieza del centro, de la humedad, del frío. Veo que el tipo vacila, busca con la mirada, vigila hacia delante y hacia atrás. Se detiene, se da vuelta y me mira.

—¿Por acá no estaba Las Maravillas?

—Cerró.

—¿Tan temprano?

—Cerró hace tiempo. No existe más.

—¿Cuánto hace?

—Dos años, tal vez tres. ¿Hace mucho que no viene por el

centro?

Busca en el bolsillo, revuelve, saca unos papelitos, los mira, se acerca a una luz. Parece encontrar el que busca, lo lee, mira los números de la calle. Menea la cabeza, hace un bollo y guarda todo otra vez en el mismo bolsillo.

—Si quiere, entramos en este —digo.

—Claro, claro. Es indiferente, tanto da un sitio como otro, entremos de una vez.

—¿Qué le parece si nos sentamos bien atrás? Es mejor para tratar temas reservados: robos, ventas ilegales de armas, secuestros.

Me mira sin contestar, parece indeciso, yo camino hacia el fondo y trato de localizar los baños, él me sigue. Veo una mesa contra la pared, le hago señas, asiente. Nos sentamos frente a frente, nos miramos.

—¿Qué toma?

Me comería un sánguche de jamón y palmitos, una cerveza negra, tal vez dos, un chivito, una palmita alemana con dulce de leche, pero la sopa de verduras abandonada en la cocina de mi casa irrumpe en mi mente con la fuerza de la culpa y me hace abandonar cualquier proyecto que implique más de cien calorías. Me pregunto si los secuestradores pagan la cuenta o si tendré que levantar el muerto yo misma.

—Cocaláí. Nada más.

—Mozo —llama el propietario de la voz rara, que ahora suena como una voz normal.

Hace el pedido, mi coca, su café, el mozo se va y nuestras miradas se cruzan.

—Disculpe, tengo que ir al baño.

Voy hasta la puerta que tiene el dibujo de una sombrilla —el de los hombres tiene una pipa— y desde allí lo observo sin riesgo de que me vea examinándolo de esta manera. Debo aprender de memoria sus rasgos por si tengo que describirlo a la Policía. Entro brevemente al baño, me mojo las manos y salgo enseguida. Me siento, le sonrío.

—Usted dirá —le digo.

20

El hombre vacila, me observa. A primera vista su rostro es una máscara sin expresión; vistos con más atención, sus rasgos en reposo sugieren una ansiedad insulsa que intento descifrar. ¿Miedo, nervios?

—Como le dije, tenemos a Santiago.

—¿Qué se supone que yo deba hacer?

Toma aliento, mira en torno a la mesa, me mira. Se muerde el labio superior, después el inferior. El traje es de buen género, bien cortado aunque ese no sea su talle; la camisa es fina pero se ve muy usada, tal vez puesta más de una vez. Aspiro el perfume, me pregunto cuál es. Delicioso.

—Este es un primer contacto, Úrsula. De acá en adelante no debe avisar a la Policía, no puede mencionar nuestra negociación, o su marido morirá. No queremos hacerle daño, pero tenemos que dejar nuestras condiciones bien claras.

—¿Nuestra negociación? ¿Nuestras condiciones? Usa el plural y solo lo veo a usted.

—No estoy solo en esto, por supuesto. Tengo un socio.

No lo puedo creer, pienso, estoy en la escena de un secuestro. No en la principal, no, pero en una escena al fin. Me pregunto cómo debo actuar, trato de recordar escenas de películas, algunos diálogos. ¿Tendré que pedirle una garantía de vida, una carta, una grabación, una foto en la que mi esposo exhiba un diario con la fecha del día? No sé, parece un exceso de demandas para un bar de 18 de Julio.

—¿Mi marido está bien?

—Puedo garantizarle que sí.

Pienso en la posibilidad de decirle que el tal Santiago, mi presunto marido, es diabético insulinodependiente, que está muy enfermo, rogarle que lo liberen, llorar un poco, decirle que morirá sin sus inyecciones, pero enseguida me doy cuenta de que ni siquiera sé el nombre del medicamento que se le inyecta a esos enfermos. Nadie me va a creer que olvidé el nombre de lo que

mantiene vivo a mi marido.

Nos traen mi cocaláí y su café. Me sirve la bebida, todo un caballero. Lo miro de reojo. Sí, el corte del saco del traje es muy bueno, lástima que le flote alrededor del cuerpo. ¿Habrá adelgazado, este hombre? ¿Con qué dieta? Sorbe dos o tres tragos de la tacita, se seca la boca con una servilleta. Me mira, habla con gravedad.

—Usted va a empezar a juntar el dinero.

—¿El dinero?

—Sí, el rescate.

—¿Cuánto?

—Un millón.

Un millón. Un millón. Lo dijo y vi que su café temblaba levemente. No quiero preguntarle si son pesos o dólares o euros o yenes, solo sé que jamás querría tener un marido que fuera rescatado en pesos.

—No tengo esa suma —digo, como quien recita un guion bien sabido.

—No esperaba que la tuviera, por eso le dije que empiece a juntarla. Sabemos que tiene formas de conseguir el dinero.

—¿Cómo lo sabe?

Vacila antes de hablar.

—Por una persona cercana a su marido.

Habla y me mira sin parpadear, la boca ligeramente abierta muestra dientes parejos, muy blancos, apenas manchados por este café. Tras la mirada fija vuelvo a ver la ansiedad, un tanto velada por los movimientos mecánicos que hace con las manos.

Él dice que tengo formas de conseguir el dinero, entonces yo debo de ser una mujer llena de recursos. O sea, la esposa de Santiago debe de ser una mujer llena de recursos, casa en Carrasco enorme y blanca, piscina e invernadero, mucamas, autos deportivos, un parque con camino de acceso de balasto bordeado de casuarinas, árboles frondosos y estanque al frente con carpas japonesas. Las mujeres ricas rara vez tienen problemas de obesidad, pienso. Incipiente obesidad, corrijo. Mentira, obesidad, me susurra Papá. Estiro el cuello, entro el vientre, estiro la blusa sobre el pecho y la panza. Incipiente. Obesidad plena. Sorbo cocaláí sin complejo, no tiene ni una caloría. Las mujeres ricas no usan medias viejas con

agujeros ni zapatos con el taco torcido. ¿Cómo se consigue un millón? ¿De dónde sacan un millón los familiares de los secuestrados? Miro alrededor, un bar triste de Dieciocho, un sitio sofocante y melancólico donde alguien me está pidiendo un rescate de un millón mientras yo trago pequeños sorbos de
Coca-Cola
de dieta.

—Será difícil, pero créame que lo intentaré.

—Me imagino que está en contacto con la Policía, que ellos le han hecho preguntas.

Supongo que debo decir que sí. ¿Debo decir que sí?

—Sí —digo.

—Presumo que le habrán preguntado por qué no vive con Santiago.

Entonces, ¿resulta que no vivo con Santiago? La esposa del millonario no vive con él. Ay, adiós casa con piscina, mucamas, autos lujosos. Siento un vacío enorme: acabo de perder una fortuna.

Lo miro, espera mi respuesta.

—Claro, fue lo primero que me preguntaron los agentes de la Policía: si no vivimos juntos.

Después que lo digo me arrepiento, ¿por qué habría de ser lo primero que me preguntó la Policía? Antes que nada corresponde preguntar por las rutinas del desaparecido, sus horarios, sus costumbres. ¿Quién habrá hecho la denuncia de que el tipo faltaba de su casa, que nunca llegó a cenar o a trabajar o a su partido de golf? La esposa no fue porque no viven juntos, ¿alguna empleada doméstica, un jardinero, su agente de Bolsa? Seguro que llamaron a la esposa separada y le preguntaron cuánto hacía que no lo veía, si sabía dónde se encontraba. Siento las gotas de sudor que me bajan por el pecho. No fue una buena respuesta, no, pero el tipo está nervioso y no parece advertir nada sospechoso en mi respuesta. Se sobresalta con un bocinazo, mira a un lado y a otro, termina su café y deja el pocillo con cuidado sobre el platito. Remanga un poco los puños de la camisa que sobresalen por las mangas del saco, que a su vez cae lacio en torno a su cuerpo.

—Debo irme, nos pondremos en contacto con usted a la brevedad. Como le dije, no hable de esto con la Policía, siga fingiendo no saber nada del paradero de su marido.

—Espere.

No sé qué decirle, a toda velocidad pienso en algún tema que podamos tener en común. No puedo explicarle en cuatro palabras que no quiero irme a dormir tan temprano, que no quiero sopa de verduras, que nadie jamás llama a mi casa.

—¿Cómo hizo para distorsionar la voz en la llamada?

El hombre sonríe para sí, veo otra vez sus dientes, los tiene toditos, lindos, blancos, parejos. Muy cuidados.

—Con el teléfono, un 7500. Una maravilla, ¿lo conoce?

—No.

—Tiene *scrambler*, un desdoblador de voz.

—¿Lo compró acá?

—No, en el exterior.

—¿Cómo dijo que se llama, eso?

—*Scrambler*.

—¿Me lo muestra?

—Claro.

Saca un aparato del bolsillo, lo exhibe sin dejar de sonreír.

—Mírelo, es una joyita. Un teléfono de alta gama.

—Un diseño hermoso. ¿Usted usa el GPS?

—Claro, ¿quiere ver dónde estamos?

Ubica las coordenadas, me muestra un mapa que igual podría ser de Ulán Bator o de Addis Abeba. Nos miramos y sonreímos. Él toma el pocillo seco, intenta beber una última gota, se limpia con la servilleta una mancha invisible, abrocha un botón del saco. Mira la hora, saca un blíster del bolsillo y toma una aspirina. Entre los analgésicos veo una marca conocida.

—Caramba, ¿usted también toma Somnium?

—Sí, hace años que tengo problemas para dormir y en mis peores momentos tomo alguno aunque intento no abusar. Son peligrosos, pueden causar paro cardiorrespiratorio.

—Lo sé, lo sé. Conozco bien el peligro del Somnium.

—¿Usted también los toma?

—Sí, a veces. Muy de vez en cuando.

Más sonrisas.

—¿Le puedo preguntar el nombre de su perfume?

—Citric Tobacco.

—No lo conozco, ¿es nuevo?

—Creo que lo compré hace un par de meses. En el exterior. Ahora sí, me voy.

—¿Me va a llamar pronto?

—La vamos a llamar a la brevedad.

Se pone de pie, llama al mozo, paga la cuenta. Menos mal, no estoy segura de haber traído dinero, salí tan apurada.

—¿Qué quiere que le diga a su marido de su parte?

¿Cómo pude olvidarlo? Claro que tengo que mandarle mis palabras de preocupación, de afecto, de apoyo, de aliento. Me invade el terror, la duda, ¿qué puede mandar decir la esposa al marido secuestrado? Un mensaje de cariño y ánimo. Pero entonces recuerdo que estamos separados, y vacilo.

—Dígale que…

Me quedo en blanco, otro agujero de la memoria, no sé qué inventar. Él me toma el brazo, un roce apenas, me estremezco y él me suelta.

—Tranquila, comprendo su confusión.

—¿De veras me comprende?

—Sí. Le voy a decir que aunque estén separados usted lo ama y que va a procurar tenerlo de vuelta en casa lo antes posible.

¿Por qué habría de querer tenerlo en casa, si estamos separados? Pero este no es momento de discutir sobre sentimientos con el secuestrador de mi marido, pienso.

—Sí, dígaselo.

—Adiós.

—Espere. Creo que no tiene mi número de celular.

Parece confundido.

—Claro, claro. Se lo iba a pedir justo ahora.

Anota el número que le digo en uno de los papelitos arrugados que se había metido en el bolsillo, y lo vuelve a guardar.

—Ahora sí, adiós.

Se va rápidamente y yo no reacciono, cuando quiero acordar ya salió, desapareció de mi campo visual. Recojo la cartera y salgo a la calle, no sé muy bien adónde. Ya afuera, miro a un lado y al otro, no hay rastros del secuestrador de maridos ricos.

Más vale que me vuelva a mi casa y a mi dieta, que me vaya de este bar antes de morir de deseos por uno de esos platos que pasan y humean lípidos frente a mi decisión de cenar una sopa de

verduras.

Camino rápidamente las cuadras que me separan del auto, paso frente a las fachadas de edificios oscuros, frente a las puertas-agujeros que en este rato los indigentes llenaron de cartones y trapos y tetras de vino para pasar la noche, paso cada vez más rápido frente a las vidrieras apagadas, los bares en penumbras, cruzo el semáforo en rojo que a esta hora no tiene sentido, camino, casi corro los últimos metros, y llego.

El tipo del chaleco fosforescente parece estar en el mismo lugar y en la misma posición, el olor me golpea no bien me acerco, ahora el vino tapa los orines, la mugre y la marihuana.

Saco una moneda de diez pesos y compro mi seguridad por los siguientes veinte segundos, hasta que el auto se enciende y arranca.

21

Dejo la bolsa en el sofá de pana, corro a la computadora a ver las noticias. ¡Hay tantas cosas que debería saber! Y justo hace un par de días que no entro en las páginas de los diarios, tal vez más, ¿una semana? Ahora me acuerdo, no entro a leer la prensa desde el día del partido Uruguay-Holanda: eso fue el miércoles de la semana pasada. Claro, cómo voy a saber lo que pasa, podrían haber matado al mismísimo presidente de la República y yo en la luna. ¿Qué día habrá sido el secuestro? Tengo que enterarme de todo. Tiene que haber sido ayer, a más tardar hace dos días, porque este hombre es muy amable, muy considerado, y no lo creo capaz de dejar en ascuas a la esposa de su secuestrado más tiempo del estrictamente necesario.

Abro *El País*, miro uno por uno los titulares: sequías, inundaciones, hurtos, paros, huelgas, campañas políticas, siempre campañas políticas, este país vive en campañas políticas. Ninguna noticia de ninguna desaparición. *La República*, igual. *El Observador, 180, La Diaria*. ¿Habrá desaparecido otro día? Miro las noticias de ayer, de anteayer. Tampoco. ¿Estará publicada y no la vi? ¿Me la habré salteado? Me está atacando la ansiedad, no es bueno que me ataque la ansiedad porque empiezo a comer más de lo que debo, a comer cualquier cosa que tenga a mano. Tengo hambre pero debo limitarme a la sopa de verduras. Sopa y sopa, Úrsula, solo sopa.

Voy a la cocina, me sirvo un cucharón, dos cucharones llenos que dejo caer en el tazón, lo meto en el microondas y espero de pie. Tengo tanta hambre que detengo el funcionamiento, lo saco a medio calentar y me lo bebo del recipiente; el líquido entra en la garganta a borbotones y chorrea por la barbilla, baja por la laringe y por el cuello a la vez, llega al estómago y a la blusa al mismo tiempo, alimenta y ensucia.

Repito tres veces la operación hasta que me siento reventar de agua de vegetales. Miro la blusa blanca ahora estampada de verde, la desprendo a los tirones, me la saco y la meto en el lavarropas,

jabón en polvo, lavado tres para ropa muy sucia. Aprieto el *on* con tanta fuerza que la perilla hace un crujido raro.

Crac.

Guardo la sopa en la heladera, no quiero que quede ácida, detesto la comida ácida.

Miro alrededor y el pan me hace señas desde arriba de la heladera, pero no me doy por enterada, le paso por al lado sin que se me altere el pulso. Sopa y sopa. Líquidos, Úrsula.

Pongo a calentar agua para el café.

Tec.

Tec.

Otra vez el maldito sonido, ese ruido que no me deja vivir.

Tengo que hacer algo, tengo que pensar en algo, pero ahora no puedo, mi cabeza está ocupada en secuestros, maridos, casas con piscina.

Tec.

Tec.

Maldita sea. Sé que tengo que volver a la computadora a buscar alguna cosa, ¿qué era? Otro agujero de memoria se apodera de mí y me deja en blanco. Saco el sobrecito del café, sé que no sirve de nada angustiarme, que ya volveré a recordar, sin embargo es inútil que repita consignas aprendidas en sesiones de terapia y libros de autoayuda, me angustio y trato de bucear en este olvido.

Por fin, vuelve el recuerdo de lo que estaba a punto de hacer. Quiero buscar información en internet, saber quién soy yo, quién es mi marido, por qué lo secuestraron. ¿Tendremos tanto dinero como para pagar un rescate de un millón? ¿Somos una buena pareja? ¿Lo amo o nuestro matrimonio es ya una costumbre de años y años en común? Y yo, la esposa, ¿cómo soy?, ¿bella y delgada? ¿Quién es esa mujer, cómo es?

Hay tanto que debo saber…

Empecemos por una búsqueda fácil, Google, «desaparecido» y «santiago», le doy buscar. Se despliegan 1.510.030 resultados, y toda la primera página hace referencia a páginas sobre desaparecidos en Santiago de Chile en tiempos de la dictadura de Pinochet. Afinemos, busquemos en las páginas de Uruguay. Veamos, hay un desaparecido en Santiago Vázquez, alguien que dejó su casa hace ya dos días y no ha regresado. Sí, pero en 1998. Qué más,

vamos a ver. Otros desaparecidos, estos en la dictadura uruguaya. No, no, cierro todo, mejor lo intento en los archivos de los diarios. Abro *El País*, mientras espero que se desplieguen las imágenes suena el teléfono. ¿Suena el teléfono? Dos veces en un mismo día, no puede ser, y menos a estas horas.

—Hola.

—¿Úrsula?

—¿Quién habla?

—Habla Amanda, ¿cómo estás?

—Amanda, qué sorpresa. A esta hora…

—Discúlpame la hora, pero es una urgencia, Úrsula. Estoy desesperada. Te estuve llamando y no estabas, me voy de viaje esta madrugada, en un par de horas. Y necesito la traducción que estás haciendo para mandársela a Ricci.

—Estaba por empezar a trabajar en el capítulo del poeta haitiano.

—¿No tenés más? Ricci me va a matar si no le entrego hasta el capítulo de la narradora de Costa de Marfil, inclusive.

—Amanda, ¿vos leés los diarios?

—Sí. No. Yo qué sé, a veces. ¿Por qué me lo preguntás?

—¿Sabés algo de un tipo desaparecido en los últimos días? Un tal Santiago, no sé el apellido.

—¿De qué me hablás? Me voy en dos horas y necesito las traducciones hasta el capítulo de la narradora de Costa de Marfil, inclusive. Ricci me presiona, Úrsula.

—Justamente, la esposa del secuestrado, de Santiago, se llama Úrsula como yo. Pensá, seguro que es un empresario, alguien importante. Capaz que salió en Telenoche, ¿vos ves Telenoche?

—No, no lo veo. Ricci ya me llamó como diez veces, no quiere esperar, dice que lo necesita para mañana a la hora que sea. Hasta el capítulo…

No hay caso, podría interrogar a Amanda durante horas, atarla a la silla, enfocar una luz potente y caliente en su rostro, abrir sus párpados con ganchos, repetir una y otra vez la pregunta, y no obtendría más respuesta que el pedido de la traducción para Ricci y para mañana. Ella es así, monolítica en sus pensamientos, unilateral en sus ideas. Hasta que no consigue lo que desea no te da nada, ni siquiera una pequeñísima porción de su atención.

—Mañana temprano hago la traducción del poeta haitiano.

—¿Y la narradora de Costa de Marfil?

Lo pregunta con cierta ferocidad que superficialmente parece fingida.

—Pasado mañana.

Oigo el suspiro en la línea, un ronroneo de gata. Pérfida y egoísta como una gata.

—Hay un tipo desaparecido, Amanda, un tal Santiago.

—Me parece que escuché algo, esta noche o ayer. No, ayer no vi la tele, no estaba en casa porque fue el cumpleaños de Paulita, mi hija mayor, la que está casada con el diplomático canadiense. Tiene que haber sido hoy.

Hacé memoria, maldita hija de puta.

—¿Te acordás qué dijeron?

—Sí, que salió de la casa en viaje de negocios y nunca llegó a tomar el avión.

—¿Algo más que te acuerdes? ¿Sabés en qué canal lo pasaron?

—Creo que iba a Bolivia o tal vez a Ecuador. ¿O era Perú? Y no sé qué canal lo pasó, hago *zapping* todo el tiempo.

—¿Dijeron algo de la esposa? ¿La entrevistaron, la filmaron?

—No sé, no me acuerdo. No creo. Mostraban un auto abandonado, un Mercedes Benz.

—¿Un Mercedes Benz? ¿Estás segura?

Treinta segundos más de conversación, Amanda me hace prometer que tendré sus traducciones, yo le digo lo que ella quiere oír y vuelvo a la computadora.

Abro de nuevo el buscador del diario, pero el cansancio me vence.

Me echo en la cama agotada, tan excitada que apenas puedo cerrar los ojos. Doy vueltas una y otra hasta que el sueño me vence.

DÍA CUATRO

22

Frente a mí, una dama de la corte del Imperio Celeste. Es hermosa y viste un kimono bordado lleno de pliegues que sugieren sedas lujosas, pesadas. Cepillo con suavidad su pelo de marfil, ella sonríe apenas; lleva un moño complicado, lleno de cintas y recovecos que hay que limpiar y repasar con hisopo, leche tibia y paciencia, los pliegues del vestido requerirán una lupa y un punzón con fibras suaves en la punta. Después vendrá el samurái, un par de leones reales azules en piedra, la figura femenina polícroma *san cai*, el funcionario, la bailarina de brazos extendidos. ¿No te cansa, Úrsula, mantener este mundo de personajes que no existen?, ¿no te aburre pasar horas en contacto con una sociedad que ya ni existe? No, Papá, sabés que me gusta, lo sabés bien o no me los habrías dejado, ¿para qué preguntás? No te preocupes por tu colección de japoneses, no me molesta ocuparme, yo los voy a cuidar siempre porque amo esta pequeña liturgia de gestos repetidos, de procedimientos periódicos y rutinarios. Yo los voy a cuidar, Papá, quedate tranquilo. Siempre.

Un poco de agua, acá un toque de cera, por aquí paso un pincel más pequeño. Y saco brillo con un trozo de gamuza.

Hago un alto en el trabajo, tengo hambre, hace horas que tengo hambre y pienso que no puedo seguir a sopa. Tengo que buscar otra cosa, me hablaron muy bien de una dieta venezolana, abro la computadora, voy a la página *dietashoy.com* y cliqueo en la página de ritmos circadianos.

Leo: «La alimentación debe basarse en el ritmo natural o ritmo circadiano de las hormonas. Desayunar como un rey, almorzar como un príncipe y comer como un mendigo es la clave para mejorar el metabolismo, mantener el peso corporal y maximizar el funcionamiento hormonal, mejorando la salud y el bienestar del ser humano. El desayuno tiene un efecto antiadictivo. Se ha comprobado que las harinas y golosinas ingeridas al amanecer mantienen la serotonina elevada a lo largo del día y evitan su descenso vespertino. Esto resulta crucial para el control de la

adicción a los carbohidratos, pues al consumir dulces en la mañana se atenúa la atracción por los dulces en horas de la tarde. O sea, si vamos a comer dulces, dejémoslos para la mañana. Las proteínas durante el desayuno son lo mejor, ya que disminuyen el hambre por muchas horas al mantener estable los niveles de azúcar en sangre, evitan el deterioro de los músculos, aceleran el metabolismo e incrementan el estado de alerta. Por la noche debemos comer menos para que actúe mejor la hormona 75 del crecimiento, que es la que metaboliza la grasa».

Qué hormona de crecimiento ni qué niños muertos: me muero de hambre y tengo que cambiar a otra dieta. La sopa de verduras no me llena y me produce desasosiego, la ansiedad me da más apetito y preciso más calorías, algo sólido en qué hincar el diente. Porque no se puede pasar los días a caldito y además tener una vida, esa es una dieta para gente que no gasta energías, gente que está internada o presa. ¿O secuestrada? Los secuestrados tampoco necesitan demasiadas calorías, suelen estar atados, amordazados, inmóviles, apenas respiran. ¿Qué le darán de comer a Santiago? No creo que el tipo lo mate de hambre, no parece un perverso, más bien un buen tipo, seguro que le da lo necesario para mantenerlo en buen estado de salud, una dieta nutritiva y con las calorías que requiere un cuerpo como el suyo. ¿Cómo será el cuerpo de mi marido?

Hoy no escucho el taconeo en el piso de arriba, solo un golpeteo suave como de talones, de pies descalzos, un desplazamiento blando y luego silencio. Al rato, la descarga de una cisterna, una canilla que se abre y se cierra, y otra vez los pasos. Los sigo a través de mi apartamento, que es simétrico con el de arriba, escucho una puerta, el golpe de un cuerpo que cae sobre algo blando, tal vez la cama. Imagino un cuerpo que se acomoda sobre el colchón, escucho un suspiro de alivio, de confort, de placer. Un piso más abajo yo me siento en mi propia cama, alerta a los sonidos. Escucho crujidos, la mujer se mueve sobre su lecho, la imagino tendida… Mejor volvé a la limpieza, Úrsula, y dejate de locas fantasías.

Vuelvo a la mesa donde tengo desplegado el operativo limpieza, pero el hambre me lleva de nuevo a la página de dietas. ¿Desayunar como una reina? Eso me atrae.

Me tengo que fijar cuántas calorías requiere un cuerpo como el

mío y mañana empiezo la dieta circadiana, la de los ritmos, con esa no pasaré nada de hambre. Pero hoy me voy a dar algún gusto, voy a salir a comprar alfajores, flancitos, barras de cereales, helado, un chivito o una hamburguesa. O los dos. Alguna satisfacción entre dieta y dieta. ¿Cómo será Santiago? ¿Es grande, alto, gordo? Tengo que averiguarlo, anoche me moría de sueño y abandoné la búsqueda, y esta mañana no hice más que correr para terminar las traducciones.

Veamos qué hay en los diarios de hoy: un paro de maestros de las escuelas públicas, el dólar bajó tres puntos, el Cheche no jugará el partido con Brasil, el misterio del empresario… Acá. Por fin.

Se llama Santiago Losada, y es este, estoy segura. Así que soy la señora Losada. Acá hay una foto borrosa, blanco y negro impreciso, granuloso, no se ve bien pero se intuye un tipo grande, tal vez un poco gordo o macizo aunque atractivo. Lo miro, lo miro bien.

¿Ese es mi marido? Me gusta. Seguro que vivimos en una casa en Carrasco. Sí, acá lo dice, el auto apareció cerca de su casa en Carrasco.

No sé qué hacer, si pedir por teléfono o salir a buscar el helado. Mejor voy hasta la heladería y paso por el kiosco donde venden los alfajores que me gustan, los de las sierras de Minas, y me compro una caja. Después sigo limpiando las estatuillas, porque me queda más de la mitad, todavía. Y termino la traducción del poeta haitiano. Una caja de alfajores. Solo por hoy, un día de vida es vida.

Ese es mi marido, entonces, el tal Santiago Losada.

¿Por qué me llamó a mí? ¿Cómo se confundió? No entiendo nada. Sin embargo, el tipo sabía mi nombre.

Salgo del edificio, camino por Sarandí todo derecho hasta la heladería, ¿qué va a llevar, qué gustos desea? Un pote de dulce de leche granizado, chocolate *split*, banana con pistacho, menta con chocolate, crema marmolada. La chica me entrega el envase y detecto una sonrisa furtiva con la otra empleada. Qué me importa, que se vayan a la mierda. Antes de volver a casa paso por el kiosco y pido una caja de alfajores, flanes, galletitas y barras de granola. El chivito y la hamburguesa me los traerán de un bar de por acá cerca.

Vuelvo a mi casa, vuelvo a comer. Y después, sigo con mis japoneses.

23

—¿Qué hora es?

—Las ocho.

—Estoy muy incómodo. Cuerdas en las manos y esposas en los tobillos. Suena excesivo para inmovilizar a un gerente de empresa. No tema, señor, yo no soy Rambo.

—Ya le dije que queremos estar tranquilos.

—¿De dónde sacó las esposas?

—De una tienda de artículos policiales.

—¿Y por qué no dos, una para los tobillos y otra para las muñecas?, sería lo más lógico.

—Solo conseguí una. Y creo que es suficiente, porque si no puede caminar tampoco podrá ir muy lejos.

—¿Adónde quiere que vaya, atado como un paquete?

—Le voy a soltar las manos un rato.

—Menos mal, déjeme así un par de horas, estoy agarrotado.

—Estire los brazos, haga elongaciones, ¿cómo se siente?

—Mal, mareado. ¿Cómo quiere que me sienta? Ay, me toco la cabeza y la herida no cierra, ¿no ve que todavía estoy lastimado?

—Lo lamento, le aseguro que no era nuestra intención hacerle daño.

—Seguro, usted y su amigo imaginario tienen las mejores intenciones.

—Yo soy tan responsable como él, los dos planeamos este operativo y los dos cometimos errores. Le aseguro que no soy una persona violenta.

—Si no es violento, ¿por qué estoy herido? Tengo náuseas y todo me da vueltas. ¿Me está dando somníferos con el agua? Ni sé cuánto tiempo llevo aquí. El dinero…

—Trataré de conseguirle algo para el mareo. ¿Quiere que le acerque el recipiente para orinar?

—Por favor, lo antes posible.

—Estuve con su esposa.

—¿Estuvo con Úrsula?

—Sí, estuve con ella, nos pusimos de acuerdo en algunos detalles de este operativo.

—Le pidió más dinero, me imagino.

—No quisiera discutir ese tema. ¿Más dinero? ¿Por qué dice que le pedí más dinero?

—Estoy muy mareado y tengo hambre, ¿me puede traer algo de comer?

—Claro, le puedo dar un sánguche y un café. De un momento a otro tiene que llegar mi compañero, seguro que trae las provisiones.

—¿Por qué no me suelta de una vez? Ya tiene lo que quería.

—¿A qué se refiere?

—A la plata.

—…

—Ya tiene la plata que quería.

—¿Qué plata?

—No se haga el tonto. El dinero que yo traía en el portafolios.

—¿El portafolios? ¿Tenía un portafolios?, ¿y dónde quedó?

—Usted lo debe de haber sacado de mi auto. No se haga el ingenuo, ¿cree que no sé que me secuestró porque sabía que yo llevaba ese dinero? ¿Qué sentido tiene engañarme, si ya lo tiene?

—¿Su portafolios estaba en el auto, me dice?

—Claro, debajo de mi asiento. Era un riesgo viajar con ese dinero, yo ya lo sabía, pero no había otra forma…

—No lo puedo creer.

—¿Qué es lo que no puede creer?

—…

—No, no. No me diga que usted no tiene la guita. No me diga que ese amigo suyo se la llevó toda y lo dejó acá, cuidando este rancho. Lo jodieron, señor. No lo puedo creer, esta situación me va a hacer reír mucho, si es cierta.

—Mi compañero va a volver de un momento a otro. Estoy seguro.

—Mire, yo iría pensando que se fue con la plata. ¿Por qué no lo llama? Seguro que tiene un celular.

—¿Cuánto dinero era?

—Más de medio millón.

24

Tuve que llevar a cambiar la pastilla de frenos que estaba gastada, dejé el auto en el garaje y me vine a la Tienda Inglesa del *shopping* a comprar los artículos de limpieza que me faltaban para hacer el mantenimiento de mis japoneses. A la vuelta subo al ómnibus que me lleva a la Ciudad Vieja, pago el importe del viaje, el guarda oprime un botón y sale el boleto. Pienso que dentro de poco tiempo conviviremos bajo el mismo sol los que vimos a los guardas de los omnibuses sacar los boletos de forma manual y los que nunca conocieron otra cosa que las máquinas expendedoras. El boleto separa dos mundos, el mundo del pasado y el mundo del futuro. Tomo el impreso que escupe la máquina y sigo pensando en esos pedazos de papel, me pregunto por qué siempre, pero siempre quedo del lado de los más viejos, aunque no sea vieja.

No hay mucha gente, puedo elegir el lugar, hago un escaneo rápido que me ayuda a decidir dónde sentarme. Hay asientos dobles que están enteramente libres, aunque suelo preferir la vecindad de alguna persona que me interese, mirarle la cara con disimulo, aspirarla, escuchar su respiración y, si tengo suerte, alguna conversación por teléfono. Me gusta tocar disimuladamente la tela de su saco, oler su antisudoral, reconocer su hedor humano. Mirarle los zapatos, las uñas de los pies si son mujeres y es verano, el color del pelo y las canas que asoman entre la tinta, las manchas de la ropa, el color de los dientes.

Una chica con el reproductor de audio.

Un hombre de traje que lee el diario.

Otro hombre vestido con mameluco y la caja de herramientas en la mano.

Dos niños que van o vuelven de la escuela.

Una mujer mayor que habla por teléfono.

Esa, la elijo, me atraen las conversaciones, me acomodo a su lado y la observo de reojo. Ella habla y vuelve la mirada hacia mí, después observa los asientos vacíos. Yo disimulo y clavo la vista en la ventanilla de adelante, en el paisaje urbano de la avenida Rivera,

cines abandonados, el zoológico cerrado desde hace años, mugre y decrepitud. Escucho, soy toda oídos, solo me molesta el sonido tropical que viene de la radio del conductor del vehículo, que suena a todo trapo y me saca de situación. Ahora la mujer habla y se olvida de mí.

—No, querida, no. Esa no es la manera de convencer al gerente de que vos sos más adecuada para el puesto que tu compañero. Ya te lo dije —baja la voz—, tenés que sacarlo de en medio —la baja un poco más—, masacrar cada idea que él presente. ¿Cómo te pensás que llegó el gerente a su puesto? No, nada de pena, querida, ese muchacho, ¿se llama Diego, decís?, Diego debe de estar haciendo lo mismo con tus ideas. Bueno, bueno. ¿Papá? No, no, la semana que viene es su cumpleaños, pero tu padre no quiere saber nada de llenar la casa de gente. Lo mejor va a ser festejar en una parrillada, carnes, buenas ensaladas, dos o tres postres. ¿Cuál decís? No la conozco, no.

Miro su cuello con disimulo, un collar de turquesas, una artesanía mexicana o guatemalteca. Preciosa. ¿La trajo de un viaje, se la regalaron? Mientras habla abre la cartera, es de cuero, fina, buen diseño. Saca un peine y se acomoda los rulos castaños con reflejos, mira por la ventanilla. Cuando mueve el cabello, el aire huele a peluquería, champú, crema, fijador.

—Sí, vale la pena, tu padre no cumple sesenta todos los días. ¿A quién? ¿Los tíos maternos? No sé, Mariana, ¿te parece que los invitemos? No los vemos desde hace siglos.

Suben otras dos jóvenes conectadas a sus reproductores de audio, se sientan juntas, muy cerca, codo con codo; cada una va sumida en su música.

Es imposible imaginar un sitio más distante en el planeta que en el asiento de al lado.

Veo a una de ellas sacarse un solo auricular y comentar algo con su vecina, ríen, y cada una vuelve a su música, a su autismo.

Pasa el tiempo, pasa Montevideo por las ventanas del vehículo. Hace rato que la mujer que sigue hablando a mi lado dejó de interesarme, de su festejo en una parrillada pasó a una eterna lista de invitados que me aburre. A pesar de su estado de abandono me quedo con la calle Paysandú que desfila su vieja elegancia por las ventanillas de la derecha, con el equilibrio de la cúpula de los

Agustinos, con el horroroso edificio del Banco Central. El conductor continúa imponiendo sus gustos musicales desde la parte delantera del vehículo. Me levanto y me siento al lado de un hombre mayor, tal vez setenta, sesenta y cinco. El saco está un poco raído, los zapatos sin lustrar, sin embargo no parece pobre, más bien descuidado. Tiene una mirada tranquila, mira hacia fuera con la calma de un buda usuario del transporte colectivo. Me gusta la paz que hay en las arrugas horizontales de su cara.

—¿Tiene hora?

Me sobresalta la pregunta y la mirada penetrante. ¿Los budas necesitan saber la hora?

Algunas arrugas horizontales se verticalizan.

—Las cinco y media.

Vuelve la vista hacia el exterior, vuelven la calma y la horizontalidad a su rostro arrugado.

No vi subir al guitarrista, el tipo ya rasga las cuerdas, prepara su pequeño acto frente a los pasajeros. ¿El chofer apagó la música? Sí, es un pequeño milagro producto de su solidaridad con el ambulantismo musical, aunque ahora sufriremos otras consecuencias. Me concentro en el paisaje, en cada bocacalle veo desfilar pedazos del puerto, fragmentos de barcos que pasan y se escabullen entre las paredes decrépitas. Aspiro el aire que ya huele a sal y petróleo y ballenas muertas. Ahora el cantante se apoya contra un asiento vacío, mira a los viajeros, arranca con los prolegómenos inevitables.

—Estimado público, les voy a dejar una canción de un artista olimareño, del poeta Julián Salvo, que dice más o menos así…

Nada de lo que estaba pensando se mantiene en mi cabeza cuando la voz inunda el ómnibus con la melodía. Las notas me ponen la piel de gallina.

Para entonces yo ya no pensaba
Tanto trago me la cobraba
Era el instinto lo que me llevaba
Directo a la mujer equivocada
La mujer equivocaaaaaaaaaaaaaaada
La mujer equivocaaaaaaaaaaaaaaada…

Ya estoy llegando a mi destino y puedo escapar de esta tortura, me pongo de pie, me apresuro hacia la puerta.

La mujer equivocada, la mujer equivocada, la voz resuena, el lugar se llena de sonidos.

Y sí, pienso, si la esposa de Santiago Losada se llama igual que yo, Úrsula López, esa homonimia fue lo que causó un error en la destinataria de la llamada: alguien buscó en la guía o llamó a informes, y se comunicó con la Úrsula que no era.

Entonces, yo soy la mujer equivocada.

Mujer equivocada.

Me bajo, me tiro del ómnibus en Colón esquina Sarandí.

Las notas de la canción del poeta olimareño permanecen hasta que el vehículo arranca, después se pierden calle arriba.

Mujer equivocada.

¿Y la verdadera? Claro, se llama igual que yo. Un punto inicial para buscarla.

25

—¿Habla Úrsula López?

—Soy yo, ¿quién es?

—Soy una amiga suya. Escuche con atención, Úrsula, tenemos a su marido.

—Por fin.

—Por fin, ¿qué?

—Esperaba que alguien llamara. Aunque no esperaba que fuera una mujer.

—¿Y qué esperaba?, ¿que fuera un hombre? Muy misógino de su parte, Úrsula.

—No importa, vayamos a nuestro tema.

—Tenemos que conversar sobre el rescate.

—Solo dígame cuánto: la cifra, señora.

—Queremos dos millones, Úrsula.

—Está bien, necesito tiempo para conseguirlos.

—Lo sé. También sé que tiene cómo conseguirlos. Le doy veinticuatro horas.

—¿Dónde?

—¿Dónde, qué?

—Dónde tengo que entregárselos.

—Primero consígalos, después le doy las instrucciones. Y nada de avisar a la Policía de nuestras negociaciones, eso ya lo sabe.

—Sería lo último que haría.

—¿Habló con ellos? Con los de la Policía.

—Sí, una vez. La mucama de mi casa, mejor dicho, de la casa de Santiago, me avisó que habían denunciado su desaparición y que la Policía había encontrado el auto abandonado y abierto. Después vinieron a mi casa, me hicieron algunas preguntas.

—¿La interrogaron?

—Claro, querían saber cuándo lo había visto por última vez, ya sabe. Pero no se preocupe, de ahora en adelante no diré nada.

—Veo que entendió bien, ahora tiene que conseguir el dinero callada la boca.

—Dígame cómo está mi marido.

—Bien, bien. Quédese tranquila, que usted paga y se lo devolvemos sano y salvo.

—Escuche, hay algo más que quiero decirle, señora.

—¿Que es diabético? ¿Necesita medicación especial?

—No. ¿De dónde sacó que es diabético?

—No, no sé, no me haga caso, me confundí.

—Preste atención a lo que le voy a decir. No quiero que lo liberen.

—¿No quiere que liberemos a su marido?

—Eso dije.

—A ver si entiendo. ¿Usted quiere que lo asesinemos?

—Hagan con él lo que crean necesario. Yo les entrego tres millones y ustedes hacen que desaparezca. Para siempre.

—Hecho. Consiga los tres millones y lo liquidamos.

—No es tan fácil, no puedo sacar dinero del banco, seguro que habrá una investigación y sería muy obvio. Recuerde que la esposa es la primera sospechosa. Siempre.

—Eso es cierto. La esposa y el mayordomo.

—Nosotros no tenemos mayordomo.

—¿Y tienen cocinera, mucama, jardinero?

—Sí, todo, ¿por qué lo pregunta?

—¿Y tienen casa en Carrasco con piscina, camino de casuarinas e invernadero?

—Sí, la casa tiene piscina, camino de casuarinas e invernadero. De todas formas, yo ya no vivo con mi marido en la casa de Carrasco sino en un apartamento en Pocitos. Nos separamos. ¿Por qué lo pregunta?

—Por nada, no me haga caso. Sin mayordomo, solo queda la esposa.

—Y la amante.

—¿Hay amante, también?

—No quiero hablar de eso. ¿A qué cree que iba a Bolivia?

—No me diga que a encontrarse con ella.

—Le dije que no quiero hablar, no insista.

—Quédese tranquila, soy una tumba.

—Es un canalla, descubrí que me engaña desde hace tiempo.

—Nos encargaremos de que no lo haga más. Solo consiga el

dinero.

—Necesito hacer una operación financiera en el exterior, me llevará unos días.

—Bueno, si es así no hay problema. Pida billetes de numeración no consecutiva.

—Está bien. Llámeme pasado mañana.

—¿A esta hora?

—A la hora que quiera. ¿Su número es este que aparece en mi identificador?

—No, no iba a ser tan ingenua, Úrsula. Estoy en un teléfono público.

—Muy bien, señora, de ahora en más hay que pensar que la Policía investigará todo. No me llame desde ningún número que puedan relacionar con usted, ¿está claro? Y siempre desde teléfonos diferentes.

—Sí.

—Puede comprar chips de celulares en la feria, a nombre de cualquiera.

—No sabía.

—Hágame caso y todo su secuestro va a salir bien. Adiós.

—Adiós.

26

Montevideo, 25 de febrero

Estimada vecina del apartamento 602:

He intentado hablar con usted personalmente, he tocado timbre en su apartamento a diversas horas del día y de la noche, y nunca pude encontrarla. Alguna vez, le confieso, he creído escuchar el sonido de la mirilla al ser levantada o susurro de pasos y hasta he sospechado que no quiere abrir la puerta. Como sabe, le envié una carta planteando el problema que se suscita cuando sus tacos golpean contra el parqué de su piso. ¿Vio la nota que le dejé? No parece que la haya leído, yo no he advertido ningún cambio en el molesto ruido que producen los tacos de sus zapatos.

Le cuento que esta semana y tal vez todo este mes estaré concentrada en mi trabajo como traductora, una ardua labor que demanda lo mejor de mí, conocimiento de ambas lenguas, sensibilidad, sentido artístico y entrega. El traductor, querida vecina, después de tener un primer contacto con el texto, se apropia de él y empieza a producir algo propio, que también es arte. El traductor enfrentado al texto se debate entre la letra y el espíritu, entre la fidelidad y la libertad, y en esa tenue línea está la creación. ¿Usted sabe algo del proceso creativo? Pues le diré que requiere silencio. Silencio, lo que a mí me falta porque sus tacos chocan contra la madera y producen ese sonido seco que me irrita, me pone nerviosa y me aleja millones de kilómetros del arte.

Le pido encarecidamente que haga algo, que ponga alfombras, que se descalce, que levite para ir en busca de un vaso de agua a la heladera.

Reciba mis saludos.

La vecina del 502

PD1: Le envío la dirección de una casa de alfombras que está por cerrar y liquida su *stock* al 50%.

PD2: ¿Cuánto calza? Cuando vaya al centro puedo traerle las pantuflas que le mencionaba en la carta anterior.

DÍA CINCO

27

Continúa desaparecido el empresario Santiago Losada, cuyo automóvil apareciera abandonado en horas de la madrugada. Según personal de servicio de su residencia, el empresario salió ayer de su casa a las 11 de la noche conduciendo un vehículo de su propiedad, marca Mercedes Benz, con rumbo al aeropuerto de Carrasco, desde donde abordaría un vuelo a El Alto, en la ciudad de La Paz, Bolivia. Se sabe que no llegó al citado aeropuerto ya que el empresario nunca se registró para abordar el avión. Su automóvil fue hallado por funcionarios policiales en horas de la madrugada, en una calle de Carrasco cercana a su vivienda. Si bien hasta el momento no se tiene la certeza de que se trate de un secuestro, se sospecha que habría sido retenido contra su voluntad con el fin de pedir un rescate a la familia. A pesar de la afanosa búsqueda desplegada por efectivos policiales, hasta la fecha no hay rastros del empresario. Se espera el resultado de las pericias dactilares del automóvil.

28

La puerta se abre sin ruido, una alfombra cubre el suelo de pared a pared y asordina los pasos. Entro al consultorio pisando como un gato. Murmuro un saludo, me ubico en el sillón, me sumerjo y la butaca verde y mullida me traga apenas apoyo el cuerpo. Aquí dentro no llegan sonidos ni olores humanos, solo flota en el aire un vago aroma a lustramuebles o a cera con fragancia cítrica, un perfume sedante, algo untuoso.

La doctora Ferrés consulta sus apuntes, usa lentes con cadenita y camisa muy blanca plisada sobre el pecho.

—El jueves pasado me había hablado de las cartas que encontró después de la muerte de su padre.

—Sí, mi padre y mi tía tenían una relación, le decía en la sesión anterior.

—¿Usted recordaba haber advertido que ellos mantenían ese tipo de vínculo?

—Yo ya lo sabía, muchos años antes había encontrado las fotos de ellos dos, juntos. Mi tía me vio con las fotografías en la mano y no lo negó, aunque tampoco me dio explicación alguna. Sin embargo, creo que yo había sepultado en el olvido esa relación, como olvidé muchas otras cosas relacionadas con mi pasado, con mi padre en especial. Tengo vacíos, lagunas, espacios en blanco, como si en los meses en torno a su muerte yo hubiera estado dormida o ausente. Tengo la sensación de que ese tiempo transcurrió en un parpadeo.

—¿Por qué cree que tiene vacíos de memoria de ese tiempo en particular?

—No sé, la memoria es selectiva, ¿no? Algunas cosas se recuerdan y otras no.

—¿Qué recuerda de la muerte de su tía Irene?

—Casi nada, las sábanas ensangrentadas, la expresión lívida de la empleada al descubrirla, poco más que eso. Recuerdo lo que recuerda mi hermana, lo que ella me cuenta —miento, no sé por qué.

La doctora no me responde, anota, vuelve atrás unas páginas, lee. Me ofende esa suerte de automatismo profesional, la falta de respuesta, prefiero creer que me mira con burla o que siente lástima. Detesto este silencio profesional e incoloro. Si giro la cabeza veré una ventana que da a la calle y más allá las hojas casi secas del árbol que está frente al consultorio.

—¿Su padre y su tía ocultaban su relación o se mostraban abiertamente?

—Se ocultaban.

—Eran personas libres, podrían haberse mostrado, ¿no cree?

Yo no creo nada, ni digo nada. Ella espera un momento antes de seguir.

—¿Qué sintió al leer esas cartas?

—¿A qué se refiere?

—No eran para usted.

—¿Y qué importancia tenía que no fuesen para mí? No, no me importó leer algo que no estaba destinado a mí. En realidad me gustó leerlas, fue como asomarme y espiar… una habitación. ¿Me entiende? Además, mi padre estaba muerto, él podría haberlas quemado antes de morir si quería mantener el secreto. Y no lo hizo.

—Puede que su padre no pensara morir, todavía. Era un hombre relativamente joven.

—Tal vez no lo pensara, es cierto, apenas había pasado los sesenta y estaba bien de salud.

—¿De qué murió? Si alguna vez me lo dijo, no lo recuerdo.

Hace calor, el abrazo del sillón empieza a resultarme invasivo y pegajoso.

—Paro cardiorrespiratorio.

Anota. ¿Qué importancia puede tener de qué murió mi padre? Pero ella insiste.

—¿Cuál fue la causa?

—Una ingesta de hipnóticos.

—¿Accidental?

—No lo creo. Supongo que mi padre se suicidó.

—No lo sabía, nunca lo dijo.

Anota, intento imaginar qué escribe, se preguntará si yo soy suicida también. Hoy todo es tan elemental y previsible que me da náuseas.

—Me pregunto por qué nunca lo había mencionado, Úrsula.

—Tal vez porque usted nunca lo preguntó. ¿No le parece?

Me mira por encima del armazón negro. Anota en el cuaderno, se pone y se saca los lentes.

—Volvamos a las cartas.

Vuelvo a las cartas. Y yo, ¿por qué las leí?, vuelve a preguntarme. Y por qué no iba a hacerlo, estaban ahí, una puerta entornada que me invitaba a pasar.

—Me gustó leerlas. Creo que me atrae el mundo secreto de los demás.

—¿Cómo es eso?

Un *flash*: me veo a mí misma levantando el teléfono muy despacio, me veo tapar el micrófono con la palma de la mano, escucho la voz de mi padre que susurra, la voz de una mujer, y yo contengo la respiración. Cuelgo cuando escucho colgar el otro teléfono. ¿De dónde sale ese recuerdo? ¿Se lo cuento a la doctora Ferrés?

—Me atraen las facetas que la gente no muestra. Mirarlos cuando no me ven. Verlos actuar sin que se sientan observados. Verlos cuando no disimulan, cuando no se saben observados.

—¿Le gusta espiar, Úrsula?

Me incorporo, despego la espalda, pero en esa posición me siento más incómoda. Abro la cartera y saco el celular, lo apago porque olvidé hacerlo al entrar. Las paredes no tienen un color definido, los muebles no son ni claros ni oscuros, la estantería tiene libros encuadernados en el mismo tono híbrido de la madera de los muebles. Ausencia de sonido y de color, pero no de aroma: el citrus de la cera me está revolviendo el estómago. Cada vez siento más náuseas.

—Sí, me gusta. ¿A quién no?

Me mira con un destello de curiosidad, primer indicio de humanidad en el tiempo que va de sesión. Se recompone y vuelve a bajar la pantalla del profesionalismo. Repito.

—¿A quién no?

—Volvamos a las cartas. ¿Qué sensación le produjo su lectura?

—Rabia.

—¿Rabia contra su padre?

—Rabia, solo rabia. Tal vez contra los dos.

—¿Qué es lo que se dicen su padre y su tía en esas cartas que provoca su rabia?

—No quiero hablar de eso.

Anota algo, luego me mira sobre los lentes.

—¿De qué quiere hablar?

¿Quiero hablar? Hoy no, hoy no quiero. Me pregunto por qué estoy acá, qué busco en estas sesiones con la doctora Ferrés.

—Conocí un hombre que me interesa.

Anota. Otro surco temático.

—¿Tiene una relación con ese hombre?

La doctora habla mientras anota. ¿Qué escribirá? La gorda empieza a interesarse en alguien, la gorda tiene rabia, la gorda no recuerda partes enteras de su vida. La gorda conoció a un hombre. Giro la cabeza para ver las hojas del árbol a través del vidrio, pero me quedo en las cortinas, ni claras ni oscuras, como los libros y los muebles. Debajo de la ventana hay una mesa, una jarra de agua y algunos vasos. Descubro que tengo la boca seca y pastosa. Me levanto, voy a ellos, me sirvo y bebo.

—No, solo nos vemos de vez en cuando por una razón específica.

—¿Cuál razón?

Pienso cuál es la razón.

—Negocios.

—¿Qué tipo de interés siente por él?

Miro dentro de mí, busco una respuesta. Para ella y sobre todo para mí.

—Quiero protegerlo de la maldad.

—¿De cuál maldad?

Ella espera que continúe hablando del tema, pero no lo voy a hacer, estoy aquí porque soy gorda y mi médico quiere saber por qué soy gorda. O quiere que yo sepa por qué soy gorda porque piensa que si lo sé dejaré de serlo.

Ella cambia de tema bruscamente.

—¿Con qué droga se suicidó su padre, Úrsula?

—No lo sé —miento—. Ahora me tengo que ir.

¿Le diré que tengo una cita con el destino? Suena un poco cursi.

—Hasta el jueves. Nos vemos la semana que viene.

Me levanto, meto la mano en el bolsillo y aprieto con fuerza el

blíster de Somnium.

DÍA SEIS

29

Camino por Sarandí, bajo por Zabala rumbo al puerto, avanzo entre la multitud del mediodía y llevo esa sensación a cuestas de que la gente se da vuelta a mirarme. Llámenme Úrsula, la ballena blanca, querría gritarles.

Almuerzo casi siempre en el Mercado, no en los restoranes que dan a la calle y se llenan de turistas sino en alguno de esos sitios interiores, mantel de papel, olor a aceite y a pescado; me gusta el sol que entra por la cúpula de vidrio sucio en rayos irregulares, esa sencillez de entrecasa; camino entre cantantes de tango, ejecutivos en almuerzo de negocios, estudiantes tras un choripán, parejas que se besan y que siempre parecen clandestinas; busco una mesa tranquila, me siento; en cada oportunidad quiero pedir una ensalada completa pero pido una brótola a la manteca negra o un entrecot a la pimienta o unos ravioles de ricota con tuco, y el camarero de turno anota, anota y mira de reojo mis brazos rollizos, la papada que tapa el cuello, el bulto de las tetas que esconde el bulto de la panza que esconde el bulto de los muslos.

—¿Qué va a tomar?

—Cocaláí.

—¿Espera a alguien más?

—No.

El mozo de turno saca el resto de los cubiertos. Siempre igual, me mira sin mirarme y sé que se ríe por dentro a pesar del rictus serio de afuera: la gorda que come sola, la gorda que pide fritos, salsas, pastas y bebida de dieta; se ríe por dentro, irá a la cocina y hará el pedido al cocinero.

—Es para la gorda, ponele mucho pescado, que si se queda con hambre capaz que me muerde a mí —le dirá, o algo parecido.

Ser gorda no es solo ser gorda, no es tener sobrepeso y cansarse en las escaleras, no es la cintura desaparecida ni la barbilla abundante, ni siquiera es la salud en peligro, es la humillación renovada, la ira disimulada, ese sentimiento de que no hay piedad ni mucho menos justicia para el que es diferente. Como tantos,

como casi todos, mis primeras experiencias en tortura psicológica las padecí en la primaria. La historia, la de siempre: compañero cruel se ensaña con compañera gordita. «Oinc, oinc», decía el torturador, en voz baja para que la maestra no escuchara, pero suficientemente fuerte para que oyeran todos los demás. «Oinc, oinc», repetían a coro los acólitos del perverso precoz. Yo me sentía ruborizar, el calor subía por el cuerpo que transpiraba y temblaba, la respiración perdía el ritmo y se enloquecía. La maestra no lo advertía, no se daba cuenta, nada sucedía en su clase, y todo estaba bien en el mejor de los mundos. Ella corregía y los alumnos trabajaban en el escrito de matemáticas o en la prueba de geografía. Pero una vez el «oinc» sonó un poco más fuerte, ella levantó la cabeza de su tarea, me miró un instante y sorprendí en su rostro una mueca leve, imperceptible, un rictus fugaz que me despojó de toda esperanza de encontrar justicia en el mundo: el relámpago de una sonrisa.

Hoy elijo un sitio tranquilo, una mesa apartada, un poco oscura, una chica joven me trae el menú y me dice que me recomienda el cerdo agridulce. La miro a los ojos, en silencio, ella sostiene la mirada y espera, pequeñas líneas se le forman en torno a la boca.

—Una ensalada completa y una cocaláí.

Anota en la libreta, yo busco una sonrisa, un rastro en el rostro.

Espero un poco, me trae el pedido y yo ataco la ensalada, mastico lento, varias veces cada bocado como recomiendan en mis reuniones de gordos, ñam, ñam, diez veces, quince veces ñam ñam y el tomate queda reducido a agua, la lechuga se esfuma, el pepino desaparece, y cuando trago me baja por la garganta un líquido que apenas sabe a pasto diluido. Suena el teléfono, en mi cartera suena el teléfono, en mi vida suena el teléfono. Miro el identificador de llamadas y no identifico nada.

—Hola.

—¿Podemos encontrarnos en una hora?

Lo pienso.

—Mejor en dos.

—Dos horas, entonces.

—¿Dónde?

Un cantor de tangos empieza a rascar la guitarra y la respuesta se pierde entre los acordes de «La última curda».

—¿Cómo dice? —grito contra el aparatito.

—En la plaza Independencia, alrededor del monumento a Artigas, en dos horas.

Pienso que está por llover, que hay humedad, que la plaza estará llena de charcos. Que podría volver a casa y dedicarme a mis estatuillas japonesas. Vacilo, siempre vacilo.

—¿No sería mejor en el Tasende? Disculpe que me meta en sus elecciones, pero es a una cuadra de la plaza y podemos hablar más tranquilos. Y secos, sobre todo.

—Bueno, no sé…

—Por favor, soy asmática y este clima me mata.

Miento, siempre miento. Del otro lado del teléfono la voz calla, parece estar pensando, evaluando la posibilidad de un operativo policial en el bar de San José y Florida.

—No lo voy a sorprender con un operativo policial. Se lo juro.

—¿Lo jura? —Imagino la sonrisa. ¿O lo dirá en serio?

—En dos horas en el Tasende, entonces.

Retomo la ensalada, mastico y mastico la zanahoria rallada, el morrón verde, el apio, la cebolla la dejo en un costado porque da mal aliento. Termino y me sirvo un vaso grande de coca.

—La cuenta.

La chica trae el tique y tres caramelos. No hay sonrisa ni miradas cuando los deja sobre la mesa.

—Estaba muy bien la ensalada.

—Mañana hay de rúcula, pollo y hongos, se la recomiendo.

—Tal vez.

Me apuro a salir, tengo que hacer un par de cosas antes de ir al Tasende.

30

—¿Úrsula?

—Sí.

—Usted ya sabe quién soy.

—Claro, la esperaba. ¿Llama desde un teléfono público?

—Sí, como habíamos convenido.

—Está bien, entonces.

—¿Tiene el dinero?

—Lo tengo.

—¿Todo?

—Tres millones. Fue lo acordado, ¿no?

—¿Lo tiene en efectivo?

—Y en billetes no consecutivos como pidió.

—¿Lo tiene en su casa?

—No sea tonta, nunca le diría a nadie dónde lo tengo. Y menos a usted.

—Quería saber si ya lo tiene disponible.

—Estaré con la plata cuándo y dónde usted me diga.

—¿El dinero cabe en una bolsa?

—En un bolso grande, sí.

—¿Cuánto pesa?

—No tengo idea, yo diría que bastante.

—¿Como un perro grande?

—Sí, como un perro grande, un ovejero o un *golden retriever* adulto… Tal vez treinta o treinta y cinco kilos.

—No va a ser fácil transportarlo.

—¿Lo dice por mí? Tengo entrenamiento, hago gimnasia todos los días.

—Lo digo por mí, que no hago ejercicio desde que terminé la escuela.

—Lo puedo llevar en el carrito de las compras o en una valija con ruedas.

—Una valija con ruedas no es mala idea. Entonces, espere mi llamado.

—Un momento, ¿y su parte?

—¿A qué se refiere?

—A mi marido. Ya sabe cuál fue el negocio que pactamos.

—Sí.

—¿Y entonces?

—Estamos en proceso de cumplir con su demanda.

—Bien. Una vez cumplida su parte, debe darme una prueba.

—…

—¿Me escucha? Le dije que antes de pagar voy a pedir una prueba contundente. No sé si me entiende.

—Sí, la entiendo perfectamente. Lo haremos desaparecer para siempre. Y le presentaremos su prueba.

—Espero que todo salga bien.

—Una pregunta, y no crea que soy entrometida: ¿por qué hace esto?, ¿porque su marido tiene una amante?

—Lo descubrí hace poco tiempo, se lo dije, le presenté pruebas y terminó confesando, por eso nos separamos. Ahora iba de viaje a Bolivia a reunirse con ella.

—Me imagino su rabia y su dolor.

—Sí, me hizo mucho daño. No le perdono la traición ni la humillación. No sabe lo que es sentir todas las miradas encima.

—No crea, sí que lo sé.

—En Carrasco todos nos conocemos y sabemos de la vida de los demás: si voy al cine o a un restorán todos se dan vuelta a mirarme, cuchichean a mi paso.

—Lo he experimentado alguna vez, sí.

—Ella también vive acá, puede imaginarse, tendría que resignarme a ver con otra al hombre a quien dediqué mi vida. ¿Entiende mi decisión?

—Sí, ese hombre no merece su compasión. Pero ¿él no se iba de viaje, dice?

—Se iban a encontrar para hacer su viajecito de novios. Después volverían a vivir juntos, en mi casa, en la que fue mi casa todos estos años.

—…

—¿Puede entenderme, señora?

—Úrsula, tenga listo ese dinero. Nos encargaremos de ese canalla.

31

Primer inconveniente cuando entro a la peluquería: el sillón es estrecho y yo muy gruesa.

El resultado, lo sé por experiencia, es que cuando intente sentarme no entraré, o entraré a presión entre un posabrazos y el otro, y que me sobrará exactamente el ancho que le falta al asiento. Me enojo, me acaloro, cuando alguien monta un negocio de este tipo, ¿no piensa que un día atenderá a una chica que tiene algunos kilos de más en su peso? Como si las gordas fuésemos un mercado consumidor despreciable, esta peluquería decidió prescindir de nosotras.

Pienso que debo expresar mi malestar e irme, pienso en decir que estoy indignada por la falta de consideración y hasta de criterio comercial, lo pienso pero no tengo ganas de caminar ni una cuadra más y me quedo parada en el lugar desde donde veo los sillones estrechos en los que trataré por todos los medios de introducir mi cuerpo.

No me gustan las peluquerías, no me gusta el olor amoniacal de las tintas, ni los ambientes hiperiluminados, no me gustan las mujeres que las habitan. Me desagradan incluso las que tienen sillones anchos y confortables, y acá no los hay. Si no fuera por el detestable aspecto que adquiere mi cabello después de un mes de crecimiento y con tiempo húmedo, jamás pisaría estos lugares a los que entro como el reo a la mazmorra donde será torturado. Pero hoy es un día especial, quiero estar arreglada, quiero estar bien conmigo misma. Entro.

—Hola, me llamo Lily. ¿Tenés hora reservada?

—No. ¿Hay que tenerla? Vengo sin hora y muy apurada, Lily.

—Hay que reservar turno por teléfono o desde la página web.

¿Tienen página web y no tienen un sillón ancho?

—¿Entonces? ¿No me pueden atender? ¿Voy a mi casa, busco «turno» en la web de esta peluquería y le doy clic con la tecla del *mouse*?

—Dejame ver…, creo que tengo un lugarcito.

Por supuesto que tenés un lugarcito, *baby*, con estos precios no creo que hoy congreguen multitudes que hayan reservado desde la página. La miro mientras ella clava la vista en el monitor. Tiene cara de estar preocupada por el agujero de ozono o por las emisiones de gases o por la caza de la ballena franca; tiene cara de ser vegetariana y usar ropa reciclable, pero también es probable que nada de eso la preocupe y que este mismo mediodía se haya almorzado una foca bebé o se haya hecho un aborto.

—Tenemos una hora libre, justo ahora.

—Qué suerte tengo, Lily, no lo puedo creer.

—Esta es Cindy, va a lavarte la cabeza.

Cindy es joven y sus grandes ojos saltones le dan un aire bovino. En poco tiempo su inocencia se apagará hasta convertirse en estupidez. Tendrá hijos, celulitis y diabetes grado 2 antes de los cincuenta.

—Hola, acercate por acá, sentate que ya te pongo la toalla y empiezo a lavarte. ¿Cómo te llamás?

—Hola, Cindy, me llamo Úrsula. Usted puede decirme señora López.

Me lleva hasta el sector de las palanganas donde un par de mujeres inclinan sus cabezas hacia atrás en ángulos imposibles, reciben duchas tibias, champú y una sesión de frotamiento de cráneo. Miro el sillón y vacilo, espero que Cindy tarde lo suficiente en su viaje de ida a alguna parte a colgar mi saco, que me dé tiempo a introducir mi trasero en estas sillas. Me siento en la butaca y milagrosamente entro, sin esfuerzo y sin presión. Hoy es un gran día.

Las mujeres de al lado conversan en voz muy alta, como si estuvieran solas y los demás formásemos parte del mobiliario. Me molestan las voces agudas, las risitas, no puedo evitar revolverme inquieta aunque el asiento no haya resultado tan estrecho.

Alcohol, amoníaco, champú, fijador. Comienzo a marearme.

Quiero irme.

La chica tarda tanto que sospecho que se fue, que renunció, y yo acá, abandonada y con el pelo cada vez más espantoso a medida que pasan los minutos.

—¿Alguien me puede atender? —grito.

La chica de la recepción, a más de diez metros de distancia, me

escucha e intenta resolver mi problema mirando fijo la pantalla. Tal vez la esté llamando por WhatsApp, pienso.

Por fin aparece Cindy con aire satisfecho como de haberse comido un sánguche o de haber tenido sexo con el tipo que ahora lava los vidrios.

La ducha tibia sobre el cuero cabelludo se lleva todas mis preocupaciones, me seda, me pasea por las nubes, luego viene el champú que me aplica con masajes suaves y circulares, entorno los ojos y disfruto. Otra catarata de agua tibia se lleva la suciedad y el jabón, me siento liviana y feliz, cierro los ojos y me elevo al cielo, creo que duermo por espacio de unos segundos.

—¿Te vas a cortar?

No tiene derecho a distraerme de mi viaje astral, no lo tiene.

Suspiro muy fuerte y le respondo.

—Sí, Cindy.

Otro masaje con champú y ya estoy lista para el éxtasis, el agua se desliza por mi cráneo con un gorgoteo y la mano de Cindy ayuda con suaves movimientos de caricia sobre mi pelo, desde la frente a la base del cráneo.

—¿Te vas a hacer la tinta?

Antes de repetir «Sí, Cindy» otra vez, prefiero fingir sordera.

—¿Te vas a hacer la tinta? —repite, esta vez en voz muy alta, y se inclina sobre mi oreja derecha.

—Sí, Cindy. Sí, Cindy. Sí, Cindy —repito y repito, grito, tres, diez veces, hasta que me atraganto con tantas íes.

Cindy me mira y se incorpora, se le humedecen los ojos, mira alternativamente hacia la caja y hacia la puerta que comunica con el privado, respira entrecortado y yo la escucho sorberse los mocos, ahora en silencio. Abro la boca, hablo despacio, muevo los labios, los estiro.

—Vamos, Cindy, láveme el pelo, no tengo todo el día para perder.

Después de esto saldré de la peluquería irritada, rabiosa, y con más apetito de lo normal.

Maldita Cindy del carajo, te deberé a ti los últimos dos kilos de grasa que acarree en este mes.

32

Llego al bar unos minutos pasada la hora pero con el pelo arreglado. Voy tan apurada, distraída mirando dentro de mí, que no veo al tipo allí parado contra la pared del Tasende, la cabeza gacha, la espalda un poco doblada. A medida que me acerco veo adónde mira, un charquito entre sus pies, las piernas abiertas, la baba que cuelga de su boca. Me apuro, lo tomo del brazo, del codo como a los ciegos.

—¿Se siente bien?

Tarda en responder, y cuando lo hace su voz suena como si acabara de tragarse una babosa viva.

—Sí. Gracias. Estoy muy bien. Mejor imposible.

El olor ácido me golpea en la cara, me hace retroceder. Me repongo como puedo, saco de mi cartera un paquete de pañuelos de papel y se lo tiendo; toma uno y limpia las comisuras de sus labios, la barbilla, se yergue y respira, con otro repasa la solapa del saco. Levanta la cabeza pero los ojos me esquivan, flotan lejos.

—¿De veras se siente muy bien?

Tarda en responder, la voz sigue saliendo como atorada por algo grande y vivo.

—Disculpe, las situaciones vergonzosas me ponen sarcástico.

—No, no creo que sea sarcasmo, es solo ironía.

—¿Cuál sería la diferencia?

—Me parece que usted es más sutil que sarcástico. Venga, vamos a entrar y se toma una
Coca-Cola
fría. Es lo mejor para las náuseas.

Lo tomo del brazo y no opone resistencia, lo dejo entrar delante como a un minusválido, lo sigo y elijo la mesa, la silla, él se sienta donde le indico, me ubico enfrente. Se lo ve pálido y ojeroso, más viejo y cansado que la vez pasada, me recuerda a los animadores de la teletón al final de su jornada de veinticuatro horas. Pido su
Coca-Cola.
Tráigala urgente, le digo al mozo. En un minuto la tiene delante, le

sirvo un vaso lleno.

—Respire hondo y beba a sorbitos.

Respira y sorbe, respira y sorbe. Me mira.

—¿Se siente mejor?

—Ahora sí, de veras. Sin sarcasmo ni ironía.

Su traje, el mismo traje, parece todavía más grande que la vez anterior.

—¿Quiere que empecemos a tratar nuestro tema?

—Sí. —Hace un alto, toma aliento, los ojos pegados al vaso—. ¿Ya tiene la plata?

—La tengo, pero antes de tratar el tema del dinero quiero poner algunas condiciones.

Levanta la vista del vaso, me mira por primera vez. Veo abanicos de pequeñas arrugas en torno a los ojos, venitas rojas y azules, la piel flota floja. No es un viejo pero está en la edad en que la vejez nos toma desprevenidos y por la espalda, no salta sobre nosotros, no, va percudiéndonos de a poco con su aliento, va manchándonos con su color marrón, un día nos miramos al espejo y el deterioro está allí, y descubrimos que llegó para quedarse.

—Algunas condiciones respecto a Santiago.

—¿Respecto a su liberación?

Pongo las palmas abiertas sobre la mesa, los dedos bien separados, inmóviles.

—No quiero que libere a ese canalla.

Los ojos del hombre que está sentado frente a mí dejan de ser unas líneas, crecen, se redondean. Me mira sin pestañear, no mueve un solo músculo del rostro.

—Le estoy pidiendo que lo haga desaparecer.

Aun sin mirar el reloj puedo calcular que el silencio se mantiene algunos minutos, el tiempo se arrastra entre ambos mientras competimos en este juego de las estatuas. El que se mueve primero, pierde. Diez segundos, quince, treinta. Solo el ruido de la calle, el ajetreo de los platos sobre la bandeja de metal. Cuarenta segundos. Una puerta se golpea, unas voces entran al local. Cincuenta, sesenta segundos.

El mozo se acerca.

—¿Se van a servir algo más?

Ninguno de los dos contesta; el hombre espera un momento,

parece que va a repetir lo dicho pero se va, tal vez piense que somos sordos o tontos, o que es inútil repetir la pregunta.

—¿Desaparecer es un sinónimo de morir?

Guardo silencio, no sé qué responder, rebusco en mi memoria pero olvidé la respuesta de Úrsula cuando se lo pregunté. ¿Se lo pregunté? Llamo al mozo, lo veo llegar, claudico.

—Un sánguche caliente, por favor.

Asiente y mira a mi compañero de silencios.

—¿El señor va a comer algo?

—No. Gracias.

Lo miro alejarse hacia el mostrador y hacer el pedido, comienzo a sentir esa inquietud que no se aplaca con un sánguche, ese desasosiego que hace que todo lo demás —la cuenta de banco en rojo, las traducciones sin hacer y hasta los kilos que se amontonan — se desvanezca hasta quedar diluido frente a una torta de chocolate rellena de *mousse* de dulce de leche y salpicada de nueces.

—Mozo —casi grito.

Vuelve a paso cansino, el gesto torcido que seguramente reserva a los impertinentes.

—Ya le traigo el sánguche, señora.

—Agregue una torta de chocolate rellena de *mousse* de dulce de leche. Y una porción de tarta de manzana. Y un cortado largo bien cargado.

La mirada, siempre la mirada, el *delay* entre mi pedido y la respuesta.

—¿Todo junto?

—Como se lo pedí.

—Enseguida se lo traigo. ¿Y el señor, nada?

—Una medialuna chica, solo por acompañarla.

Dos minutos después tengo todo frente a mí; elijo empezar por el sánguche para simular un almuerzo tardío, dejo la torta y la tarta a un costado y para el final. Intento la indiferencia, finjo alimentarme y no tragar. Un bocado, mastico lento el jamón y el queso, dejo el pedazo de pan en el plato, mastico, hago como que lo dejé olvidado, lo vuelvo a tomar con lentitud, pequeño mordisco. Siento revolverse mis jugos gástricos, manan en torrente, se golpean, se agolpan, se desencadena una lucha interna que me paraliza. Debo

sobreponerme a este organismo tirano, ser más fuerte que él. Otro bocado, el cuadrado se achica, lo dejo de lado. Miro la torta de chocolate, tomo el tenedor y corto un pequeño bocado, me esfuerzo para que la saliva no chorree por el mentón. Las cremas me inundan la boca, se adhieren a la lengua, el chocolate busca las papilas gustativas, se disuelve en saliva, baja por la garganta y el placer explota en el cerebro, por un instante me deja sin aliento. Corto más torta, más grande, más rápido, otro bocado, con más crema, con más chocolate que vuelve a invadir la boca, y otro bocado. Acerco más el plato ya casi vacío, rasco con el tenedor el dulce adherido, lambeteo el cubierto hasta dejarlo brillante, una humedad rebalsa la boca y ataco el último trozo, lo paladeo, lo disfruto, lo paseo entre el paladar y la lengua y las encías, demoro antes de tragarlo, y finalmente hago a un lado el plato. Empiezo la tarta, mastico, deshago la manzana, la licúo, baja, y otro bocado.

Dejo el tenedor, bebo un trago. Levanto la vista.

¿Desde cuándo tiene los ojos clavados en mí? Me limpio la boca con una servilleta de papel, la doblo en dos, después en cuatro, me vuelvo a limpiar. Bebo otro trago.

33

—No había almorzado —miento y miento.

—Sí, la veo comer con ganas.

—¿Volvemos a nuestro tema?

Palidece. Aprieta la mandíbula. Una aureola brillosa comienza a solidificarse en la solapa de su saco.

—Tiene que hacer desaparecer a Santiago, hay un millón y medio para usted si lo hace.

—¿Un millón y medio?

—En efectivo y en billetes no consecutivos.

—¿Qué le hizo Santiago? ¿Esto es necesario, Úrsula?

—Es una basura, se iba de viaje con una amante. Lo descubrí hace poco, por eso lo abandoné.

—¿Tiene una amante?

—Sí, una amante.

—Claro, por eso llevaba tanto dinero.

—¿Llevaba mucho dinero? ¿Adónde?

—Sí, medio millón. A Bolivia.

Pienso: ¿medio millón en efectivo?

—Entonces usted tiene medio millón de mi marido.

—No, no lo tengo. Quedó en un maletín, en su auto, y mi amigo, mi socio, se lo llevó.

—¿Qué socio? ¿Tiene un socio?, ¿hay otra persona involucrada en esto?

—Ya no. Era Sergio, mi socio y amigo, o mejor dicho, mi exsocio y examigo, el que organizó todo, me dejó con el secuestrado y él se fue con el botín.

—Se quedó sin plata y sin socio. Y con mi marido.

—Creo que sí. Y sin amigo.

—No importa, haga desaparecer a Santiago. Ahora hay un millón y medio para usted solo si acepta este trabajo.

Toma una punta de la medialuna, la mira, la mordisquea y la vuelve a dejar en el plato. Tiene los ojos hundidos como una fruta que se empieza a pudrir, tiene la mirada atenta y una mueca

apretada en la boca. Tarda mucho en responder.

—Vamos, ya no tiene nada que perder. Y no le va a ser fácil salir solo de este asunto.

—Es cierto, pero yo…

—¿Siente temor porque no me conoce?

—No sé quién es usted, apenas que es una esposa engañada. No sé si puedo confiar, no la conozco.

—A su amigo lo conocía, y mire cómo le fue. Deme la oportunidad de demostrarle que puedo ser su mejor aliada.

—No sé…

—¿Tiene otras opciones? Piénselo, ¿qué otro camino le queda? O acepta mi ayuda o sigue enterrándose solo.

Vuelve a tomar la medialuna entre los dedos, le da vueltas, pierde su mirada en el bizcocho.

—Trato hecho —dice, con un hilo de voz.

—¿Cómo se llama usted? Invente un nombre si no quiere decirme el verdadero.

—Germán. Es mi nombre verdadero.

—Germán, hace muy bien en darme su verdadero nombre porque, escúcheme bien, ahora usted y yo somos socios. ¿Qué le parece?

—Bien.

—¿Dónde tiene a mi marido?

—No, no se lo puedo decir.

—¿Cómo que no? ¿No éramos socios? Ahora no se eche atrás.

Germán baja la cabeza y se la toma entre las dos manos, después la levanta y mira alrededor buscando respuestas que las paredes no le darán. Me da pena verlo tan confundido.

—No puedo, no puedo decírselo. Y es que yo a usted no la conozco, podría salir y llamar a la Policía en cuanto tuviera el dato. Digamos que lo tengo en una casa en las afueras de Montevideo. En un sitio seguro.

—Está bien, está bien, Germán, por ahora no me lo diga. Hay buenas razones para ser precavido. Otra pregunta importante, ¿tiene un arma de fuego?

Lo observo, se le corta la respiración, se mira las manos, su cabeza se ha ido hundiendo y ahora parece una muñeca rusa. Una tormenta recorre su mente, pasea la mirada por la pizzería e irradia

ese deseo nervioso de estar en otra parte.

—Tengo un revólver que me dio mi exsocio.

—¿Calibre?

—Grande, un .38.

—Eso sirve para matar elefantes, Germán.

—¿Le parece?

—Sí. ¿Dónde lo tiene?

Levanta la vista pero no me mira, sus ojos se dirigen hacia algún punto detrás de mí.

—¿Dónde, Germán?

—En la casa donde tengo a su marido. No pensaba usarlo, me lo dio mi socio y lo llevé por si había problemas. En realidad ni sé disparar.

—¿En qué lugar lo guarda?

—Al lado de la cama hay una mesa de luz vieja con un cajón. Está ahí. ¿Por qué quiere saberlo?

—¿Tiene a Santiago atado?

—Sí.

—¿Encapuchado?

—No. Sí. Bueno, le vendé los ojos.

—Escuche, tiene que liquidarlo y traerme una prueba. Córtele un dedo y tráigalo.

Silencio.

—Una esposa sabe reconocer el dedo de su marido.

Germán se levanta precipitadamente, la silla cae. Supongo que va al baño. Lo veo apresurarse, su cara, me pareció verla, se tiñó de gris en un segundo. Escucho el golpeteo de la puerta y unos sonidos a garganta tapada.

Afuera oscurece y la noche sofoca como un túnel. Todo te sofoca, dice Papá, los kilos te sofocan. Dejame en paz, viejo de mierda, tus palabras no me llegan porque una sobredosis de Somnium te llevó a la tumba de donde nunca vas a salir. Me quedo pensando. Mirá, me diste una idea, Papá, creo que ya sé lo que tengo que hacer con Germán: Somnium de efecto retardado.

Busco en la cartera, por acá lo tengo. Cápsulas. Las cuento, tres, cuatro, con estas alcanzará.

Creo que con esta dosis no habrá riesgo de que se me vaya la mano, como mucho puede llegar a dormir todo un día. Ahora es

solo abrirlas, así, así, y tirar el contenido en el vaso de
Coca-Cola,
así. Vamos, Úrsula, vamos, apurate que ya va a regresar, así, así, y después se revuelve bien con el dedo, así, así, que no te vea el mozo, y ahora está listo para beber.

Mi socio vuelve algunos minutos después, otra vez con ese olor ácido del vómito.

—Tiene mal semblante, Germán, tome
Coca-Cola,
que ya vio que le hace bien.

Mantiene las pupilas fijas en la nada. Obedece, bebe. Miro su expresión, podría notar un gusto amargo pero lo atribuiría a su propia bilis. Bebe la mitad y deja el vaso.

—Tome un poco más, se va a sentir mejor.

De a pequeños sorbos termina la
Coca-Cola.
Veo unos pequeños puntos blancos que quedan en el fondo del vaso. Me apuro a llenárselo de nuevo.

—Beba, beba, le hace bien.

Él hace todo lo que le digo.

—Entonces quedamos así, ya sabe lo que tiene que hacer. No demore.

—No voy a demorar —dice en un susurro, y se cierra el cuello como si hiciera frío.

De la calle viene un sonido de bocinas y embotellamiento, viene el ruido del final de la jornada, de la hora pico, vienen voces de gente apurada. Me encuentro de frente con los ojos hundidos, las ojeras negras, con la cara cansada de Germán.

—¿Tiene una relación con otro hombre, Úrsula? ¿Por eso se separó de su marido?

Me quedo pensando a qué se refiere, ¿de qué marido me habla?, yo soy soltera. Justo cuando estoy por preguntárselo recuerdo quién soy, recuerdo que soy la otra, la otra Úrsula.

—No, no tengo ninguna relación.

—Disculpe, creo que estoy siendo indiscreto.

—No hay problema. Le decía que no, que no tengo otra relación. Ninguna. Me bastan mis ocupaciones. Trabajo, además hago… algo así como un curso.

—¿Estudia?

—No exactamente. Son terapias colectivas, de superación, de supervivencia.

No dice nada. Me mira. Yo miro el vaso, busco las partículas blancas, se han ido disolviendo en el resto de líquido, ya no hay ni rastros del Somnium que en un rato comenzará a hacer efecto. Tengo que apurar la reunión o se dormirá en el camino.

—Sí, autoayuda, optimismo. Ya sabe.

—Sí, seguro.

—No, no entiende nada porque lo que digo es confuso.

—No, no se preocupe.

—Sí, y es que no le estoy diciendo la verdad. O no le estoy diciendo toda la verdad completa.

—¿Qué verdad?

—Me avergüenza decir que voy a las reuniones de Gordos Anónimos. Una los lunes y otra los jueves.

—¿Era eso? Yo también iba a Gordos Anónimos antes de volverme a Uruguay.

—¿Usted? No me haga reír.

—Yo era obeso hasta hace tres años.

—¿Era obeso, usted? No le creo.

Miro el saco que le flota en torno al cuerpo, la camisa le hace pliegues en el cuello.

—¿Y de dónde volvió?

—De España, hace poco más de un mes. Viví en Barcelona más de veinte años.

—¿Cómo hizo para quedar tan delgado?

—La verdad es que mi mujer me abandonó, sufrí una depresión muy prolongada que se manifestó en ataques de pánico y, sobre todo, en ansiedad oral. En vez de darme a la bebida, como tantos, me di con ferocidad a la comida.

Mi urgencia por apurar los acontecimientos se desvanece en el aire a causa del interés que me genera el tema. Quedo colgada de sus últimas palabras, *me di con ferocidad a la comida*.

—Desayunaba más de un kilo de pan con fiambres y quesos, casi dos litros de bebidas cola, dulces, chocolates. Mi almuerzo era más frugal porque estaba en el trabajo y solo tenía media hora. Por las tardes la desesperación me obligaba a llenarme los bolsillos de

alimentos que pudiera tragar a escondidas en un corredor, hasta en el baño, cosas que pudiera sacar del bolsillo, morder, masticar y volver a guardar. Llegué a tener bolsitas con rodajas de longaniza, aceitunas, galletas, nada me saciaba, mordisqueaba en las sombras y cuando nadie me veía. Después me vengaba de esa clandestinidad autoimpuesta a la hora de la cena: comía un pollo entero, un lomo de cerdo, diez milanesas. Así logré olvidar a Dolores, aunque me costó la salud, claro. Después vino el colesterol, la presión subió a las nubes, el ácido úrico no me dejaba caminar, llegué a estar en peligro de padecer diabetes; fue entonces cuando los médicos me dieron el ultimátum. Me hicieron una cirugía bariátrica, me redujeron el estómago a un pequeño receptáculo, y así dejé de comer. ¿Sabe cuánto pesaba? Más de ciento cuarenta kilos.

—¿Y adelgazó tanto, así de fácil?

—Sí, esa cirugía me salvó, ya no me cabe el alimento, como y me sacio con media galletita, un tercio de huevo duro. Los ramalazos de la depresión hicieron que me medicaran, y los antidepresivos también me quitaron el apetito. Fue un proceso largo, difícil, me sentí morir, e incluso estuve internado un par de veces en una clínica psiquiátrica.

—Ahora se le ve bien.

—Sí, pero fueron tres años de posoperatorio, terapia, medicamentos, antidepresivos. Desde hace unos meses estoy mejor.

—¿Se curó del mal de amores, también?

—Le cuento algo para que se haga una idea del monstruo que llegué a ser y que tal vez responda su pregunta. Antes de operarme me crucé con mi exesposa en una calle cerca del puerto, cerca de donde habíamos vivido; nos detuvimos, nos saludamos, charlamos unos minutos; ella me hablaba y yo solo pensaba en un paté de ganso que tenía en el maletín, ¿lo comería con tostadas al orégano o con pan de centeno? Creo que me fui sin saludarla cuando vi llegar el ómnibus que me llevaría a mi casa, a mi paté de ganso.

—¿Y ella, su esposa, ya no lo amaba?

—No, ella no quería saber nada de mí. Me dejó por otro.

—Es evidente que esa mujer no era para usted.

—Tal vez nunca lo fue. Un amigo me acusa de decir siempre la palabra justa en el momento indicado a la mujer equivocada.

Me sobresalto, ¿dijo la mujer equivocada? ¿De quién habla, de

mí?

—Nos tenemos que ir, Germán. Le confieso que me da un poco de miedo embarcarme en esta aventura. —Lo digo y no sé bien por qué, tal vez por solidaridad con su mirada perdida.

—¿Tiene miedo? Yo también, y mucho. No sé cuál es su miedo, pero al menos sepa que no debe temer por mí. Usted es muy amable conmigo, me da ánimo, fuerza. Me hace sentir bien. Además, ahora somos socios, y ¿sabe?, yo nunca la delataría.

—¿Lo jura?

—Lo juro.

—Gracias, me siento mejor. Yo tampoco lo voy a traicionar. Ahora vámonos, mañana me llama y nos encontramos, como hoy.

Pobre tipo, no es necesario que confiese nada, puedo oler el miedo en su camisa empercudida. Me dan ganas de acariciarle el cabello, de servirle más
Coca-Cola.

Nos despedimos. Compro un yogur descremado para el camino y salgo del bar; por el vidrio lo veo que queda pagando la cuenta. Necesitaría ir al baño pero no tengo tiempo que perder, Germán no va a tardar en salir. Pobre Germán, es un débil. No, pobre no, los débiles te arrastran en la pendiente de su debilidad, como vos, Papá, que siempre fuiste un trapo en manos de Irene. Nada de pena por los débiles, me dan rabia el sudor y los temblores de Germán.

Mejor me apuro, todavía tengo que pasar por la farmacia de enfrente a comprar una caja de guantes de látex.

34

En una noche oscura y de lluvia, por un camino secundario y desierto, un auto sigue a una camioneta.

El perseguidor lleva los focos apagados para no ser visto ni por el conductor del vehículo que le precede ni por los vecinos que pudieran asomar la nariz en este clima desapacible, pero tal vez sea una precaución innecesaria porque la visibilidad es escasa y porque, seguramente, el perseguido va con sus pensamientos fijos en las preocupaciones que ocupan su mente.

Y vos, Úrsula, al volante del auto que va en lo oscuro, del auto que sigue al otro.

Vas concentrada en el camino, todos tus sentidos puestos en no perder de vista al coche, a tu objetivo, y en no llevarte por delante ningún árbol, luchando con esas ganas feroces de engullir una barra de cereales que tenés en la cartera, justo en el mismo bolsillo donde está el chocolate que compraste en el kiosco de la esquina de tu casa, allí donde venden los alfajores de las sierras de Minas. Pero sabés que no podés comer nada, no podés distraerte, Úrsula, o terminarás en una zanja llena de agua o estrellada contra el tronco de un paraíso.

Vos, Úrsula, con tus ganas de orinar contenidas y las piernas apretadas, vas sintiendo crecer una rabia que se remueve y crece en algún lugar de tu cabeza. Por culpa de la niebla apenas ves las luces de las casas, cada vez más dispersas, te cuesta distinguir los bordes del asfalto. No te distraigas ni un instante, no trates de saber el color del techo de esa vivienda que adivinás más que ves, ni te quedes pensando si ese ladrido es de un ovejero o de un labrador. Atenta al camino, Úrsula, y atenta a tu rabia.

Allá adelante, él, Germán. Aunque no lo veas, porque no ves ni la sombra de su coche, apenas te guiás por el sonido del motor, sabés que conduce ensimismado, que aferra el volante con las dos manos, lo ves esquivar los baches, uno, dos, y caer en el tercer pozo, imaginás que piensa que este camino es imposible, la puta madre, voy a quebrar un eje, no debería haber vuelto tan tarde y

con este sueño, piensa, y vos sabés que sigue porque tiene que seguir, porque tiene que llegar, y también sabés que tarde o temprano su voluntad va a caer. Qué rabia te da pensar eso, Úrsula, que finalmente vas a tener que hacerte cargo de todo. Cuidado, un pozo grande te sacude el auto con violencia, no vayas a mearte ahora, juntá un poco más las piernas, apretá los músculos, concentrate, nada de pensar en el pájaro nocturno que escuchaste hace un rato, en aquella bicicleta que dejaste atrás hace diez minutos cuando todavía se veía gente, porque ahora no se ve a nadie desde que pasaste a aquel vagabundo bajo una columna de luz, que abrió los ojos indiferente bajo la lluvia. Vos, Úrsula, no pienses, respirá hondo y apretá las piernas. No hay un alma en el camino, plantaciones y casas salpicadas, una senda embarrada. La camioneta va delante y un auto sin luces la sigue doscientos metros más atrás. La ciudad se fue espaciando hasta quedar solamente el campo, algún chalecito de ladrillo bajo el rabioso aguacero que castiga al mundo.

Y vos, Úrsula, pensás en Germán y sentís que vas perdiendo la calma, va creciendo esa cosa grande y densa, y te estremece un temblor, primero las manos, luego el cuerpo. Vos, Úrsula, imaginás sin pena sin lástima sin piedad alguna el infortunio de ese hombre que conduce el coche, que se suena la nariz e intenta no caer en los baches, no desviarse del sendero maltratado, es el hombre que esta tarde ya empezaba a oler a rancio a sudor a miedo, a ropa muy usada y a sueño faltante, imaginás sin compasión que maneja con el pañuelo en una mano, atormentado por un remordimiento o por el temor o por una sombra.

Pensás: eso que él tiene se llama así, miedo. Úrsula, vos lo conocés, reconocés el miedo. Recorre el cuerpo, moja la ropa, hiede, es una sensación de víbora que se retuerce en el estómago.

Ves doblar las luces de la camioneta, se mete en una entrada a la derecha del camino, de lejos adivinás los cipreses que nunca viste y detenés el auto, apagás el motor, abrís la puerta y te lanzás a la noche bajo la llovizna que ahora es mansa. Sin esperar más te bajás la ropa, te acuclillás y sentís el alivio de la micción, orinás con furia sobre la tierra, cae el líquido caliente y levanta una nube de humo con olor amoniacal, suspirás de placer, sonreís y mirás en dirección a la casita apenas iluminada entre los cipreses mientras el chorro

sigue cayendo prepotente sobre el barro.

Después volvés al auto, cerrás la puerta.

Esa mano gruesa que se apodera de una barra de chocolate es la tuya, Úrsula, sacás el papel exterior, lo estrujás y lo tirás en una bolsita de residuos, mordés suavemente y el sabor dulce te invade, te llena la boca, te baja por la garganta. Otro bocado, y otro, masticás, saboreás. Es hora de detenerte pero no dejás de morder y masticar. ¿Acaso necesitás más chocolate? Claro que sí, Úrsula, un poco más no te hará nada. Arrancás el papel que queda, una dentellada se lleva el último trozo que engullís y el jugo marrón empieza a caer por la comisura de tus labios, baja por el cuello y pegotea la blusa. Tus dedos tiemblan, Úrsula, buscan dentro de la bolsa y salen con una barra de cereales que pelás con furia, arrancás el papel con los dedos y con los dientes, la introducís en tu boca y mordés, mordés hasta que todo está dentro. Tragás, y cuando ya no queda nada te chupás los dedos, te relamés los labios, permanecés un instante así, en trance, hasta que volvés a la realidad, te limpiás las manchas de la blusa con un pañuelo, te acomodás el pelo, mirás que todo esté en su sitio.

Ves un montecito, una arboleda al costado en un camino lateral, apenas una sombra en la noche. Encendés el motor y conducís con cuidado hasta dejar el coche debajo del matorral de espinillos.

Y entonces, vos, Úrsula, salís a la lluvia.

35

—¿Hola? ¿Es usted? Por fin aparece. No sabe lo que es estar horas y horas atado y sin poder ver nada. La mente trabaja todo el tiempo. Pensé que usted me había dejado abandonado, que iba a morir de hambre sin remedio en este lugar. Respóndame, respóndame, por favor.

—Yo no haría eso con usted.

—Sí, eso dice ahora. ¿Y si esta tarde tenía un accidente? ¿Y si lo atropellaba un auto? ¿Y si sufría un infarto? ¿Qué iba a ser de mí acá, atado? Imagínese qué destino, el mío, lo pensé todo este tiempo mientras usted no estaba.

—Estoy cansado y tengo mucho sueño. Pero acá me ve, no he tenido accidentes ni infartos, llego vivo.

—No ironice, yo no puedo verlo. Y si supiera las horas que pasé. Qué angustia, qué nervios. Atado, con los ojos tapados, sin escuchar un solo ruido más que el de los pájaros y algún vehículo a lo lejos. Además, necesito desesperadamente ir al baño.

—En un momento lo llevo. Disculpe, no quiero causarle más molestias. ¿Tiene hambre?

—Tengo los músculos agarrotados, me duelen las piernas y los brazos. Fíjese, debo de tener unas marcas horribles de las cuerdas. ¿Por qué no me suelta? Aunque sea un rato.

—Ahora se las aflojo. Lo lamento, de veras.

—Usted siempre lo lamenta. ¿Apareció su compañero?

—No.

—¿Lo llamó, como le dije?

—Sí.

—¿Y?

—…

—Responda, hombre.

—El teléfono está apagado o él no lo contesta. No lo sé.

—Yo acerté, entonces. Se fue con mi plata, se tomó un avión y ahora está quién sabe dónde tomando champán y brindando por usted y por mí.

—Creo que tiene razón. Mi amigo, o examigo, se fue con ese dinero que había en su auto.

—Evidentemente, es alguien que sabía que yo llevaría la plata en efectivo.

—O la encontró cuando revisó el maletín.

—Eso es difícil que lo sepamos, al menos por ahora. Pero si es como yo digo, tengo que pensar en alguien de mi entorno cercano.

—…

—¿Qué hace?

—Lo que me pidió, le aflojo las cuerdas por un rato. Mueva las piernas. Y lo llevo al baño.

—Lo jodieron lindo, el otro se llevó el botín y a usted lo dejó con la evidencia del delito: o sea, conmigo.

—…

—Y ahora resulta que está más solo que el uno. ¿No es cierto? ¡Hable!

—No. Bueno, no tan así. Ahora tengo otro socio. Levántese despacio, así lo llevo al baño. Mucho cuidado, no trate de soltarse. Vamos, puede orinar.

—Aaaaah.

—¿Terminó?

—Sí.

—Volvamos, entonces.

—Ya veo. Salió a vender la piel del oso. Por eso me dejó aquí, encerrado, amordazado y atado tantas horas. Expuesto a morir de hambre, abandonado a mi suerte en un lugar lejos del mundo.

—Ya le dije que lo siento.

—Sí, sí, usted siempre lo siente. Es el secuestrador más amable que me ha podido tocar.

—¿Quiere una empanada? Hay para los dos, son de carne picante.

—No me gustan los picantes, además no tengo hambre.

—No comió nada desde la mañana temprano.

—No estoy en situación de disfrutar del menú que me ofrece.

—¿No me decía que estaba expuesto a morir de hambre?

—…

—Lo entiendo, yo tampoco tengo hambre.

—¿Cuándo terminaremos con esto? Si su socio se llevó el

maletín, me imagino que usted se debe de haber encontrado con Úrsula para pedirle más dinero.

—Algo así. No tiene sentido ocultárselo, estoy en tratativas con ella.

—Le advierto que Úrsula no va a pagar un solo peso por mí. Se lo aseguro como que me llamo Santiago Losada.

—¿Por qué dice eso? Yo creo que sí va a pagar.

—Me odia, tiene un amante, otra relación.

—¿Que ella tiene una relación, dice? ¿Un amante? No me parece.

—¿Y usted qué sabe? Claro, se fue con él, no quiere saber nada de mí.

—No tiene otra relación.

—Sí que la tiene. ¿La conoce bien, acaso? No sabe qué tipo de mujer es ella.

—Dejemos ese tema, por ahora. Santiago, hay algo que quiero decirle.

—Diga.

—Voy a soltarlo pronto, pero va a tener que pensar en su salida del país.

—¿A qué se refiere?

—De todas formas, usted pensaba irse de viaje, iba para el aeropuerto.

—Sí, tenía que hacer un viaje a Bolivia. De negocios.

—Ahora va a tener que prolongar su estadía en La Paz, o en dondequiera que sea.

—¿Me pide que prolongue mi estadía? No entiendo, ¿por qué?, ¿por cuánto tiempo?

—¿Para siempre es mucho pedir? Digamos unos años.

—…

—¿Me oye, Santiago? Tiene que salir del país y no volver, al menos por un tiempo.

—Usted está loco. ¿Y cómo piensa obligarme a que no vuelva?

—No lo sé, no lo sé, todavía debo pensar algunos puntos, y ahora tengo mucho sueño.

—¿Otra vez me ata? Pero si acababa de desatarme. No, por favor, déjeme un rato suelto, mire, mire cómo tengo las muñecas y los tobillos, en carne viva.

—Lo lamento, me voy a la cama, me estoy durmiendo parado y no puedo dejarlo suelto.

—Solo un rato.

—Que tenga buenas noches.

—Espere. Al menos deje las cuerdas más flojas. Me está torturando el dolor. Así, afloje un poco más, hombre, ¿qué le cuesta? Ah, gracias.

36

Neblina y frío. Humedad que entra al auto aun con la puerta cerrada. Noche de perros.

Salgo, pongo un pie afuera con la electrizante sensación de estar sellando un pacto inconfesable y sin vuelta atrás con otra vida. Mi vida futura. Cierro con cuidado de no hacer ruido aunque sé que es inútil, que nadie saldrá de la casa a esta hora y con este tiempo, nadie se acercará a este sitio remoto. Un paso y otro en el barro, un desagradable chapoteo, qué no daría por un baño caliente, sacarme los zapatos ya mojados, cambiarme la ropa sudada que empieza a empaparse, dormir unas horas en una cama limpia. Maldito barro que se adhiere a las suelas, maldita agua que cae sobre la ropa.

Camino entre pinos y plátanos, la noche tiene sombras, tiene brillos, el sonido de lluvia es como un murmullo maligno, como el aliento húmedo de un monstruo. La neblina hace surgir fantasmas a los costados de cada árbol.

Avanzo por el camino, me guío por la luz de la casa, todavía lejana.

La entrada no es de cipreses como había imaginado, son robles, al menos eso creo porque la oscuridad no me permite un análisis botánico de la flora. Doblo a la derecha y tomo por el borde de un sendero descuidado y recién marcado huellas de neumáticos en el fango; más allá, escondida detrás de unos arbustos, veo la camioneta de Germán junto a una casita de techo de chapa, una vivienda pequeña y pobre, poco más que un rancho. Una luz, dos luces encendidas, cuento y sonrío. Camino, me acerco.

Ya no me incomoda la lluvia, que me resbala por el rostro sin perturbarme, y el barro del camino no me impide avanzar. La tormenta amaina y yo sigo andando, liviana y ágil, dispuesta a enfrentar lo que sea, me acerco a la casa sin prisa ni ruido, entro por el jardincito descuidado y lleno de yuyos crecidos. En ese momento se apaga una de las dos luces.

Él está adentro, lo sé, no es difícil imaginarlo, componer la imagen de su cara cansada, de su ropa arrugada. Lo imagino

sentado en una mesa, come un sánguche e intenta leer el diario o tal vez escucha la radio, espera paciente a que termine de vencerlo el sopor, a que llegue lo más urgente e impostergable del sueño y lo libere por unas horas del miedo. Dormite, Germán, dormite que acá llega Úrsula a hacerse cargo de todo. Me siento feliz, tranquila, optimista, siento alas en mis pies que caminan sobre el barro pegajoso, que pisan hojas podridas, flores marchitas, la basura acumulada de años.

Doy la vuelta a la casa, tardo apenas un momento. No hay luna que ilumine en el cielo ni otra luz en la tierra que la que sale de la ventana. Me deslizo con cautela, avanzo con ilusión, casi con alegría: mi cuerpo me pide entrar y yo le pido paciencia, paciencia.

Me acerco un poco, solo un poco, el ventanuco tiene una capa de polvo antiguo y apenas se ve nada; desde la sombra trato de distinguir las formas a través de la mugre acumulada en los vidrios, adentro hay una luz funeraria que pende de un cable; espero, le doy tiempo a mis ojos para que se acostumbren, descifro un sillón sin forma o acaso desvencijado, empiezo a distinguir los contornos y volúmenes de una forma humana sentada. Me alejo, no quiero que me vean, no tengo apuro. Doy dos, tres vueltas más a la casa, exploro el terreno, compruebo que hay una puerta delante y otra atrás, que antes no había visto.

Ya no siento la llovizna ni me molestan los zapatos mojados, una alegría me sube desde las vísceras y me recorre. Siento la confianza surgiendo en el mar de las viejas vacilaciones.

Encuentro una roca plana y me siento a esperar.

Se apagan las luces: primero una, luego la otra.

Pasa una hora, ya es medianoche. Silencio, solo la llovizna que moja y me moja.

Dejala que caiga.

Saco un par de guantes de goma del bolsillo, me calzo el derecho, lo acomodo, lo ajusto, miro los cinco dedos de un blanco azulado, después me calzo el izquierdo.

Camino hacia la casa.

DÍA SIETE

37

—Hola, hola, ¿Policía?, es una emergencia.

—Cabo Mariana Magariños, buenas noches, ¿en qué lo puedo ayudar?

—Cabo, estoy retenido contra mi voluntad, necesito un patrullero, urgente.

—¿Está retenido, dice?

—Secuestrado, para ser más exacto.

—¿En este momento se encuentra encerrado?

—Sí.

—No lo escucho bien, ¿puede hablar más fuerte?

—No, no puedo hablar más fuerte porque hay una persona cerca, mi captor. Ahora mismo está dormido, yo me aflojé las cuerdas de las manos y las mordazas, entré a donde está y le saqué el teléfono celular. Pero puede despertar en cualquier momento.

—Señor, trate de calmarse. ¿Cómo es su nombre?

—Santiago Losada.

—Santiago, ¿se encuentra lastimado?

—No, no estoy lastimado. Pero apúrense.

—¿Hay alguien a su alrededor?

—No, no en este momento. Él está en otra habitación.

—¿Cuántas personas hay en la casa, aparte de usted?

—Solo un hombre, estoy seguro de que hay solo uno.

—¿Sabe si esa persona está armada?

—No lo sé.

—Está bien, trate de serenarse. Ya estoy avisando a una patrulla.

—¿Cómo quiere que me serene? Estoy secuestrado y en peligro, ¿oyó? Si me agarra hablando por teléfono puede pasar cualquier tragedia.

—Dígame si sabe dónde se encuentra.

—No sé.

—¿No sabe dónde está? ¿Puede proporcionar información sobre el entorno?

—No exactamente, pero sé que estoy en el campo.

—¿Está en una casa? ¿En un galpón?

—Es una casita de techo de chapa. Parece modesta, vieja y descuidada.

—¿Puede acercarse a una ventana y decirme qué ve en el entorno?

—No veo nada, está muy oscuro y llueve, para colmo. Pero espere, estoy abriendo la aplicación del GPS y funciona. Miro la ubicación…

—Tiene suerte. ¿Puede pasarme las coordenadas?

—35 Sur, 43 Oeste. Figura un nombre de calle, Camino del Quebrado.

—Un momento, señor, manténgase en línea… Atento, móvil, atento. Tenemos un caso de secuestro llamando, una persona de sexo masculino de nombre Santiago Losada retenido contra su voluntad. Urgente un móvil a Camino del Quebrado. Repito: Camino del Quebrado. Transmito coordenadas dadas por GPS: 35 Sur, 43 Oeste. Identificando el lugar de donde proviene la llamada. El presunto secuestrador se encuentra dormido. Puede haber armas en la casa. Es una vivienda precaria, vieja. No hay más datos por el momento.

—Cabo, ¿ya salen?

—Santiago, ya hay tres patrullas en camino y se espera el apoyo de la brigada de Secuestros. Permanezca en silencio y quédese donde está. No trate de escapar, no haga movimientos que no sean absolutamente necesarios.

—Apúrense, por favor.

—Estamos identificando el lugar de la llamada, es cuestión de minutos.

—De prisa, se puede despertar.

—¿Usted está cerca del secuestrador? Me refiero a si él está en la misma habitación que usted o en otra.

—No, le dije que él duerme en la de al lado.

—Bien. Usted no se mueva, quédese donde está.

—No puedo moverme, tengo los pies esposados. Volveré a mi sillón y allí los espero.

—Conserve la calma. Y, sobre todo, aléjese de puertas o ventanas.

38

La una y treinta. Es ahora.

Camino liviana, como si flotara, libre de ansiedades o nervios. Ellos están adentro. Es fácil imaginarlos, definir los contornos del hombre que vi en una cama sin respaldo ni sábanas, que duerme profundo y con la ropa puesta; los del hombre atado y amordazado sobre una silla o sillón, que tal vez no duerma pero da igual porque pronto estará dormido, dormido para siempre.

La noche sin luna crea una oscuridad sin sombras.

Sabía que la puerta estaría abierta. ¿Cómo lo sabía? No sé, intuición, instinto. Contengo la respiración y empujo, se abre con un rechinar apagado y cómplice que de inmediato es absorbido por el sonido de la lluvia, que en ese instante se torna escandaloso.

Me envuelve una atmósfera tibia, acre y polvorienta. Un olor a suciedades viejas, a encierro de años, muebles carcomidos e insectos secos, papeles amarillentos, ratas y pájaros podridos me golpea en la cara. Sonrío, cierro la puerta detrás de mí, penetro en la casa que huele a tumba.

Espero un tiempo para que mi cuerpo se habitúe a la atmósfera pesada. Los ojos se acostumbran a la oscuridad más negra, se acomodan, distinguen lo negro de lo negro, miro alrededor, los entrecierro, los volúmenes indecisos van tomando distintas formas: allí una mesa con una radio, un paquete de yerba, una bandeja que parece contener comida, más allá una cama sin cabecera. Y Germán, dormido como un muerto salvo por el ronquido que hace vibrar la casa. Al costado de la cama, una mesa de luz, en la mesa de luz, un cajón.

Camino, un pie después del otro, me deslizo con levedad de gato, y el estrépito de la lluvia se come el sonido de mis pasos sobre un piso de madera que imagino apolillada.

Procuro abrir el cajón en silencio, pero se tranca y hace ruido de mueble desvencijado, vuelvo la vista para mirar a Germán, que deja de roncar, se estremece y dice palabras inconexas para luego emitir otro ronquido prolongado. Ataco otra vez, con más precaución. Tiro

y el cajón sale, se desliza hacia fuera sin sonido y sin inconvenientes.

Adentro, el revólver.

Lo tomo con cuidado entre el pulgar y el índice, esta vez no necesito pañuelo porque tengo los guantes, lo peso, lo levanto, apunto a Germán, que duerme como un niño somnoliento, como un hombre drogado. Tranquilo, Germán, basta de nervios y ansiedad, acá está Úrsula para ocuparse de todo.

Le acaricio la frente, le despejo la frente con el caño, bajo el arma y la acomodo en mi mano derecha.

39

—Hola, hola.

—¿Quién habla? Mi amor, ¿sos vos? ¿Dónde estás? Por fin.

—Sí, soy yo.

—No te oigo, hablá más fuerte.

—No puedo hablar más fuerte. Escuchame bien, estoy esperando a la Policía.

—¿Dónde, dónde estás? Ay, Dios, qué alegría.

—No hables, solo escuchame, por favor.

—Casi no oigo nada. Hablá más fuerte. ¿Estás bien?

—Sí, estoy bien, pero no puedo hablar más fuerte.

—Querido, qué emoción.

—Me tienen secuestrado, atado.

—¿Cómo? Casi no te oigo, hablá más fuerte.

—No puedo, te dije, me tienen secuestrado. Del otro lado de la puerta está el tipo, el que me tiene encerrado.

—¿Tan cerca?

—Sí, muy cerca. Ahora duerme como un tronco, no sabés cómo ronca.

—¿Estás al lado de tu secuestrador? Qué peligro, salí de ahí ya mismo.

—No, no puedo.

—¿Por qué no te escapás, si está tan dormido? Mi amor, salí corriendo de la casa.

—Porque tengo los pies esposados y apenas puedo caminar unos pasos cortitos. No llegaría a ninguna parte. Por lo poco que veo por la ventana acá es puro campo, no llegaría ni a la ruta. Pude desatarme las manos, aflojé las cuerdas y me corrí las mordazas, fui al cuarto donde duerme y le saqué el teléfono celular. ¡Por Dios, cómo ronca este tipo!

—¿Le sacaste el celular?

—Sí, hace un momento llamé a la Policía.

—¿Sabés dónde estás, entonces?

—Más o menos.

—¿Cómo, más o menos?

—Me conecté al GPS y encontré algunos datos. Pero es un mapa muy poco preciso, aparece una calle y poco más.

—Decímelos, decime los datos rápido. Voy para allá.

—No, no te expongas, esto puede ser peligroso.

—Quiero ir, por favor.

—¿Y tu marido?

—Que reviente, de todas formas se lo iba a decir cuando viajara a reunirme contigo a La Paz. No sabés lo que fue para mí esta espera. Tuve que cancelar el viaje porque no aparecías. Temí que estuvieras muerto.

—Tranquila, querida, todo va a estar bien.

—Pasame los datos y salgo para allá.

—Camino del Quebrado, dice el GPS.

—¿Camino del Quebrado? Nunca lo oí nombrar.

—Yo tampoco, pero es lo que veo en el mapa.

—¿Estará bien?

—Qué sé yo, no se me ocurre qué otra cosa pueda hacer para verificar.

—La Policía tarda mucho.

—Bueno, qué se puede esperar. Asesinatos, sobredosis, suicidios, robos, los tipos no dan abasto. Después de todo, este es solo un secuestro.

—Yo voy para allá, mi amor. No te desesperes.

—A ver, esperá, siento un ruido.

—¿Será el tipo que se despertó?

—No sé.

—Ay, qué peligro, escapate como puedas, refugiate en algún lado.

—No, me dijo la Policía que me quede quieto. Me voy a sentar y a hacerme el dormido. Ya llegan.

—Cuidate, amor, voy para allá. Camino del Quebrado, ¿no?

40

La culata del .38 es porosa y fría, arde en la mano, se mueve inquieta. La oprimo y la aflojo, mi mano la abraza y la suelta como a un amante con el que intenta familiarizarse. La tantea, la acaricia, la levanta, mi mano lleva el arma hasta mis labios y allí apoya el caño, yo siento el frío del metal en la boca, cerca de los dientes. Lo beso.

El revólver me pide acción, yo le digo que tenga paciencia, que no me puedo distraer de mi objetivo. Acá, justo delante de mí, la puerta cerrada que comunica con la otra habitación.

No se escucha ni un susurro. Silencio total. Oscuridad total. Espero, olfateo: huelo sudor, orines, sangre y, apretado bajo el olor a cuerpo sucio, un ligerísimo, casi imperceptible, aroma a cuero, sándalo y ámbar. Empujo la oscuridad y camino, rompo las tinieblas y avanzo, entrecierro los ojos hasta ver una sombra más oscura que la sombra, más densa, con forma humana: una sombra reclinada, echada en el sillón que antes había visto por la ventana, algo blanco que puede ser de un brazo, una manga. Sí, cuero, sándalo y ámbar debajo de toda la porquería humana. El tipo duerme, no veo su cara que está medio tapada por un trapo de color claro, una venda, algo que le cubre los ojos, oigo la respiración acompasada de Santiago, no un ronquido feroz como los de Germán, apenas un suspiro sibilante, uno y otro y después otro, la respiración del sueño del que duerme tranquilo. Me acerco, me aproximo en puntas de pie y lo escucho un momento, me dan ganas de acariciarlo, de velar ese sueño, de cuidarlo, tengo ganas de sacar a mi marido de esta situación desagradable, de despertarlo, abrazarlo y salir corriendo, huir de esta pesadilla con él, los dos de la mano. Por fin estoy frente a Santiago, por primera vez lo veo —es un decir, no distingo los rasgos ocultos—, y me asombra esta ternura que siento crecer. Me apoyo contra una pared, me abandono por un instante a los sentimientos de dulzura y amor. Un hombre todavía joven, atado, indefenso, sí, querido Santiago, despertate y volvamos a nuestra vida, a nuestra casa en Carrasco, a nuestra piscina, a mi sendero

con casuarinas y a mi invernadero. No, no, nunca vas a tener una casa como la de Luz, me dice Papá en ese momento, nunca piscina ni jardinero ni sendero con casuarinas. Úrsula, aceptalo, vos sos la gorda. Callate, Papá, susurro, callate y morite más muerto de lo que estás, morite de una vez y para siempre, morite hasta en mi recuerdo. Nadie quiere a una gorda, Úrsula, deberías entenderlo. Esta noche volveré a casa y romperé tus fotos, Papá, para que desaparezcas por toda la eternidad. Miro al tipo allí sentado, trato de controlar la respiración, cierro los ojos por un instante, el frío de la pared me hace temblar. Lo siento, Santiago, vas a tener que dejar de respirar así, tan acompasado, vas a tener que morir. No puedo permitirme vacilar, hijo de puta, te voy a cortar ese sueño de bebé ya mismo.

Abandono la protección del muro, vuelvo a caminar unos pasos hasta la butaca, hasta la sombra allí sentada, hasta el hombre que respira acompasado y leve. Levanto el arma y apunto, apunto con cuidado, el júbilo me hace entrecerrar los ojos, y ya no tiemblo: estoy en paz.

Contengo el aliento.

Un pequeño sonido a lo lejos, tan tenue que no sé si realmente lo oí o lo imaginé, me paraliza. Bajo el arma. Espero. Empiezo a pensar que mi imaginación inventa ruidos, que la mente busca llenar el vacío. Levanto el brazo, vuelvo a apuntar.

Sí, esta vez estoy segura. Algo se acerca y crece, primero es un siseo lejano, luego el gemido de una alarma empieza a invadir el aire espeso, crece, toma cuerpo en la noche, se agiganta dentro de la habitación, mis brazos caen inertes y vuelvo a experimentar esa sensación sudorosa y carnal que invade el cuerpo cuando llega el miedo. Tengo el .38 en la mano derecha, me digo, todavía puedo apuntarle y…

Vacilo.

Los sonidos irrumpen, asaltan cada rincón de la casa; miro hacia la puerta trasera.

¿Le apunto? Levanto el arma. Ya no escucho a la sombra blanca, su sueño de respiración acompasada ha quedado mudo. La sirena está muy cerca. Bajo el arma.

Salgo sin mirar atrás, salgo y cierro tras de mí y con cuidado una puerta de metal, corro sobre el barro tratando de no hacer ruido,

corro tanto como puedo, me interno en lo más oscuro de la noche justo antes de que aparezcan las luces giratorias brillando azules y rojas y convulsas, cruzo el terreno de lado a lado, paso sobre un alambre de púas, después un muro bajo, corro más y ya sin cuidado, me sumerjo en un montecito de espinillos que me rasguñan la cara, me engancho la ropa, el pelo, caigo sin aliento, la respiración a mil, el corazón que golpea el pecho para salirse, caigo en el asiento delantero de mi auto justo cuando allá, a doscientos metros, las luces se encienden y apuntan a la casa, azul y rojo y azul, y los altavoces emiten órdenes perentorias.

Enciendo el motor del coche con las luces apagadas, avanzo en sentido contrario a la casa, me alejo cien, doscientos metros más, oigo el escándalo, veo más reflectores cada vez más lejos.

Tanteo la cartera y saco un yogur. Abro el envase, respiro hondo. Sonrío al espejo aunque no veo más que una sombra. Bebo del tarro, lo bebo hasta el final, lambeteo las paredes del recipiente.

Escucho un motor que se acerca, recién veo las luces por el espejo retrovisor, un auto viene en sentido contrario y ya no hay manera de que pueda eludirlo. Tiro el yogur y subo el vidrio. Un auto grande me ilumina, una camioneta de marca lujosa me encandila con sus potentes faroles. Se detiene y me impide el paso, alguien desciende y corre hacia mí. Grita, me hace señas de que baje el vidrio, golpea con los nudillos.

—Por favor, estoy perdida, ¿me puede indicar dónde es el Camino del Quebrado?

Abro un poco la ventanilla. ¿Aroma a flores blancas y jengibre? La abro toda.

—¿Qué hacés acá, Úrsula?

—Luz, qué hacés vos acá.

Silencio. Me bajo del auto. Luz me mira de arriba abajo.

—¿Siempre manejás con guantes de goma?

Me los saco. Me los arranco. Los tiro lejos, al borde del camino.

—¿Y ese anillo, Úrsula? Es el de la tía Irene.

41

El empresario Santiago Losada, desaparecido en horas de la noche del día 11 y privado de su libertad por un delincuente, fue rescatado esta madrugada por efectivos policiales apoyados por la brigada de Secuestros. Después de recibir una llamada a la 911 que la víctima realizara al amparo de una distracción de su secuestrador, las fuerzas del orden se constituyeron en una casa sita en el Camino del Quebrado, zona rural de Montevideo, donde procedieron a rodear la vivienda indicada telefónicamente por el secuestrado.

A pesar de las voces de advertencia realizadas en reiteradas ocasiones para que el malviviente saliera al exterior y con las manos en alto, el delincuente no se entregó y los efectivos policiales procedieron a introducirse en la finca por la fuerza.

Una vez dentro, los efectivos policiales pudieron constatar que el secuestrador se hallaba dormido bajo los efectos de poderosos narcóticos o drogas. El empresario Santiago Losada fue rescatado sin lesiones encontrándose actualmente internado en el Hospital Británico para realizar chequeos de rutina. De la inspección ocular realizada en el lugar de los hechos no se ha podido constatar hasta el momento la existencia de armas blancas ni de fuego.

Por razones que aún resta determinar, ni la esposa del empresario ni persona alguna de la familia habrían recibido propuestas extorsivas por parte del secuestrador.

El delincuente, de iniciales GHS, se encuentra en este momento a disposición del Juez Penal de Segundo Turno, Aurelio Bocchini. Habría un cómplice implicado en el operativo, pero el mismo habría fugado hace ya días, desconociéndose su paradero.

UN MES DESPUÉS

42

—Todo me salió mal.

—No, Sergio, yo no diría que te salió tan mal, estás a salvo de la Policía, lejos y con la plata de mi marido.

—Con la plata que tu marido se llevaba a Bolivia para que Luz empezara su negocio de rosas. Un pequeño regalito para la amante, nada más. Esa cifra ni la siente, tu ex.

—No me lo recuerdes, por favor.

—Medio millón que no es nada al lado de lo que hubiéramos sacado del seguro si todo salía según lo previsto, si Germán lo hubiera matado.

—Sí, pero Germán está preso y Santiago está vivo, divorciándose de mí para casarse con Luz. Y vos lejos, con medio millón enterito. Decime quién está peor.

—Bueno, Úrsula, hice todo esto para que estuviéramos juntos.

—¿Hiciste *todo*? Sí, por ejemplo llevarte *toda* la plata.

—Pero a mí me procesaron, me busca la Interpol, voy a tener que andar un par de años escondido, a salto de mata.

—En seis meses nadie se acuerda de vos, me lo dijo el abogado.

—Vos podés hacerle un juicio a tu marido, pedirle la casa de Carrasco o la de Punta del Este, un par de autos, dinero.

—No tengo derecho a nada, eso también me lo dijo el abogado hace ya tiempo. ¿O por qué creés que me metería en este quilombo, si fuera tan fácil sacarle plata?

—No era por amor a mí, entonces.

—No seas cínico.

—¿Hablaste con Santiago?

—Sí, claro, tenemos que arreglar detalles, ayer fui a buscar algunas cosas de la casa de Carrasco.

—¿Te parece que sospecha algo?

—¿De mí? Nada, no sospecha nada. Eso sí, está extrañadísimo de que justamente vos, su empleado preferido, haya sido el autor intelectual del secuestro. No lo puede creer. Pero a mí no me relaciona con nada de eso.

—¿Ves que no te salió tan mal? Podrías estar en cana, como Germán.

—Claro, siempre se puede estar un poco peor.

—Te lo dije mil veces, Úrsula, venite a África conmigo. Con esta plata acá puedo poner un hotel, un buen restorán.

—Dejate de joder, Sergio. Yo quiero una buena vida, y la quiero ahora. No sirvo para proyectos de largo aliento.

—Hay algo que me extraña, ¿viste alguna noticia en la prensa que mencione a la mujer de las llamadas telefónicas?

—Ninguna.

—¿Quién era esa mujer, al final? ¿Tenés idea? Era contigo que hablaba.

—Te confieso que me asusté cuando llamó la primera vez. Era una movida que no habíamos previsto y no sabía bien cómo encarar el problema, cómo improvisar.

—Eso no te lo creo, siempre tenés recursos. Lo cierto es que nunca se nos ocurrió que podía meterse un tercero en este lío y por fuera del guion. Se ve que Germán buscó una socia cuando se avivó que yo lo había dejado solo. Sería una amiga suya, alguien de su confianza. Aunque nunca me dijo que tuviera a nadie.

—Sí, nunca se nos ocurrió que Germán podía meter a alguien en el caso.

—Fue mala decisión elegirlo, pobre tipo. Después de veinte años vuelve de España y a los pocos días cae preso. Qué mala leche, tiene algunos años de cárcel por delante. Aunque no tantos como podrían haber sido si te hubiera llamado para pedirte un rescate o si le hubieran encontrado el arma. Me pregunto dónde habrá escondido el revólver que le dejé, porque la Policía no encontró armas en la vivienda…

—Lo habrá tirado por ahí, andá a saber. O se lo habrá dado a su socia. La mujer esa era un personaje extraño, algo macabro. ¿Sabés una cosa, Sergio?, esa mujer estaba decidida a cumplir con su parte y matar a Santiago. Lo sé bien. Por eso yo ya me veía con la plata del seguro en mi poder, porque estaba persuadida de que lo iba a liquidar.

—Es una mina peligrosa, entonces.

—Sí, es peligrosa. O loca. Por eso yo no le dije nada a la Policía de sus llamadas, me daba temor meter a esa mujer en esto.

—Pero vos no le ibas a pagar lo que le prometiste por matar a Santiago.

—No, y te confieso que me daba miedo estafarla, pensar que algún día vendría a cobrarme la cuenta… de alguna forma. Me la imaginaba grande y gorda, por la voz, ¿sabés? Me pareció una mujer feroz.

—Es tan raro que desapareciera así, que no quedara rastro de ninguna mujer en el caso.

—Sí, quién sabe quién era, de dónde había salido. Solo Germán la conocía, si es que la conocía realmente.

—Si Germán sabe quién es se calló la boca, no dijo ni una palabra a la Policía. O tal vez ni lo supiera. Cambiando de tema, ¿Santiago y Luz se van a casar?

—Sí, te dije que ayer fui a Carrasco a buscar mis cosas. Estaba mi marido con Luz, que ya dejó a su marido y se estaba mudando con Santiago. La estaba ayudando la hermana, Úrsula. Es tocaya mía de nombre y apellido, ¿podés creer? Se llama Úrsula López, exactamente como yo.

—Qué coincidencia.

—Sí, qué coincidencia. Una mujer rara, me saludó con un susurro y no abrió la boca en todo el rato que estuve. Tal vez estuviera afónica, problemas en las cuerdas vocales.

—¿Es linda como Luz?

—Mucho más linda, todavía. Algún kilo de más, sí, pero es una mujer preciosa.

43

El día comenzó mansamente y sin promesas. Con pereza, blanda y cómoda vi amanecer desde la cama; fui desplazando la modorra a fuerza de voluntad, de tesón en el repaso meticuloso de la agenda, de mi lista de tareas. Y por fin, vencido el letargo, hoy salgo de casa aunque no tengo terapia ni reunión de gordos y ya almorcé temprano. Salgo y bajo a la calle. Por el vidrio de la entrada del edificio veo a la vecina del primero; nos saludamos con un gesto breve, ella desde afuera y yo desde adentro. Abro la puerta de hierro, que cada día pesa más; se produce esa vacilación que petrifica los movimientos de la gente frente a una abertura estrecha que solo permite el paso de uno. Especialmente si una de las personas es gorda. Lo sé, siempre terminan cediendo ellos, los delgados, como si temieran que nuestros kilos los fueran a atropellar y a incrustar sus pequeñas humanidades contra el suelo. La vecina me invita a pasar, y yo sé que debajo de ese gesto de cortesía late el temor de la cucaracha que ve la suela del zapato. Salgo primero y mantengo la puerta abierta; nos saludamos, hola, hola, qué feo día, la humedad y la ropa que no seca, mirá el cielo, parece que está abriendo por el este. Yo desvío las predicciones meteorológicas a sucesos más concretos.

—La otra noche no pude dormir por el escándalo.

—¿Qué escándalo?

—La fiesta que se armó arriba.

—No sé, estuve de viaje, volví anoche.

—Estuvieron hasta las tantas con la música a todo volumen, la televisión, gritos, risas, como si fueran los únicos habitantes del barrio.

—Qué raro, esta zona es tan tranquila, al menos de noche cuando se vacían las oficinas y el gentío se dispersa.

—Sí, eso es lo que me gusta de la Ciudad Vieja, las noches tranquilas, las casas como tumbas, el silencio de cementerio. Un barrio desolado y muerto.

Mi vecina tuerce el gesto, enarca una ceja.

—Yo diría que es un silencio de pueblo pequeño.

—Sí, que sus habitantes abandonaron a causa de una epidemia.

—¿Decías que hubo una fiesta?, ¿dónde?

—Acá mismo, en el edificio.

—Qué raro, somos todos gente grande. ¿En qué piso?

—Justo arriba de mi apartamento, en el sexto. No sé el nombre de la vecina, no la conozco, es una mujer por los zapatos que usa. Tuve una noche de estrépito sobre mi cabeza, hasta que me tomé un Somnium.

Un silencio sólido se instala entre nosotras.

—Ese apartamento estaba vacío, lo compraron hace poco. No sabía que ya se habían mudado. ¿Vos estás segura? A mí me parece que todavía no vive nadie.

Yo la miro, ella me mira, baja la mirada y cierra la puerta con suavidad, la veo irse por el pasillo, subir la escalera.

Camino apurada por la peatonal Sarandí hacia la plaza Matriz entre el gentío que sale de sus oficinas a almorzar o fumar o tomar el último sol del día, me apresuro entre los ejecutivos de traje, entre los artesanos en poncho, entre los turistas en bermudas, una multitud apretada de cuerpos urgidos, siempre en sentido contrario al que yo llevo. No me detengo a mirar las vidrieras y apenas saludo con la mano al cuidacoches de la plaza, paso por el kiosco y no me detengo, sigo hasta la esquina, doblo a la derecha y desde allí hasta la parada del ómnibus que justo llega en ese mismo momento. Subo y ni miro a los pasajeros, me acomodo en cualquier asiento, no tengo ganas de escuchar conversaciones ni podría concentrarme en otra persona: hoy me toca a mí ser el centro de mí misma.

Voy atenta al paisaje que cambia, al reloj que avanza, a mis latidos.

Me bajo en la esquina de 21 y Ellauri, voy hacia el oeste, desde allí al parque Villa Biarritz son unos pocos metros. Camino por el pasto bajo el solcito, busco un banco alejado de la calle y bien orientado hacia donde quiero mirar, y me siento. Me he aficionado a acariciar la culata del .38 de Germán, lo limpio, lo cuido, él me acompaña y me protege. Pobrecito Germán, quién sabe el tiempo que va a pasar en la cárcel. Y bien merecido que se lo tiene por cobarde, por indeciso. ¿Cómo habrá hecho para adelgazar tanto? Qué lindo se puso el día.

Solo queda esperar.

El edificio es grande, tiene un portero uniformado, gente linda y perros bien cuidados que entran y salen, balcones llenos de plantas y flores, un constante movimiento de autos de buenas marcas, *deliveries* de restaurantes de 4 tenedores, empresas que limpian vidrios y alfombras. Lujosas vidas que veo transcurrir tras las ventanas de los apartamentos. Una pequeña ciudad opulenta en doce pisos de cristal y hormigón.

Espero.

Ella sale a las once cuarenta y cinco. La reconozco de lejos por el pelo, después compruebo que son los mismos rasgos que vi ayer en la casa de Santiago, lleva buena ropa de deporte y supongo que va a un gimnasio o a correr, al menos a caminar por la Rambla. Melena de estilista, piernas musculosas de clases de aeróbicos o *personal trainer*. ¿Cultivará rosas? No lo creo, ya no tiene un marido con casa y jardín, ahora todo eso es de mi hermana, aunque a ella le debe de haber quedado dinero más que suficiente para comprar otros jardines. Camina flexible y segura, la miro y sé que no tardará nada en rehacer su vida de la mejor forma posible: dinero, piscina, servicio, camino de casuarinas.

Ella y yo, dos mujeres y un solo nombre: Úrsula López. ¿Cuál de las dos es verdaderamente Úrsula López? Seguramente es ella y no yo, ella era la destinataria de la llamada y no yo, ella es real y yo soy la mujer equivocada.

Siento un súbito temor de que se suba a un auto y se me escape, pero se limita a cruzar la calle y a tomar el camino que atraviesa el parque, sin apuro, con su andar de mujer decidida.

La veo que viene hacia mí, derecho adonde estoy, y aunque sé que es imposible que me reconozca a tanta distancia y con estos lentes, me pone nerviosa verla acercarse, pensar que me puede descubrir antes de haber hecho nada. Tanteo la cartera, meto la mano para asegurarme de que el .38 de Germán está allí.

Pobre Germán, pienso por enésima vez, qué mal terminó, pero fue su culpa. A cada uno lo que le corresponde.

La veo sonreír, me alarmo, pero enseguida descubro que no me sonríe a mí sino que simplemente se sonríe, un rostro distendido y satisfecho, una mujer que disfruta de la temperatura agradable y del ambiente relajado. Reloj de joyería, teléfono de diseño exclusivo. Es

del tipo de mujeres que saben empezar de nuevo, que barajan y dan de vuelta.

No, no puedo dejar de pensar que me mira a mí aunque sé que es imposible reconocer a alguien a esta distancia. Aprieto la bolsa contra mí, la abrazo y, por las dudas, me acerco al muro de la garita de vigilancia, me siento en un banco, quedo escondida pero con una buena visión del parque. El paisaje me conquista, qué bello árbol es el roble, pienso, una celebración simultánea de las formas puras y de la plenitud del color rojo de su follaje. Desde arriba los pájaros trinan con su esforzada imbecilidad, hacen el trabajo de armar su escándalo pueril para volver encantador este mundo. Ella pasa cerca, muy cerca, y su sonrisa de dientes blancos y perfectos se dirige al vacío, al cielo, a la nada; pasa a pocos metros sin más consecuencias que una fragancia leve a limón o lima, a bergamota que queda flotando en el aire y permanece unos momentos. Veo a Úrsula desaparecer entre las araucarias, y yo, todavía pegada al muro e inmóvil, abrazada a la bolsa, dejo que se aleje en un hermoso día de sol.

Aspiro bergamota con algunas notas de cardamomo, y ese olor, pienso, ese olor se irá con ella. Y algún día todos, todos estos momentos se perderán en el tiempo como lágrimas en la lluvia.

Me levanto del banco, y la sigo.